

J. C. M. OGELSBY

10

FOTOCOPIADORA
CEHCE
432
Folio 32 SF -
OF 50

BREVE
HISTORIA
DE CANADA



EL LIBRO MENOR

68

Director de la Academia Nacional de la Historia
Carlos Felice Cardot

Comisión Editora:

Blas Bruni Celli

Guillermo Morón

Mario Briceño Perozo

Oscar Beaujón

Ildefonso Leal

Director de Publicaciones:
Guillermo Morón

BREVE HISTORIA
DE CANADA

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

J. C. M. OGELSBY

E116

**BREVE HISTORIA
DE CANADA**

TRADUCTOR

ROBERTO GABALDÓN

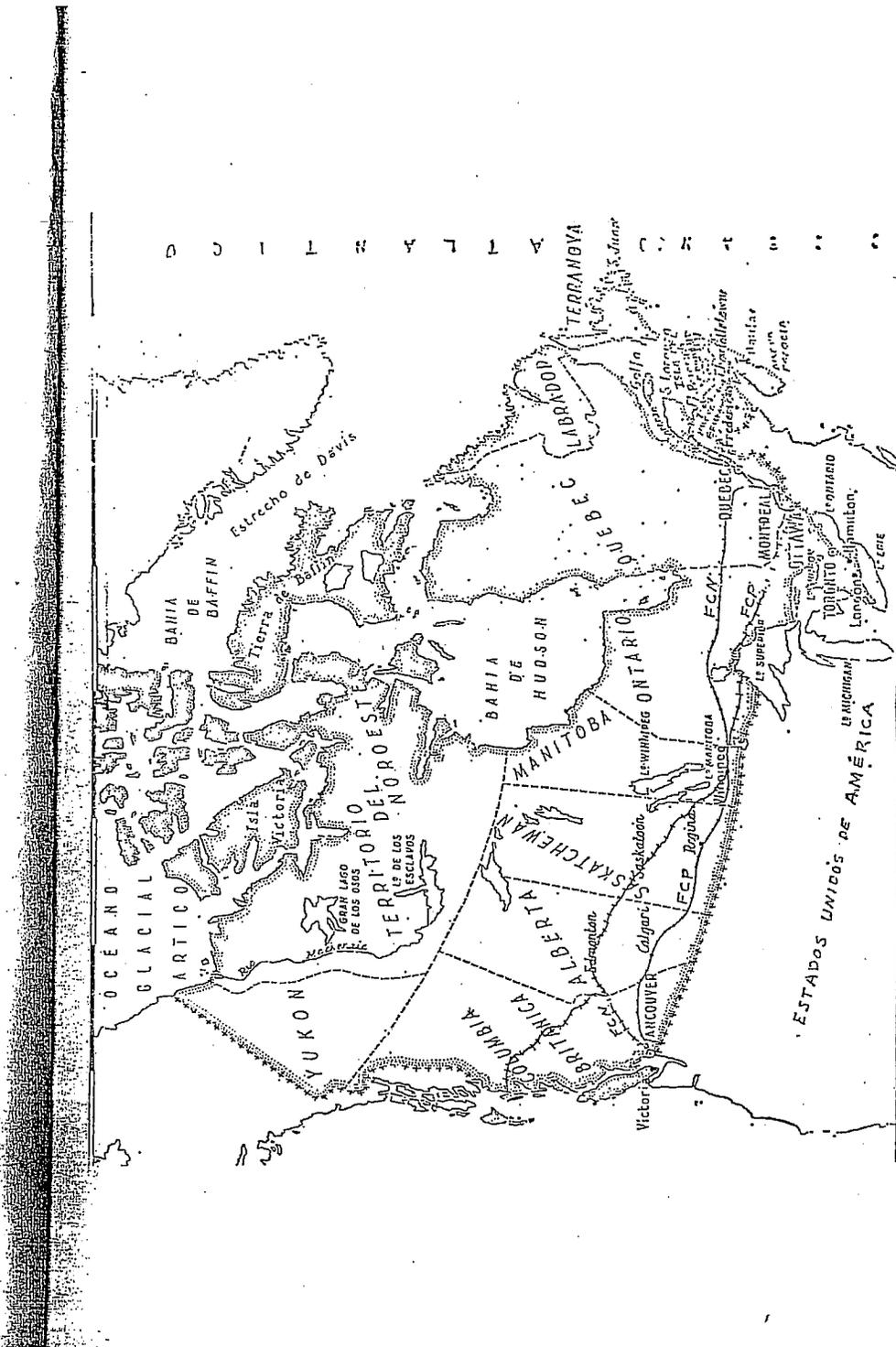


EL LIBRO MENOR

68

CARACAS / 1985

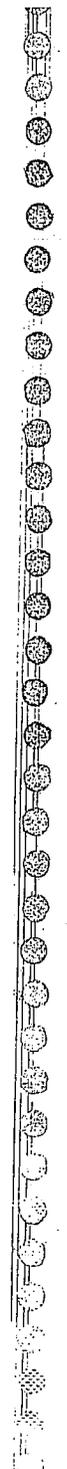
© ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1985
Impreso en Venezuela por Italgáfica, S.R.L.
Depósito Legal: lf 85-0466



PREFACIO

Agradezco al Doctor Guillermo Morón y a la Academia Nacional de la Historia por haberme dado la oportunidad de escribir este corto estudio. Dedico esta historia del pasado del Canadá a mis hijas, Susan y Pamela, quienes ahora contribuyen a hacer el Canadá del futuro.

J. C. M. OGELBY
London, Ontario, Canadá
Mayo, 1983



INTRODUCCION

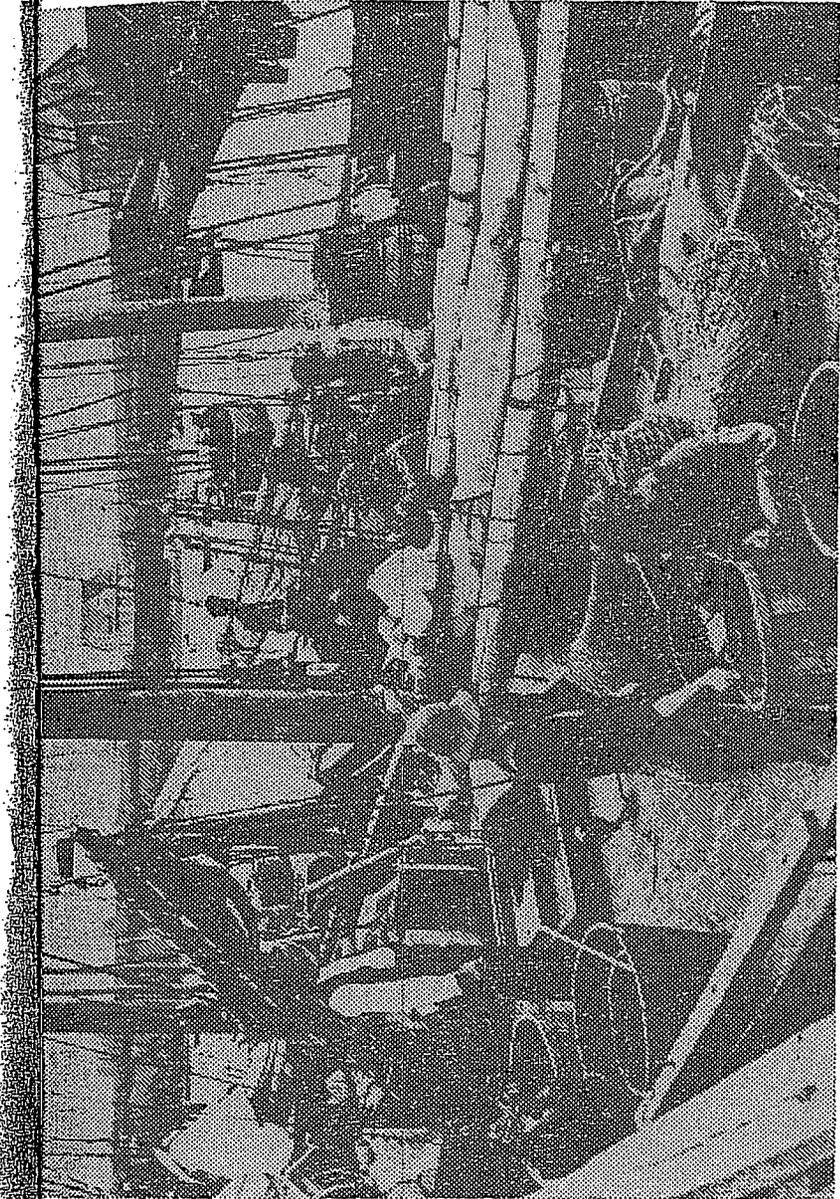
Esta brevísima historia se propone mostrar la evolución de Canadá desde su condición de colonia a la de una nación. Canadá alcanzó su independencia sin revolución, y esta independencia es aún en parte mal comprendida en las Américas. Sin embargo, aunque el desarrollo político de Canadá ha sido diferente, en él se han debatido temas similares a los que forman parte de la historia de las otras naciones americanas: liberalismo vs. conservatismo; clericalismo vs. anti-clericalismo; divisiones étnicas; centralismo vs. federalismo. También ha pasado por las difíciles etapas de una sociedad rural a una sociedad urbana, en el que se ha denominado proceso de modernización. Su pueblo ha superado inmensas dificultades geográficas para establecer una sociedad avanzada en el Hemisferio Occidental, y los

lectores encontrarán muchas cosas comparables con la experiencia de sus propios países.

Canadá es la nación más grande de las Américas, la segunda más grande del mundo, con casi diez millones de kilómetros cuadrados, bordeada por tres océanos —el Atlántico, el Artico y el Pacífico— y por 6.000 kilómetros de fronteras con los Estados Unidos. Es una nación de cinco regiones que han moldeado y continúan moldeando su historia.

En el este, azotadas por las marejadas del Atlántico, las provincias Marítimas de Terranova, Nueva Escocia y Nueva Brunswick están constituidas en su mayor parte por bosques, lagos, colinas y montañas, en cuyo medio el hombre ha tenido que luchar para establecerse sobre la tierra. El mar le proporcionó inicialmente a los residentes la fuente principal de vida, mientras su rojo y fértil suelo permitió a la isla Príncipe Eduardo convertirse en una comunidad agrícola.

Las grandes provincias centrales de Quebec y Ontario están dominadas por el Escudo Laureniano, con sus millares de lagos, sus vastas selvas y sus rocas ricas en recursos minerales. Pocas gentes viven en el Escudo; la mayor parte de la población de Canadá (60 por ciento) vive en los Grandes Lagos: el valle del río San Lorenzo, limitado por el Escudo y por la frontera de los Estados Unidos.



Pescadores en la Isla Príncipe Eduardo, Canadá. 1898

(Crédito: Archivos Públicos de Canadá)

A unos 2.000 kilómetros de ese valle se rompe del Escudo hacia las praderas, la rica región agrícola y pastoril que comprende tres provincias: Manitoba, Saskatchewan y Alberta. Se requiere una jornada de 1.400 kilómetros para alcanzar el lindero de Columbia Británica, la cordillera de las Rocosas Canadienses. De allí se extienden cadenas de montañas por espacio de 600 kilómetros más hacia el oeste, hacia el mar, aislando a los británico-columbianos con respecto a la nación que se extiende hacia el oriente. Pero ellos deben sentirse menos aislados que los 60.000 habitantes que residen en el cuarenta por ciento de Canadá, que está constituido por el Yukón y los Territorios Noroccidentales, con sus bosques, montañas y tierras planas, ocultos al sol durante la mayor parte de sus largos meses de invierno.

El noventa por ciento de los 24.343.181 habitantes que constituyen la población de Canadá conforme al Censo de 1981, se aglomeran a lo largo de la frontera con los Estados Unidos, como buscando acercarse hacia el calor tropical. Ochenta y cuatro por ciento de ellos son de origen europeo; setenta y seis por ciento de ascendencia británica; un cuarto de millón son descendientes de los pueblos que habitaban en la zona para el momento del descubrimiento, y de éstos, unos quince mil son inuit (esquimales). Toda esta población vive bajo una monarquía constitucional.

El hecho de que Canadá continúe siendo un reino en un hemisferio que es en su mayor parte republicano, diferencia a este país de sus vecinos, y ese status político ha intrigado a generaciones de republicanos sobre la causa por la cual Canadá no buscó su independencia a través de la revolución. Es importante enterarse de que los canadienses rechazaron tanto la Revolución Americana como la Francesa y que han mantenido un sistema monárquico, en el proceso de convertirse en una nación independiente. Sucede que su actual Jefe de Estado es Isabel, quien como Reina de Canadá es no sólo Reina de la Gran Bretaña, sino de otras cuantas naciones independientes que tienen su origen en el Imperio Británico. Como Isabel no puede dividirse entre las muchas partes requeridas por este singular sistema constitucional, es representada por el Gobernador General, quien se desempeña como Jefe de Estado cuando ella no está en Canadá.

El Jefe de Estado nombra al Primer Ministro, quien se convierte en Jefe del Gobierno. El Primer Ministro es el líder del partido que controla la mayoría de las bancas de la Cámara de los Comunes. Si el Primer Ministro no tiene que confiar con el apoyo de otros partidos, forma un gobierno de mayoría; de otra manera, encabeza un gobierno de la minoría. El gobierno debe gozar de la confianza (mayoría de votos) de los Comunes para gobernar. Si pierde esta confianza, está obligado a renunciar. La Leal Oposición a su Ma-

jestad, por supuesto, trata de maniobrar la derrota del gobierno en los Comunes, y es una de las fuerzas de Canadá el haber adherido a la tradición de una oposición leal que puede criticar públicamente las acciones del gobierno, en lugar de tener un sistema político que elimine a los opositores por la fuerza o por el exilio.

Un sentido de comunidad, propiciado por la vastedad de la nación, ha sido importante para los canadienses. Ese sentido ha sido variable —imperial, regional, étnico—, pero en su conjunto los canadienses han demostrado poseer una conciencia social. Las raíces de esa conciencia arrancan tanto de su herencia británica como de su legado cristiano. Los canadienses son hoy uno de los pueblos más ricos, y la suya es una riqueza distribuida más ampliamente que en cualquiera otra parte. Los canadienses pagan sus impuestos municipales, provinciales y federales para financiar su sistema educacional, su programa nacional de cuidado de la salud, los beneficios del seguro de empleo y los diversos servicios que esperan recibir del Estado. También contribuyen con más de \$1.000 millones para los programas de asistencia internacional multilateral y bilateral. En tanto que Canadá ha tenido un sistema económico de capitalismo liberal, los canadienses no han vacilado en que su gobierno financie proyectos gigantes, donde no acude o no posee recursos suficientes la empresa privada, como los ferrocarriles transcontinentales; las vías carreteras, acuáti-

cas y aéreas; los desarrollos hidroeléctricos; los acueductos, oleoductos y gaseoductos.

Este sentido de comunidad durante 450 años ha sido vital para la formación del pueblo canadiense. El ha conducido a regiones, provincias y grupos a luchar por mantener su identidad frente a la absorción dentro de un cuerpo mayor. Esta lucha continúa, pero lo que sigue es el relato del pasado de Canadá, desde la llegada de los franceses en 1534, hasta el momento en 1982, cuando viene a Canadá la Reina Isabel para estampar su firma en la ley que introduce la enmienda a la Constitución, por la cual habían luchado durante cincuenta años los gobiernos federal y provinciales.

I

EL REGIMEN FRANCES

Súbditos portugueses, franceses e ingleses vinieron a explotar los ricos recursos pesqueros de los Grandes Bancos de Terranova. Pescaban el bacalao y lo secaban en la costa, donde entraron en contacto con los habitantes locales, quienes encontraron a los europeos ansiosos de comerciar artículos diversos por pieles. Este contacto alteró la vida material de los pueblos indígenas, mientras las pieles encontraron un mercado ávido en Europa. Pero no fueron las pieles las que constituyeron el motivo inicial para el establecimiento de los franceses en el territorio que se convertiría en Canadá.

Francisco I (1515-1547) abrigaba la ambición de que España y Portugal no se dividieran el mundo entre ellas solas. En consecuencia, de-

cedió enviar a Jacques Cartier a penetrar en la región norte. Francisco imaginaba que Cartier, a semejanza de Cortés, haría el hallazgo "de grandes cantidades de oro y otras cosas valiosas..." Pero sufriría un gran desencanto, porque en sus viajes de 1534 y 1535 por la región del río San Lorenzo, Cartier sólo encontró ilusiones: sus "diamantes del Canadá" y su oro resultaron ser sólo cuarzo y oro de tontos (pirita). Francia exhibió sus pretensiones sobre las extensiones del norte de la costa atlántica del Nuevo Mundo, las que trató de colonizar en la década de 1540, pero fracasando en su intento, los franceses continuaron pescando en esas aguas y ejerciendo el comercio de pieles durante el resto del siglo.

Fue el rey reformista Enrique IV (1589-1610), quien deseoso de una presencia francesa permanente en la región del norte, otorgó monopolios a comerciantes que intentaron establecer colonias en Acadia y en la región de San Lorenzo. Samuel de Champlain, el hombre a quien corresponde en gran parte el éxito de esta empresa francesa, hasta su muerte ocurrida en 1635, sirvió en una de estas compañías.

Champlain, hijo de un marinero de Brouage, inició la obra de su vida a la edad de 31 años, en el año de 1598. Su carrera militar había concluido ese año y decidió investigar los éxitos de España en el Nuevo Mundo. Una aventura de dos años por el Caribe le permitió escribir un libro que hizo sonar su nombre en la corte real.

En 1603 hizo un reconocimiento del San Lorenzo y en 1604 tomó parte en el establecimiento de una colonia en la Bahía de Fundy, donde los primeros colonos encontraron tan frío el invierno que vendían "la cidra por libras". El año siguiente los colonos se trasladaron a través de la bahía para construir a Port Royal e hicieron de Acadia parte del Imperio Francés. Pero Champlain no permanecería allí. Estaba más interesado en las perspectivas de la región de San Lorenzo, en su potencial de pieles y en un posible paso hacia el mar salado.

En 1608, en un punto donde el río se angosta y es dominado por una colina, Champlain escogió el sitio de su fundación. Aceptó como propio el nombre que los indios daban al lugar. Quebec se convirtió en el cuartel general de Francia en Norte América, sirvió como una factoría comercial, como una base para la exploración del interior y como protección para los pueblos montañeses y más tarde los hurones, con quienes los franceses se habían aliado en su búsqueda de un mercado seguro.

La Nueva Francia distaba de ser una colonia próspera cuando el Cardenal Richelieu tomó el control de los destinos de Francia en 1624. Apenas contaba con unos 60 habitantes, y Richelieu sabía que necesitaría muchos miles más para alcanzar la meta imperial de rivalizar con los triunfos de España en juntar riquezas y almas bajo el control real. Con tal propósito, Richelieu

otorgó un título en 1627 a 100 inversionistas franceses para constituir la Compañía de la Nueva Francia, la cual se obligaba a proporcionar colonos y misioneros a cambio del monopolio del territorio. Se proyectaba que la compañía concedería las tierras de acuerdo con la tradición señorial francesa, imponiendo sobre los nuevos pisatarios de la tierra los privilegios usuales de los señores (*seigneurs*).

La Compañía de la Nueva Francia no logró sus objetivos. Los ingleses, a su vez, tenían ambiciones en América y una expedición invasora tomó posesión de Québec apenas la Compañía había comenzado sus actividades. Los ingleses no renunciaron a Québec hasta 1632. Y de nuevo bajo el control francés, Nueva Francia, con todo su vasto territorio, no atraía muchos inmigrantes. Pocos hombres y mujeres franceses estaban dispuestos a abandonar la seguridad de su ambiente conocido para arriesgar sus vidas en las selvas e inviernos del Nuevo Mundo. Cuando el gobierno real asumió el control de la colonia en 1663, esta sólo estaba habitada por 2.500 personas. Muchas de ellas eran misioneros.

Los jesuitas fueron los primeros en prestar sus servicios; estuvieron en Acadia durante breve período: 1611-1613. Champlain había invitado a los padres recoletos (franciscanos) a Québec y cuatro de ellos llegaron en 1615. Ellos celebraron la primera misa de la cual se tiene memoria,

el día de San Juan Bautista, que se ha convertido en el día santo del Canadá francés.

Los recoletos incrementaron su número, pero la tarea era inmensa. Las numerosas tribus, la falta de apoyo de los comerciantes de pieles y la vastedad de la colonia contribuyeron a su frustración. Los recoletos pretendían asimilar a los pueblos indios hasta el punto de convertirlos en franceses y cristianos. En 1624 buscaron el auxilio de los jesuitas. Cuatro años después los ingleses enviaron de vuelta a Francia tanto a los recoletos como a los jesuitas. La meta de los recoletos quedó sin alcanzar y cuando los franceses recuperaron la colonia y Richelieu decidió que regresara sólo una de las órdenes: escogió a los jesuitas, quienes dominarían la vida religiosa de la colonia durante los treinta años siguientes.

Aunque los jesuitas tenían la voluntad de prestar auxilio a los indios montañeses, quienes habían llegado a depender de Québec para su supervivencia, se sentían más atraídos por las misiones de campo hacia el oeste, entre los hurones, quienes eran los principales comerciantes con el interior de Norte América. Desde 1634 hasta 1649, los padres jesuitas vivieron en Huronia, en las costas de la Bahía de Georgia del Lago Hurón, donde tuvieron éxito limitado, pero fueron tolerados porque los hurones deseaban el comercio francés.

Los jesuitas contribuyeron en realidad a dividir a los hurones en cristianos y no cristianos.

Esto trajo como consecuencia el debilitamiento de la nación de los hurones en momentos en que éstos estaban trabados en una lucha contra la poderosa federación iroquesa, enemiga de los franceses desde 1608. Los iroqueses vivían al sur del Lago Ontario, y determinados a controlar el tráfico de pieles del oeste, usaron armas de fuego obtenidas en Nueva Inglaterra y Nueva Amsterdam para destruir a los hurones y lograron su ambición en las campañas de 1649-53. Los jesuitas extendieron luego sus actividades entre los iroqueses, quienes se mostraron contentos de tenerlos como rehenes para asegurar la neutralidad francesa hasta 1658, cuando la rivalidad franco-iraquesa condujo a la reanudación de las hostilidades.

Las *Relaciones* de los jesuitas constituyen un recuento anual de sus actividades y representan una admirable contribución para la comprensión de la historia de la colonia durante el período 1632-1673. Los jesuitas servían como sacerdotes a los colonos, además de educadores y misioneros, en cuya función se desempeñaban también como exploradores extendiendo el imperio, como lo atestiguan los esfuerzos de Marquette en la región de Illinois.

Los sulpicianos se juntaron a los jesuitas en 1667; tuvieron a su cargo la responsabilidad de convertir a Montreal, fundada en 1642, en un próspero centro. En 1658, la Corona envió a François de Laval a organizar el clero secular en

Nueva Francia. Laval se convertiría en una poderosa fuerza en la colonia que había sido tomada a su cargo por la Corona en 1663.

Luis XIV (1643-1715) decidió moldear la Nueva Francia de acuerdo con la estructura autoritaria y jerárquica existente en Francia. De esta forma aspiraba mantener un control más directo sobre el desarrollo de la colonia y avanzar la construcción de ésta en las áreas donde había fracasado la empresa privada.

El Rey, por intermedio de su Ministro de Marina y Colonias, emitiría las órdenes al Gobernador General, de nombramiento real, quien era la autoridad ejecutiva en materias militares y civiles. Este era generalmente un noble y un soldado, en cuya calidad le daba su tono al régimen. Sin embargo, sus facultades administrativas estaban severamente limitadas por las funciones del Intendente.

El sistema de la Intendencia se aplicó posteriormente en las colonias hispanoamericanas, impuesto por los Borbones españoles, quienes lo adoptaron como una innovación para aplicarlo a una sociedad flexible de consecuencias imprevisibles. La experiencia hispano-americana confirmó que los Borbones "nunca olvidaban ni aprendían nunca nada". Ellos debían haber deducido de la experiencia de Nueva Francia, donde el Intendente ejercía el control financiero, económico y judicial. Desde los abastecimientos militares

hasta las obras públicas; desde la emisión de letras de cambio hasta el cobro de los impuestos, el Intendente se inmiscuía en todo asunto colonial de importancia. También asistía al Consejo Soberano, donde ejercía considerable influencia debido a las facultades del Consejo en cuanto a la supervisión del tráfico de pieles.

El Consejo Soberano difería grandemente de su equivalente hispanoamericano, la Audiencia, especialmente por admitir en su seno miembros coloniales. El Gobernador General o el Intendente presidían regularmente el Consejo; el Obispo de Quebec era miembro del mismo; así como entre cinco y doce prominentes súbditos coloniales nombrados por la Corona. El Consejo servía como cuerpo asesor y como contralor del sistema judicial. Tenía el derecho de protestar las ordenanzas reales y de tratar de alterarlas si las consideraba inadecuadas para las situaciones existentes. "Se obedece pero no se cumple" (en español en el original), era tan importante para los funcionarios de la Nueva Francia como lo fue para los hispanoamericanos.

Había numerosos funcionarios provinciales y una estructura burocrática para manejar la maquinaria del gobierno real que se extendía desde Acadia hasta Luisiana. El sistema, como la propia Nueva Francia, debía su existencia a la determinación de Francia de explotar el comercio de pieles.

La Corona no quería practicar el comercio por sí misma y por ello decidió arrendar los derechos. Pero la abundancia de pieles y el temor de perder un mercado lucrativo en beneficio de los agresivos comerciantes británicos, quienes no tenían funcionarios eclesiásticos tratando de prevenir el uso del brandy como principal artículo de comercio, significaba que el gobierno tenía que ejercer el control de esta actividad. Emitía licencias (congés), pero los ambiciosos y los aventureros prestaban poca atención a estas tentativas de regulación. Para la década de 1680 quedó claro que la vía más efectiva para conducir el comercio era avanzar profundamente la presencia francesa hacia el interior. El *conde* de Frantenac, quien desempeñó la gobernación durante dos períodos (1672-82 y 1689-98), tomó efectiva posesión del territorio de los Grandes Lagos y sobre la base de las exploraciones del grupo del Padre Marquette, S.J., y de Louis Jolliet (1673) y el Caballero La Salle (1679-82), procedió a establecer las pretensiones de Francia sobre el Valle del Misisipí, desde los Grandes Lagos hasta el Golfo de México. Se proyectaba elevar una cadena de fuertes desde las cabeceras del San Lorenzo (Fuerte Frontenac) hasta el Misisipí, para proteger los derechos.

Los fuertes debían ser defendidos y por ello se estableció un estrecho lazo entre las fuerzas militares y el tráfico de pieles. Los traficantes sin nexos con la autoridad militar, difícilmente po-

Iglesia sembró raíces y permaneció siendo una fuerza de primer orden en el crecimiento de la sociedad *Canadien* hasta mediados del siglo xx. Monseñor Laval determinó dentro de los cinco años de su llegada como Vicario Apostólico en 1658, que la colonia produciría sus propios sacerdotes y con tal fin estableció un seminario "para que fuera una escuela perpetua de virtud y un lugar de entrenamiento de donde podamos derivar soldados piadosos y capaces para enviarlos . . . a las parroquias . . .". Y procedió a crear parroquias, alcanzando a unas 25 para 1681. En 1756 ya había 124. No todos los sacerdotes tendrían iglesias, pero sí rebaños. Laval, nombrado Obispo de Nueva Francia en 1674, fue el primero de seis que desempeñaron ese puesto durante el régimen francés. Todos ellos mantenían el *patronato*, aunque sólo tres de los obispos ejercieron un verdadero impacto en la colonia.

La Iglesia, tanto regular como secular, tenía a su cargo la educación, la caridad, la asistencia médica y las labores misionales. Algunas órdenes actuaban como *seigneurs* (propietarios de tierra).

La sociedad a la cual la Iglesia brindaba su ministerio era mucho más flúida que la existente en Francia. La colonia ofrecía a los individuos, la oportunidad de mejorar su vida, y aunque los franceses podían adoptar aires de superioridad ante los *Canadiens*, no había en realidad la profunda división que existía en Hispanoamérica entre *peninsulares* y *criollos*. Pero pocos *Canadiens*,

diens, como lo llegaron a comprobar ellos mismos, se hicieron verdaderamente ricos.

Los *habitants* constituían la mayoría de la población; siendo el comercio de pieles el único trabajo verdaderamente especializado que atraía a la población. El *voyageur* y sus *angagés*, o remeros contratados, generalmente terminaban convirtiéndose en *habitants*, trabajando su propia tierra.

Fue la población asentada la que confrontó lo que vino a constituir el último reto de Francia en Norte América. En 1750, Nueva Francia contaba con unos 70.000 pobladores. El invierno proporcionaba más tiempo para las reuniones sociales, juegos, bailes, música y bebida que los cortos días del verano, dedicados a la preparación para la subsistencia en el invierno. Pero la existencia misma de esta sociedad era un desafío a la expansión angloamericana. Había por lo menos un millón doscientos cincuenta mil angloamericanos y parte de ellos estaban dedicados activamente al comercio, más allá de las barreras constituidas por los montes Apalaches, que dividían a Nueva Francia de las colonias británicas.

En 1752, Francia ordenó al Marqués de Duquesne, Gobernador General de la colonia, establecer puestos permanentes en el Valle del Ohio. Para 1754, los franceses habían construido a Fort Duquesne, en la confluencia de los tres ríos que forman el río Ohio y tenían unos 500 soldados

dedicados a mantener a los británicos fuera de la región.

Quinientos soldados no son muchos, pero la Corona poseía más de 2.500 en toda la colonia. Como resultado, los *Canadiens* habían desarrollado la tradición de defenderse por sí mismos. Todos los hombres aptos entre dieciséis y sesenta años de edad, se entrenaban regularmente bajo el comando de un *habitant* respetado localmente, quien actuaba como *Capitán de Milicias*. Los *Canadiens* eran entrenados para luchar en el estilo guerrillero de los indios, más que en el estilo formal europeo. Por consiguiente, eran más efectivos en los combates en las selvas, como lo demostró la derrota que inflijieron en 1755 a la fuerza británica de 1.400 regulares y 400 milicias angloamericanos enviados a destruir a Fort Duquesne.

Los franceses libraron una guerra victoriosa contra los británicos durante tres años en la frontera de Nueva York-Pensilvania. Su única pérdida real ocurrió en Acadia en 1755. Pero Francia no logró imponerse en el mar y en el verano de 1758 la corriente se tornó contraria a los franceses. Los británicos capturaron Louisbourg y de esa forma controlaron el acceso al San Lorenzo, mientras sus tropas avanzaban exitosamente en las regiones de Ohio y del Lago Ontario. El gobierno británico determinó realizar un ataque importante contra Quebec y Montreal en 1759. Dos fuerzas —una desde el Lago Ontario y la

otra por el lago Champlain— estaban destinadas a apoderarse del corazón de Nueva Francia una tercera atacaría por mar para tomar posesión de Quebec. Fue la última la que selló la suerte de Francia.

El Mariscal de Campo James Wolfe comandó el asalto británico a Quebec. Su oponente era el Marqués de Montcalm, General en Jefe de las fuerzas de la colonia, quien tenía el tiempo a su favor, porque si él podía aguantar hasta el invierno, los barcos británicos se verían obligados a retirarse antes de que el hielo los bloqueara. Wolfe no pudo penetrar las defensas francesas durante julio y agosto, pero con la aproximación del invierno, fueron puestos en acción el ánimo y la osadía que habían faltado antes.

La flota británica controlaba el río por encima y por debajo de Quebec. No habiendo Wolfe logrado tomar la ciudad desde abajo, decidió tratar de hacerlo desde arriba y optó por enviar sus tropas sobre las indefensas costas acantiladas de sesenta metros de altura que dominan los “Llanos de Abraham”, la noche del 12-13 de septiembre. La presencia de los 4.500 chaquetas rojas donde menos se sospechaba, desconcertó de tal modo a Montcalm que en lugar de esperar por refuerzos, trabó temerariamente la lucha con los británicos. Montcalm cayó mortalmente herido; de igual modo cayó también Wolfe, añadiendo así un efecto dramático a lo que ha quedado como

Su referencia a la convocatoria de una Legislatura significaba que sólo unos cinco mil súbditos angloamericanos y británicos, quienes se habían aprovechado de la conquista para establecerse en la colonia, serían elegibles como representantes, porque los derechos políticos sólo existían para los que no fueran católicos romanos. Estos aprovechadores británicos eran muy exigentes respecto a sus derechos y solamente la firme determinación de Murray de resistir a sus presiones y de proteger los intereses de los *Canadiens* les impidió el control inmediato de la provincia.

Sin embargo, los comerciantes británicos, a quienes Murray veía como los "licenciosos fanáticos que comercian aquí", fueron quienes pronunciaron la última palabra. Determinada a tener las leyes y las instituciones británicas como soberanas en lugar de ablandarlas para dar satisfacción a los *Canadiens*, la facción comercial estuvo en condiciones de obtener la destitución de Murray, la cual tuvo lugar en junio de 1766. Guy Carleton fue su sustituto.

Se esperaba que Carleton impulsaría la asimilación de los *Canadiens* dentro de una comunidad británica. Este soldado profesional vino con el propósito de alcanzar ese objetivo, pero pronto se dio cuenta de que era preferible el modo respetuoso de los *Canadiens* hacia la autoridad que el comportamiento impulsivo y agresivo de los británicos. De esa manera, como lo señala A. L. Burt, "Carleton atacó abiertamente uno

de los problemas más difíciles en la historia del Imperio Británico. Tal fue el de acomodar a la antigua colonia francesa y católica romana, dentro de lo que era el protestante Imperio Inglés".

Carleton estaba bien enterado del descontento reinante en Anglo-América a causa de las intenciones de la Corona de obtener más ingresos de sus colonias americanas. También estaba en conocimiento de que Francia ansiaba asimismo humillar a Gran Bretaña. Por consiguiente, era fundamental asegurarse la lealtad de Quebec, y como él era paternalista, prefería trabajar con el clero y con los *seigneurs* más bien que con la mayoría *habitant*. Su política de mantener el sistema señorial y de permitir que la Iglesia cobrara los diezmos, fortaleció instituciones que habían sido debilitadas durante el *ancien régime* por la naturaleza misma de la vida colonial de frontera. Carleton permitió también el uso de la legislación civil francesa, que beneficiaba a todos los *Canadiens*, pero que hacía la vida legal un poco más complicada para los británicos. El elemento británico, ansioso por la instrumentación de las disposiciones legislativas de la Proclama, vio estrellarse sus ilusiones cuando la Corona aceptó el consejo de Carleton de colocar completamente el poder en manos del Gobernador y de un Consejo nombrado. Además, se permitiría a los *Canadiens* formar parte del Consejo, privilegio que ningún otro súbdito británico de la fe católica

romana podía ejercer en Gran Bretaña ni en ningún otro lugar del Imperio Británico hasta 1829.

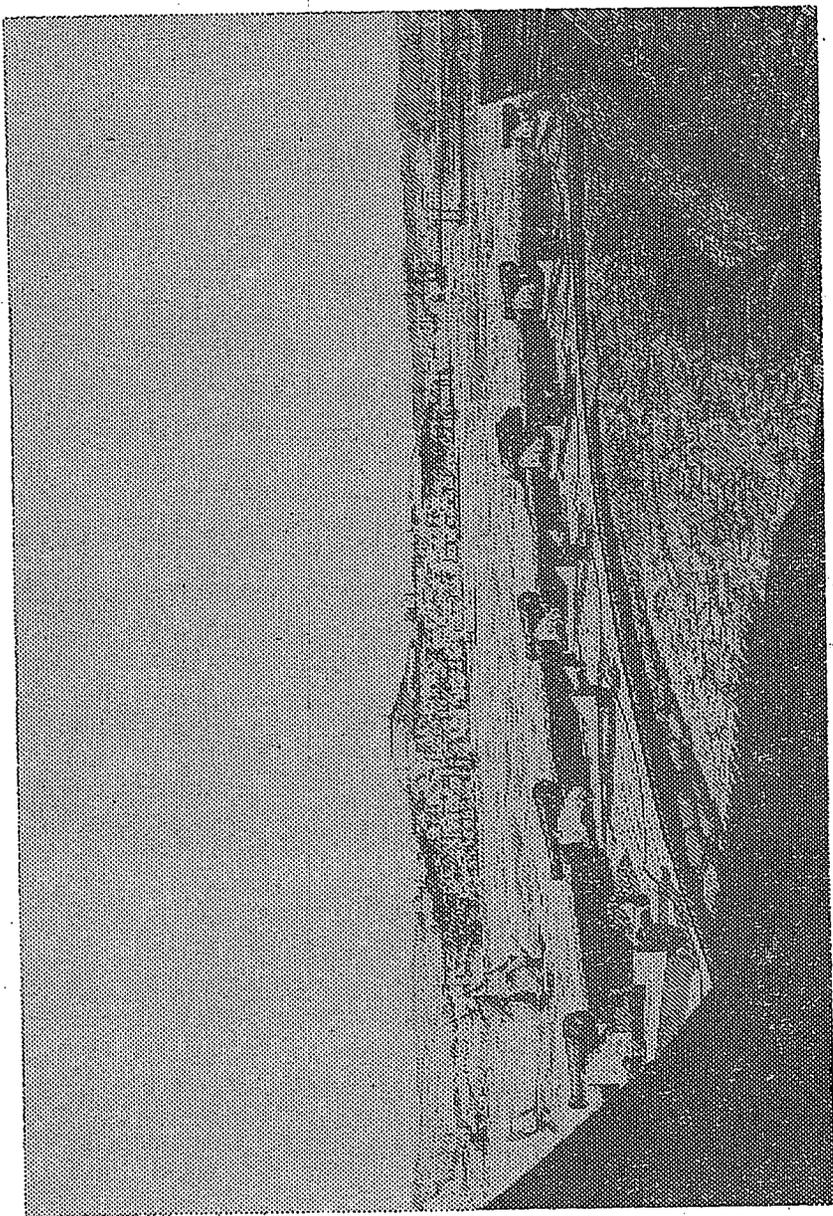
Las reformas de Carleton y la situación de la religión fueron confirmadas por la Ley de Quebec de 1774. Esa Ley ha sido llamada "la más sabia pieza de la legislación británica en esos turbulentos años (1764-1776), la cual estableció las bases para el Imperio Británico que habría de venir", porque se refería a la absorción de un pueblo no británico dentro del Imperio. Confirmó los puntos de vista de Murray y de Carleton de que los *Canadiens* constituían un pueblo cuyo supervivencia cultural era valiosa, aunque el gobierno británico esperaba que pudieran ser convertidos a la fe anglicana.

La Ley de Quebec extendió también las fronteras de la colonia. La prolongación hacia el sur-oeste de estos linderos, comprendió la región de Ohio y en esa forma restringió efectivamente las ambiciones de los especuladores angloamericanos hacia el sur, mientras ampliaba por otra parte las ambiciones en el comercio de pieles de los negociantes de Montreal. Es muy probable que los angloamericanos se conformaran con el reconocimiento de la fe católica romana, pero la Ley que bloqueaba el movimiento hacia el oeste les parecía inaceptable. Por consiguiente, la Ley de Quebec se convirtió en parte de la legislación británica que los angloamericanos, inclinados a seguir su propio rumbo, consideraban como "intolera-

ble". Su Congreso Continental esperaba que Quebec se pondría de acuerdo.

La comunidad de comerciantes británicos de Montreal encontró la Ley intolerable y de buen grado escuchó a los agentes angloamericanos enviados a Quebec por el Congreso Continental, con el fin de ganar su apoyo en la lucha con la Corona, en tanto que Carleton había supuesto que la Ley colocaría a los *Canadiens del lado del* gobierno. Habría de experimentar una decepción, porque su evidente alianza con los *seigneurs* hizo que los *habitants* simpatizaran con las maniobras angloamericanas. Sin embargo, cuando los angloamericanos levantaron la bandera de la revuelta y enviaron una fuerza expedicionaria con el fin de apoderarse de Quebec, la mayor parte de los *Canadiens* permanecieron pasivos. Como lo señaló un comandante angloamericano, "ellos serán nuestros amigos siempre y cuando podamos mantener nuestro terreno". Y los angloamericanos no retuvieron su terreno durante largo tiempo; estuvieron en la colonia desde septiembre de 1775 hasta junio de 1776.

En el este, en Nueva Escocia, los colonos eran en gran parte angloamericanos, ya que la comunidad de Acadia había sido quebrantada durante el período de 1755-1761 para preservar la colonia británica, y podía esperarse que Nueva Escocia se juntara a las otras trece colonias revolucionarias. Ciertamente, los habitantes de Nueva Inglaterra formaban entre los que objetaban fuer-



Halifax en 1801, vista desde Dartmouth al otro lado del puerto

© 1988 por el autor. Publicado por el editor.

temente el gobierno arbitrario y habían jugado un papel prominente en hacer gestiones efectivas ante la Corona para la instalación de una Asamblea Colonial en 1758. Pero cuando vino la revolución, las realidades geográficas y una repugnancia innata a su implicación activa, condujeron a los neoescoceses a convertirse "yanquis neutrales". El poderío marítimo británico, concentrado en Halifax, controlaba el Atlántico Norte. Ese poderío protegía el comercio de Nueva Escocia y permitía a los comerciantes de Halifax aprovecharse de la guerra. Nueva Inglaterra perdió su mercado de las Indias Occidentales cuando estalló la revolución y de ello se benefició Nueva Escocia. Así, aparte de tener que enfrentar algunas incursiones rebeldes en la colonia, los "yanquis neutrales" recibieron otras recompensas británicas, aún más por el hecho de que unas treinta mil personas, fieles a la Corona, abandonaron las colonias rebeldes y marcharon a Nueva Escocia, impulsando sus perspectivas económicas.

La emigración de los realistas tuvo un profundo impacto sobre lo que quedó de la Norte América Británica. La mayor parte de los *émigrés* eran ex-funcionarios de la Corona o veteranos de las unidades militares realistas; todos eran decididamente leales a la Corona. Al abandonar los nuevos estados, habían mostrado su determinación de no romper sus lazos británicos, y su rechazo a ser americanos marcaría sus vidas y las vidas de sus descendientes.

Diez mil realistas se establecieron en el valle del río San Juan, a través de la Bahía de Fundy, desde Nueva Escocia. Sus líderes tuvieron bastante influencia política para persuadir a la Corona de crear una nueva provincia, Nueva Brunswick, en 1784. Estos líderes aportaron también un aire aristocrático a las comunidades que se hallaban más allá de Halifax, donde las tradiciones militares y navales ya lo habían establecido. Nueva Brunswick tenía como motivo de orgullo, mostrarse "capaz de proveer el gobierno más caballeroso de la tierra". Tenía también un carácter bilingüe, derivado de que los emigrantes realistas dominaban el sureste y los sobrevivientes de Acadia poblaban el norte.

Mientras los caballeros gobernaban en las Marítimas, los realistas que abandonaron los Estados del Atlántico Medio no eran tanto caballeros como agricultores y soldados de ascendencia escocesa y alemana. Cerca de cinco mil fueron a Quebec, al sur de Montreal —en el "Distrito Oriental". Varios otros miles se diseminaron por la costa norte del Lago Ontario, desde el Niágara hasta Catarauqui (rebautizada Kingston), en las cabeceras del río San Lorenzo. ¡Hay que imaginarse su sorpresa al abandonar un gobierno extranjero y encontrarse en una colonia británica donde había una religión extranjera, leyes extranjeras y donde prevalecía un sistema extranjero de tenencia de la tierra!

Los realistas comenzaron rápidamente a solicitar del gobierno británico el restablecimiento de las instituciones británicas. En esto contaban con el apoyo de la comunidad de comerciantes británicos de Montreal. Para poner orden dentro de estos clamores, los británicos enviaron a Carleton, ahora Lord Dorchester, de vuelta a Quebec. Dorchester no era ahora tan pro-*Canadien* como lo había sido antes y estaba fuertemente influenciado por su estrecha asociación con William Smith. Smith, ex-Presidente de Justicia de Nueva York, pasó a ser Presidente de la Corte de Quebec en 1786 y estaba dispuesto a modelar estrictamente la Norte América Británica conforme a Gran Bretaña, donde, según él creía, la aristocracia y la democracia restringían la una a la otra las respectivas tendencias extremistas y se producía la paz, el orden y el buen gobierno bajo la Corona. Pero ni Dorchester ni Smith podían conciliar las discrepancias entre la demanda por parte de los colonos-comerciantes, de convocar una asamblea, y los intereses señoriales que se oponían a esta idea. Finalmente, el Secretario de Estado para las Colonias, William Grenville, tomó el asunto en sus propias manos. Simpatizaba con el punto de vista de Dorchester, y al efecto escribió: "Su Señoría observará que el objeto general de este plan es el de asimilar la Constitución de la Provincia a la de Gran Bretaña, tan cerca como lo permitan las costumbres del Pueblo". Grenville quería también que los *Canadien*

adiens continuaran en “el disfrute de aquellos derechos civiles y religiosos que les fueron reservados a ellos por la Capitulación . . . , o que desde entonces les han sido concedidos por el espíritu liberal e ilustrado del Gobierno Británico”. De ese modo propuso, y su gobierno lo aceptó, la división de la Providencia en el río Ottawa, en Alto Canadá y Bajo Canadá. Cada nueva colonia debía tener un Consejo Ejecutivo y una Legislatura con una Cámara Baja elegida y una Cámara Alta nombrada. La Ley Constitucional de 1791 avanzaba las ganancias políticas de los *Canadiens* mediante el establecimiento de una Asamblea, en tanto que otorgaba a los altocanadienses las leyes inglesas y el sistema de tenencia de la tierra a que ellos aspiraban. Reservaba también una porción de las tierras de la Corona para “el apoyo y mantenimiento del clero protestante . . .”. En la mente inglesa esto quería decir la Iglesia Anglicana, aunque no todos los colonos fueran ingleses.

La Ley Constitucional establecía el futuro desarrollo de una importante porción de la Norte América Británica. Mientras las intenciones aristocráticas de Grenville no prendieron en la Norte América Británica ni emergió una nobleza hereditaria, debido a las predilecciones democráticas del pueblo, la Constitución permitió que las autoridades nombradas ejercieran el control sobre las elegidas. Esto habría de causar considerable fricción. Pero por el momento, la Ley respondía

a la emigración realista y quedaría como una clara definición de las diferencias entre los 200.000 norteamericanos que no querían ser asimilados por sus cuatro millones de vecinos republicanos del sur.

III

LA NORTE AMERICA BRITANICA DE MAR A MAR, 1783 - 1849

El Tratado que puso término a la Revolución Americana había cedido el valle del Ohio a los Estados Unidos. Que la separación británica permaneciera en el territorio cedido hasta que los Estados Unidos respondieran a las reclamaciones financieras de los realistas contra el nuevo gobierno, no impidió que los americanos usurparan territorios pertenecientes a las tribus indígenas. Entre 1791-94, los americanos lucharon para expulsar a los indios hacia el oeste, en tanto que abrían el área a la colonización. En 1794 parecía que los Estados Unidos y Gran Bretaña estuvieran a punto de ir a la guerra por este motivo, y para evitarlo, las dos naciones firmaron el Tratado de Jay, por medio del cual los británicos convenían en retirarse de sus posiciones. A cambio de ello, se permitió que el comercio de pieles

continuara en ambos sentidos a través de la frontera.

Sin embargo, los comerciantes de pieles ya no poseían campos lucrativos para explotar en el valle del Ohio. Los comerciantes de Montreal se estaban dando cuenta de que tenían que ir más hacia el oeste para incursionar en el comercio del castor. En la década de 1770, Peter Pond, Alexander Henry y los hermanos Frobisher habían irrumpido en el territorio de la Compañía de la Bahía del Hudson, que abarcaba la vasta región comprendida entre la Cordillera y la Bahía del Hudson. Los comerciantes de Montreal pusieron en común sus recursos financieros para formar la Compañía del Noroeste y desafiaron la política de la Compañía de la Bahía del Hudson, de esperar que los indios traficantes vinieran a sus puestos, y decidieron ir directamente donde estaban los indios. Este activo avance hacia el interior, condujo a una significativa exploración y Alexander Mackenzie, traficante de la Compañía del Norte, no sólo descendió por el gran río que lleva su nombre al Océano Artico en 1789, sino que cuatro años más tarde, cruzó la Cordillera para llegar hasta el Pacífico. Durante los siguientes veintiocho años, el territorio de las pieles comprendido entre el Pacífico y la Bahía, fue el escenario de la gran rivalidad entre los intereses de Montreal y los de la Compañía de la Bahía del Hudson. En 1821, la Compañía de la Bahía del Hudson absorbió a sus rivales de Montreal, a me-

didada que éstos sucumbían por lo costoso de la rivalidad y por los miles de kilómetros que se veían forzados a recorrer en canoas. El legado de la lucha fue la presencia británica desde la desembocadura del poderoso río Columbia al oeste del Océano Artico en el norte. Los Estados Unidos y Gran Bretaña establecieron en 1818 los límites de Norte América Británica por el sur, en el paralelo 49°, entre el Lago de los Bosques y la Cordillera.

Mientras las fortunas financieras de Montreal habían dependido durante largo tiempo del comercio de pieles, ese comercio ya no ocupaba el primer lugar en 1800. Las demandas de las guerras anglo-francesas y las tarifas preferenciales otorgadas a los artículos de Norte América Británica, estimularon la exportación de madera del Valle de Ottawa, el valle del San Lorenzo y las Marítimas. El Alto Canadá necesitaba ese estímulo porque era una colonia sin un puerto marítimo en la época en que el gobierno colonial dependía de los ingresos aduanales para sus rentas y la tierra era su única fuente alternativa de ingresos. El Bajo Canadá y las colonias marítimas tenían puertos marítimos, de modo que pudieron desarrollar no sólo el comercio de la madera, sino también el negocio de astilleros. Los comerciantes afiliados a la oligarquía de Halifax explotaban el interior de las Marítimas en su beneficio, así como los intereses mercantiles ingleses del

Bajo Canadá, llegaron a dominar la economía de esa provincia.

Los ingleses de Quebec no sólo mantenían el poder económico, sino que empuñaban también el poder político, aún en la Asamblea elegida, donde tenían quince de los cincuenta miembros extraídos de una población en la cual el ocho por ciento de los habitantes era de origen francés. Los ingleses estaban en mayoría, tanto en el poder legislativo (Cámara Alta), como en el ejecutivo (Gabinete). Usaron ese poder para propulsar la anglicanización de la provincia en 1791-1812, y los allegados al gobernador y a los consejos se aprovechaban de su posición para especular con las tierras no vinculadas al sistema señorial, teniendo así un interés financiero en estimular la inmigración británica, que era una manera de incrementar el elemento británico en la provincia. Los *Canadiens* usaban efectivamente la Asamblea, para demostrar que ellos no querían ser absorbidos, y su oposición forzó a Londres a ponerse de su lado contra un gobierno arbitrario como el desempeñado por Sir James Graig (1807-1811), una de las varias figuras militares nombradas para gobernador.

El Alto Canadá no tenía la cultura dual para la contienda, pero tenía el problema del establecimiento de una comunidad viable en un área desierta. Su primer gobernador, John Graves Simcoe, era un soldado de éxito que había comandado las tropas realistas durante la Guerra de In-

dependencia Norteamericana. Simcoe ordenó la construcción de caminos, tanto para conectar asentamientos muy dispersos, como por requerimientos de comunicación y defensa. Firme anti-republicano, decidió hacer de la colonia una émula de Inglaterra, con todo y su estructura de clases, pero como la mayoría de los habitantes de la colonia eran americanos, tuvo poco éxito. Sin embargo, durante sus cuatro años de gobierno (1791-96), fue el conductor que acogió a los inmigrantes y estimuló el desarrollo basado en la madera, el trigo y la especulación con las tierras. Como en el Bajo Canadá, los allegados a Simcoe y sus sucesores, usaron sus contactos para obtener grandes concesiones de tierras. La tierra, como en la América Hispánica, colocaba a los grandes terratenientes en una privilegiada posición económica y en el sistema de Norte América Británica, tener tales estrechos vínculos con la jefatura política significaba que el gran terrateniente tenía también una poderosa connotación política. Las oligarquías llegaron a dominar la vida de Norte América Británica hacia 1812, cuando esa vida confrontó su primera gran prueba en una guerra con los Estados Unidos.

Las relaciones entre los dos Estados de origen anglo, comenzaron a deteriorarse seriamente en 1807, debido a cuestiones marítimas acarreadas por las guerras napoleónicas. Los barcos de guerra británicos interferían a los barcos mercantes de los Estados Unidos que comerciaban con la



Batalla de Chateaugay en la guerra de 1812. Habitantes y tropas regulares británicas resisten a los invasores americanos.

Europa continental y reclutaban contra su voluntad a los marineros. Estas acciones provocaron pronunciamientos belicosos de parte de los dirigentes políticos norteamericanos, las cuales encendieron la imaginación de los habitantes del oeste y del sur de los Estados Unidos, quienes vieron la posibilidad de eliminar toda interferencia británica respecto a la expansión hacia el oeste. Surgió también el sentimiento de que una monarquía y una república no podían compartir el mismo "pequeño" continente, y aún un hombre tan prudente como Thomas Jefferson, creía que los norteamericanos británicos, estaban listos para unirse a los Estados Unidos.

El Congreso de los Estados Unidos declaró la guerra contra Gran Bretaña el 19 de junio de 1812. Como los Estados Unidos no estaban en capacidad de llevar la guerra a la propia Inglaterra, Norte América Británica fue el objetivo obvio y el Alto Canadá la más fácil de atacar de las colonias británicas. Era también la que tenía más habitantes americanos, habiendo inmigrado a ella cerca de dos terceras partes de su población, con la motivación de obtener gratuitamente tierras, más que por sentimientos realistas. En consecuencia, los Estados Unidos invadieron el Alto Canadá a comienzos de julio.

Los británicos sólo tenían seis batallones de tropas regulares, suplementados con milicia local, para defender la provincia. El comandante británico, General Isaac Brock no pudo atraer muchos

americanos nativos voluntarios, pero no experimentó gran ansiedad, porque la fuerza invasora de los Estados Unidos era incompetente. Las fuerzas de Brock controlaron el oeste e incluso tomaron a Detroit. Brock mismo murió gloriosamente defendiendo la frontera del Niágara.

En 1813, los americanos prefirieron tratar de dominar los lagos Erie y Ontario. En ese año, la fuerza de los Estados Unidos puso fuego a York, capital del Alto Canadá, y efectuó una ligera penetración dentro de la colonia. Pero estas penetraciones tuvieron poco apoyo entre el pueblo. Una tentativa americana sobre el Bajo Canadá fue derrotada por las milicias locales y las tropas británicas regulares. La victoria *Canadiens* de los *Voltigeurs* del Teniente Coronel Salaberry en Chateauguay, ha sido saludada como una importante contribución al sentimiento nacional canadiense. Mientras esa apreciación podría considerarse como una exageración, no hay duda de que tanto los voluntarios ingleses como los franceses, estaban decididos a expulsar a los norteamericanos del suelo canadiense.

Para 1814, ambos bandos se hallaban fatigados de la guerra. Las fuerzas británicas tuvieron también la ventaja de los refuerzos, a medida que los británicos que derrotaron a Napoleón venían a América, no sólo a Norte América Británica, sino también a luchar por la independencia de la América del Sur. Los británicos enviaron tropas al corazón de los Estados Unidos —Wa-

shington y Baltimore—, mientras la guerra en el norte ganaba poco de ambos lados. No fueron las batallas, sino la paz de Ghent, la que determinó los resultados de la guerra.

Ghent no se ocupó de las causas de la guerra y puso de lado los asuntos anglo-americanos relativos a Norte América Británica, para ser tratados en ulteriores discusiones. Como tratado no fue nada satisfactorio para los norteamericanos británicos, porque los obligó a devolver territorio en Maine y al oeste del Lago Michigan, pero la guerra misma hizo mucho para moldear un sentimiento nacional canadiense. Un historiador de Canadá Francesa la describió de esta manera: "Una nueva fidelidad estaba comenzando a brotar en ambos grupos (ingleses y franceses), quienes habían combatido juntos para repeler la invasión y cuyas recíprocas dudas habían sido disipadas por el esfuerzo común".

Los británicos y los norteamericanos confiaron en Ghent una vez terminada la guerra, porque los británicos se dieron cuenta de que ellos no podían defender la larga frontera de Norte América, en tanto que los norteamericanos reconocieron que sus puertos eran rehenes de la Marina Real. De esa forma, en 1817, Gran Bretaña y los Estados Unidos, firmaron el Acuerdo Rush-Bagot, que limitaba los armamentos navales en los Grandes Lagos. La Convención de 1818 estableció el lindero interior en el paralelo 49° oeste del Lago de los Bosques (Lake of the Woods);

concedió a cada nación iguales derechos en la región de Oregón, al oeste de la Cordillera; acordó negociar sobre el lindero oriental; confirmó los derechos de pesca de los Estados Unidos en los bancos de Terranova; y limitó los derechos de los Estados Unidos en las aguas de Nueva Escocia al de procurar refugio.

La guerra de 1812 había confirmado que los norteamericanos británicos no deseaban ser americanos; también había confirmado que no podían subsistir contra los Estados Unidos sin la protección del Imperio Británico. Los norteamericanos estaban mal dirigidos y mal preparados para la guerra; también se habían dividido respecto a esa guerra, pero no había seguridad de que ocurriera de la misma manera la próxima vez. Los Estados Unidos tenían sus expansionistas, y sin el peso del Imperio Británico en su favor, los canadienses no podían enfrentarse a los Estados Unidos (como lo confirmarían los mexicanos, vecinos norteamericanos de mayor población). Por consiguiente, mientras las negociaciones de post-guerra recorrieron un largo trecho para traer la paz a Norte América, ni los canadienses ni los norteamericanos estaban absolutamente convencidos de que reinaría la paz. En consecuencia, el gobierno británico continuó defendiendo a las colonias, pero las defensas no fueron realmente sometidas a prueba. Las verdaderas batallas de la Norte América Británica del período posterior a

1818, no se libraron en el campo militar sino en la arena política interna.

Las oligarquías coloniales habían sobrevivido a la guerra y presidían sobre los significativos cambios económicos y sociales que tenían lugar en Norte América Británica en los años inmediatos a la post-guerra. Pocos americanos inmigraron a las colonias, en parte inhibidos por la legislación del Alto Canadá contra la colonización complaciente y más atraídos hacia su propio medio-oeste, en tanto que Norte América Británica resultó atractiva para los inmigrantes británicos —irlandeses, escoceses e ingleses—, quienes acudieron por millares a las colonias. Se establecían en las ciudades, en los pueblos y en la tierra, en su anhelo de instalarse en su nueva patria.

Los inmigrantes que optaban por establecerse en la tierra, lo más probable era que tuvieran que vérselas con los oligarcas —la Familia Compacta del Alto Canadá, el Chateau Clique de Bajo Canadá— o con sus asociados. Gran parte del oeste del Alto Canadá estaba vinculada con los territorios privados de la Compañía de Canadá, mientras que la Compañía Británico-Americana de Tierras obtuvo unas 400.000 hectáreas en el Bajo Canadá. Estas compañías, por supuesto, tendían a explotar la colonización en beneficio de sus intereses.

Parte del capital adquirido iba a otros proyectos destinados a estimular el incremento de la ri-

queza, aprovechando los mercados prospectivos del medio-oeste americano. De ese modo, la construcción de los canales en sus primeras etapas, y luego la construcción de ferrocarriles, señalaron los esfuerzos canadienses para mantener viable el sistema Grandes Lagos-San Lorenzo. El demasiado retardo brindaba una lección. Los norteamericanos terminaron el Canal Erie que conecta el medio-oeste con un puerto en Nueva York para todas las estaciones, tres años antes de que los canadienses estuvieran en condiciones de salvar las cataratas del Río Niágara. El Canal Welland del Alto Canadá era útil para la transferencia de los productos coloniales, pero no llegó a cumplir su objetivo.

El tema del canal, sin embargo, contribuyó a las crecientes tensiones políticas acarreadas por el control oligárquico. En el Bajo Canadá, el Chateau Clique de los intereses agro-comerciales quería utilizar la Legislatura para sus propios fines, pero la Asamblea, dominada por los *Canadiens*, no estaba convencida de que el financiamiento del canal, entre otros designios, favorecía sus intereses. La Asamblea había tenido ya la experiencia del conato de Clique de 1822, para unificar las dos Canadás, a fin de proteger a la élite financiera de Montreal contra la pretensión económica americana puesta en evidencia con la excavación del Canal Erie. El asunto del canal había llevado a la palestra a dos asambleístas: Louis Joseph Papineau y John Neilson. Papineau era

un *seigneur*, un oficial de milicia en la reciente guerra y Presidente de la Asamblea Legislativa; Neilson era un escocés que había venido al Canadá a la edad de catorce años a trabajar en la *Gazette* de Quebec de su tío. Neilson había llegado a ser el propietario del periódico y se había convertido, con Papineau, en vocero de los intereses *Canadiens* y en líder del partido opuesto a la oligarquía. Fue el creciente radicalismo de Papineau lo que condujo a la posterior división del partido en 1831. Neilson prefería la vía evolutiva, mientras Papineau se tornaba más fogoso, hasta el punto de adherir al republicanismo. Cuando en 1837, el Parlamento Británico negó las resoluciones que habían sido presentadas por el *Partie Patriote et Républicain* de Papineau, y aunque dicho Parlamento admitiera la necesidad de algunas reformas, autorizó al Gobernador para tomar los fondos que le habían sido negados por la Legislatura, los seguidores de Papineau tomaron las armas en 1837.

El levantamiento en el Bajo Canadá fue, probablemente, tanto una protesta económica, dadas las condiciones críticas en que estaban sumidas por igual Europa y las Américas para esa época, como una acción política. Pero, cualesquiera que hubieran sido las razones del levantamiento, éste fue igualmente aplastado; sus líderes ingleses y franceses, incluyendo a Papineau, huyeron a los Estados Unidos. Sin embargo, los radicales de Bajo Canadá estaban avisando con su acción el

fuego latente en Alto Canadá, donde William Lyon Mackenzie y sus seguidores habían desafiado desde hacía largo tiempo a la oligárquica Familia Compacta.

Mackenzie, un escocés, llegó al Alto Canadá en 1820 y se dedicó a la publicidad. Su *Colonial Advocate* irritaba continuamente a la oligarquía. Un miembro prominente de la Familia Compacta escribió sobre Mackenzie: "otro reptil... se ha levantado entre nosotros... ¡qué gusano!" Mackenzie había llegado al Alto Canadá precisamente en la época cuando las Reservas del Clero, las tierras reservadas para el clero protestante, se habían convertido en un tema de discusión. Las reservas tendían a localizarse en los lugares más selectos y las denominaciones protestantes ya no se conformaban con permitir que la Iglesia de Inglaterra se considerara a sí misma como la única religión establecida. La Iglesia de Escocia (presbiteriana) tenía muchos adherentes, como también la Metodista. Esta última, dirigida por Eger-ton Ryerson, sacerdote y editor del *Christian Guardian*, se adaptó cómodamente dentro de la creciente oposición al control oligarca, ejemplarizada para ellos por el Obispo anglicano de Toronto, John Strachan, miembro prominente de la Familia Compacta.

El grueso de los reformistas del Alto Canadá deseaba que la Gran Bretaña apoyara el concepto del "gobierno responsable". "Gobierno responsable" quería decir que el Consejo Ejecutivo

estaría obligado a responder ante la Legislatura y prestaría sus servicios en la medida en que gozara de la confianza de los representantes de dicha Legislatura, elegidos popularmente. Para los conservadores, ésta era una posición en sí misma "radical" y ninguna oligarquía renuncia voluntariamente a su control. Mackenzie vio claramente que tal era el caso y a mediados de la década de 1830 adoptó un lenguaje republicano que era suficiente para atemorizar al propio Ryerson, quien brindó su apoyo a la coalición británica en la elección de 1836. La oligarquía ganó esa elección. Mackenzie estaba tan disgustado que adquirió la convicción de que sólo una revolución podía derrotar a la Familia Compacta, y aprovechando el levantamiento de Bajo Canadá, trató de hacer lo propio. Resultó un fiasco. Mackenzie y sus partidarios no pudieron resistir contra la milicia local y la rebelión de dos días hizo su colapso el 7 de diciembre.

Las rebeliones de 1837 pasaron a la historia, pero obligaron al gobierno británico a reconocer que existían serios problemas en Norte América Británica; a propósito de ello, enviaron a John George Lambton, Conde de Durham, rodeado de un puñado de brillantes reformadores coloniales, para investigar. Durham permaneció sólo cinco meses y produjo un informe que fue completamente ignorado hasta el apogeo del imperialismo a fines del siglo, pero su presencia demostró la preocupación de los británicos.

El gobierno británico presionó por la unión de las dos Canadás y envió a Charles Poulett Thomson para lograrla. Contaba con el apoyo del Consejo Ejecutivo de Bajo Canadá y ofreció a Alto Canadá igual representación en la Legislatura propuesta (aunque tenía menor población que su presunto asociado), una suma permanente para el pago de los sueldos del gobierno y para gastos administrativos y cargar la inmensa deuda del Alto Canadá a las provincias combinadas. Obtuvo el consentimiento de las dos Canadás y el Parlamento decretó la unión en julio de 1840. La nueva provincia de Canadá tenía un Consejo Legislativo nombrado de por vida y una Asamblea de cuarenta y ocho miembros elegidos por partes iguales entre Canadá Oeste y Canadá Este. El inglés sería la lengua de la Legislatura.

Thomson, designado Barón Sydenham por su éxito, hizo resistencia a la presión reformista para que fuera aceptado el "gobierno responsable", mediante el cual el Consejo Ejecutivo (Gabinete) actuaría sometido a conservar la confianza de la mayoría de la Asamblea, pero estaba dispuesto a nombrar reformistas en su Consejo Ejecutivo y a confiar a los miembros del Consejo responsabilidades en los departamentos del gobierno. Utilizaba al Consejo como asesor, pero ejerció el gobierno hasta su muerte, ocurrida con motivo de haber sido derribado por su caballo.

Los reformistas, conducidos por Robert Baldwin y Louis-Hippolyte Lafontaine, impulsaron a

los sucesores de Eydenham hacia el gobierno responsable. Lafontaine, quien en desacuerdo con la Ley hablaba en francés en la Asamblea, estaba decidido a preservar el hecho francés en Norte América Británica (logró su objetivo cuando el Parlamento rechazó las restricciones lingüísticas en 1848). Pero la raza era secundaria a la Reforma, y tan fuerte que la coalición de Baldwin pudo conseguir a Lafontaine un escaño en la Asamblea de York, cuando Lafontaine perdió el suyo en el Este. Lafontaine pudo reciprocarse el gesto más tarde, cuando Baldwin perdió su escaño en el Oeste.

Baldwin estaba preocupado con las metas de Lafontaine relativas a la supervivencia cultural, pero ambos estaban decididos a erradicar el control de la oligarquía sobre los nombramientos y la economía. Estos dos hombres mantuvieron una mayoría de representantes en la Asamblea de 1842, y el nuevo Gobernador, Sir Charles Bagot, quien simpatizaba con el gobierno responsable, les pidió formar el Gabinete, al cual renunciaron el año siguiente, cuando el sucesor de Bagot rehusó otorgarles el derecho de presentar candidatos idóneos para los cargos.

Los Whigs, más liberales, reemplazaron el gobierno conservador en Gran Bretaña y enviaron a James Bruce, Conde de Elgin, como Gobernador General de Norte América Británica. Elgin simpatizó tanto con la supervivencia *Canadien*

tualmente completa siguió luego y Norte América Británica perdió un mercado protegido.

El pensamiento diplomático británico no era igualmente radical. Sin embargo, Norte América Británica tenía conciencia de tal pensamientos cuando Lord Aberdeen, un Secretario de Estado británico más inclinado a la conciliación que a la belicosidad, negoció dos tratados con los Estados Unidos. En 1842, el agente de Aberdeen, Ashburton, casado con una americana y señalado por su posición de 1815, según la cual Canadá debía ser cedida a los Estados Unidos, convino ampliamente con la posición del Secretario de los Estados Unidos, Daniel Webster, sobre los asuntos del lindero oriental. La concesión más significativa en el Tratado Webster-Ashburton hacía penetrar profundamente al Estado de Maine dentro de Nueva Brunswick y establecía una comunicación interna muy larga y costosa entre las Marítimas y el Canadá central.

Lord Aberdeen presidió otra significativa concesión cuando negoció el Tratado de Límites de Oregón en 1845-46. Colonos norteamericanos se habían establecido al sur del río Columbia durante la década de 1830 y presionaban en 1843 sobre la anexión a los Estados Unidos. Sus reclamaciones fueron escuchadas en Washington y en el Partido Demócrata. El candidato de ese Partido, J. K. Polk, realizó una campaña exitosa en las elecciones de 1844 sobre la plataforma del "Destino Manifiesto": los Estados Unidos no sólo te-

nían el derecho de absorber el territorio mexicano al oeste y al suroeste, sino también de extender sus fronteras hasta el "54° 40' ó pelear". Aberdeen reconoció las intenciones bélicas de los Estados Unidos y se allanó a la posición más realista de Polk, de retroceder el lindero hasta el paralelo cuarenta y nueve.

El Tratado de Oregón confirmó lo que los norteamericanos británicos habían comenzado a percatare: que la Gran Bretaña estaba dispuesto a sacrificar los intereses de los norteamericanos británicos en su favor y en beneficio de las buenas relaciones entre Inglaterra y los Estados Unidos. Sin embargo, los norteamericanos británicos constataron también que ellos necesitaban a Gran Bretaña para prevenir el "Destino Manifiesto".

La ironía fue que mientras la mayoría de los norteamericanos británicos deseaba permanecer políticamente independiente de los Estados Unidos, algunos de ellos, especialmente los Tories (conservadores) de Montreal, creían que la unión con los Estados Unidos era esencial y así lo expresaron en su Manifiesto de Anexión de 1849. El Manifiesto, un grito de angustia y frustración de la derrotada oligarquía, no paró en nada, pero dirigentes canadienses estaban ansiosos de proseguir los nexos económicos.

La construcción del canal que conectaba a los Grandes Lagos con el San Lorenzo había sido una tentativa para desviar el comercio interior de

los Estados Unidos, pero sólo fue terminada a fines de la década de 1840, después de casi veinte años de esfuerzos que comprendían costosas inversiones privadas y del gobierno. Para entonces Montreal se había dado finalmente cuenta de que no podía competir con los puertos de los Estados Unidos, abiertos en todas las épocas del año. Bloqueado por el hielo durante seis meses del año, Montreal necesitaba su propio acceso a tales puertos y algunos de sus empresarios hacían promoción a un ferrocarril a Boston, Massachusetts, o a Portland, Maine. Cuando las fuentes privadas de financiamiento de Canadá e Inglaterra no pudieron cubrir las necesidades financieras, los empresarios se dirigieron a la Legislatura de la Unión, la cual aprobó la Ley de Garantía de 1849. Esa ley aseguró el interés en las acciones de cualquier ferrocarril de más de 120 kilómetros de largo y fue significativo porque estableció lo que habría de convertirse casi en la práctica normal para los futuros gobiernos: la buena voluntad de proporcionar apoyo financiero a los proyectos nacionales que excedían la capacidad ordinaria de suministro de capitales. La seguridad del apoyo gubernamental permitió abrir en 1835 el enlace Montreal-Portland. No tuvo el éxito previsto porque los empresarios ferrocarrileros del Oeste de Canadá conectaron a Chicago con Nueva York por la vía de la península de Niágara.

El ímpetu febril para construir los ferrocarriles no convirtió en realidad la ambición canadiense de dominar el comercio entre Europa y el interior de los Estados Unidos. Lograr eso y restablecer el San Lorenzo su primitiva supremacía económica y comercial "El Imperio Comercial del San Lorenzo", de Donald Creighton requería un tramo ferrocarrilero entre Detroit y Halifax. Las Marítimas eran lentas para captar esta visión, pero los canadienses estaban decididos a alcanzar su meta y la Legislatura estableció por ley el ferrocarril Grand Trunk en 1853 (seis de los miembros de su Junta Directiva de doce directores formaban parte del Gabinete).

El Grand Trunk (Gran Línea) fue el proyecto económico más grande emprendido hasta ese momento en Norte América Británica. Cuando los constructores no pudieron suscribir capital suficiente, la Legislatura convino en apoyar el proyecto. Una planificación inadecuada y el desconocimiento de las condiciones provinciales, sumieron al ferrocarril y a la provincia en deudas cuantiosas. El sueño de dominar el comercio del medio-oeste americano se derrumbó cuando el Grand Trunk decidió usar un ancho de vía diferente del que usaban los americanos. Para financiar el conjunto de ferrocarriles, Canadá tuvo que elevar sus tarifas en 1859. Esta acción permitió a A. T. Galt, Ministro de Finanzas, responder a las quejas británicas diciendo que no siempre lo que era bueno para Gran Bretaña lo era igualmen-

te para las colonias. Era algo que debía puntualizarse.

Las colonias Marítimas no escaparon completamente a la fiebre de los ferrocarriles, y se construyeron líneas que conectaron a Halifax con Truro, en Nueva Escocia, y Shediac, en el Golfo de San Lorenzo, con San Juan en la Bahía de Fundy, en Nueva Brunswick. Las tentativas de conectar a Halifax con Canadá fracasaron porque el gobierno británico no se prestó a garantizar el financiamiento para un ferrocarril a través de territorio de los Estados Unidos, y la distancia más corta era cruzando el territorio concedido a los americanos en el Tratado Webster-Ashburton.

Por otra parte, las Marítimas habían entrado en su Edad de Oro. El hecho de que las pesquerías litorales a lo largo de las costas de las Marítimas se habían convertido en un campo de batalla potencial, debido a las medidas más severas adoptadas por los británicos contra los abusos de los pescadores de Nueva Inglaterra, contribuyó a inclinar a los Estados Unidos a escuchar los llamados de los norteamericanos británicos en favor de un comercio recíproco. Los colonos, golpeados por la pérdida de un mercado británico protegido, buscaron otra alternativa. Los Estados Unidos convinieron en la reciprocidad en 1854 y ella benefició a todas las colonias de Norte América Británica, a medida que los granos, la madera, el pescado y otros productos naturales fluían hacia el sur, algunos transportados en bar-

cos rápidos de vela “construidos en Escocia” y en barcos de vapor.

Los días de la vela, que tanto habían significado para la prosperidad de las Marítimas, estaban contados a partir de que el *Royal William*, una nave construida en Quebec, se convirtió en el primer vapor que cruzó el Atlántico en 1833. Samuel Cunard, de Halifax, hizo su fortuna conectando a Nueva York, Halifax e Inglaterra, al establecer una de las líneas de navegación más grandes del mundo. Irónicamente, para la época de la Confederación, los vapores de Cunard y otros estaban dejando de lado a las Marítimas en su trayecto entre los puertos ingleses y los de Estados Unidos, debido a los avances técnicos realizados por una firma de San Juan, Nueva Brunswick, la cual desarrolló un motor de vapor capaz de hacer mayor recorrido con menor cantidad de combustible. La Edad de Oro había perdido su lustre y la situación económica de las Marítimas no volvería a ser privilegiada.

La experticia técnica puesta de manifiesto en las mejoras del motor de vapor da una idea de la calidad de la educación y del entrenamiento disponibles en Norte América Británica. Los realistas y otros inmigrantes angloamericanos llevaron consigo su preocupación por la educación; de modo que se convirtió en un derecho educar a los hijos y disponer de escuelas sostenidas con fondos públicos. Una característica de la educación era que las escuelas protestantes tendían a expo-

ner a los estudiantes cuestiones de naturaleza más científica y técnica, en tanto que las católicas romanas, particularmente en el caso de Bajo Canadá, como sus equivalentes en Ibero América, hacían hincapié en las humanidades y en las profesiones de leyes y de medicina. Esta educación más tradicional contribuyó a impedir que los *Canadiens* compitieran con los ingleses en los sectores comercial, financiero y técnico. Pero no había duda de que la lectura, la escritura y la aritmética eran importantes para virtualmente todos los norteamericanos británicos.

Los norteamericanos británicos hicieron énfasis también en la importancia de la educación post-secundaria. Los anglicanos establecieron el King's College en Halifax (1789); el King's College de Nueva Brunswick (1824); y el King's College de Toronto (1827). Otras denominaciones establecieron sus propias instituciones de altos estudios; los presbiterianos fundaron a Queen's en Kingston. Los baptistas construyeron Acadia en Nueva Escocia; los católicos romanos iniciaron a Laval en la ciudad de Quebec; en tanto que Egerton Ryerson, quien tanto había hecho para organizar la educación primaria y formó el sistema de educación secundaria del Alto Canadá, fue el primer presidente del Victoria College, la institución metodista de post-secundaria. James McGill, un empresario en el comercio de pieles, legó fondos para la Universidad de Montreal que lleva su nombre.

Los alumnos que asistían a estas escuelas y universidades procedían a menudo de las haciendas libradas de la selva, donde los cereales crecían primero entre los numerosos troncos de los árboles derribados y más tarde en campos abiertos, a medida que la deforestación avanzaba. Las primeras cabañas eran de troncos rústicos que a menudo se convertían en graneros, cuando las casas de ladrillos reemplazaban a las originales. En el más desarrollado valle de San Lorenzo y en las comunidades portuarias del litoral de las Marítimas, las casas eran de fuerte armazón o de ladrillo. Las torrecillas de las iglesias se veían en todos los pueblos. Las gentes que vivían en estas comunidades o en sus inmediaciones trabajaban duro, a menudo ayudándose unos a otros en los cultivos o en la construcción. A veces se reunía toda la comunidad en una hacienda en lo que llamaban un "colmenar", para levantar un granero o una casa y escuchar luego al violinista, tomar y bailar.

Norte América Británica no tenía grandes centros urbanos a mediados del siglo XIX. Montreal, con cerca de 100.000 habitantes, era la ciudad más grande, pero pequeña en comparación con las capitales de Hispano América. Por supuesto que Montreal no era una capital, pues la Reina Victoria la había privado de la oportunidad de continuar aspirando a ese honor, cuando en 1857 decretó que la destaralada ciudad maderera de Byton (Ottawa) desempeñara ese papel. Pero

Montreal era la metrópoli comercial y financiera de la región y era más rica y populosa que Halifax, principal ciudad de las Marítimas.

La ciudad opuesta a Halifax en la costa del Pacífico, Fort Victoria, sólo se convirtió en una capital en 1849, como consecuencia de la retirada de los británicos del territorio concedido a los americanos en 1846. No era más que una pequeña empalizada en una ensenada, con unas cuantas viviendas dentro. Victoria sólo se hizo importante cuando una oleada de buscadores de oro encaminados hacia Columbia Británica pasaron por allí en 1858.

La fiebre del oro a lo largo del Río Frazer y sus tributarios duró menos de diez años, pero proporcionó la más clara distinción entre las comunidades británicas y las americanas, una distinción que caracteriza a los dos pueblos hasta la fecha. Pierre Berton capturó esta distinción en su *Klondike*:

Los campos mineros (norteamericanos británicos) y de E.U. crecieron con variados hábitos legales, que en buena medida explican la marcada diferencia entre los caracteres canadiense y de E.U. El americano, liberado por su propia voluntad de lo que consideraba una servidumbre colonial, ha insistido siempre en manejar de abajo a arriba sus propios asuntos —especialmente los de la frontera—. El canadiense, quien nunca sufrió el baño de sangre de la revolución, ha preferido más a menudo tener impuestos la ley y el

orden desde arriba, en lugar de que brotaran de las raíces de la hierba. En la ... Columbia Británica el oro fluía de prisa... la justicia imponía un solo conjunto de leyes conforme a la tradición británica... y el comisionado encargado del oro tenía un poder tan absoluto, que el desorden tan familiar en la historia de los campos mineros americanos, fue desconocido en los campos de Columbia Británica.

La fiebre del oro alcanzó hasta las grandes praderas y trajo nuevas gentes a juntarse no sólo con los sobrevivientes de la colonia que Lord Selkirk estableció en la confluencia de los ríos Assiniboine y Rojo en 1812, sino también con los *métis* descendientes de la comunidad del *Canadien*, el escocés y el indio traficantes de pieles. Esta nueva presencia perturbó la vida que un *métis* residente describió como “medio siglo antes de la época”, dominada por el gobierno de la Compañía de la Bahía del Hudson, que “enfriaba nuestro ardor —destruye nuestras energías— y finalmente aniquila nuestros propios deseos de mejoramiento”. El *métis* dependía en gran medida de la caza del búfalo y del comercio de pieles para su modesta existencia; los nexos de la comunidad eran con St. Paul, Minnesota, más bien que con Canadá o Columbia Británica. Pero, aunque modestos, los hallazgos de oro en el río Saskatchewan, Canadá fue atraída a la economía potencial del interior de Norte América Británica e hizo saber sus deseos de adquirir el control del territorio de la Compañía de la Bahía del Hudson al

comité británico establecido para evaluar la renovación de la licencia de la Compañía, que expiraba en 1859. El gobierno británico concedió una prórroga de diez años, pero el apetito canadiense había sido estimulado y era un apetito que no se sentiría satisfecho hasta que no adquiriera el interior.

Canadá necesitaba ganar el interior. El auge económico aportado por los ferrocarriles, el tratado de reciprocidad y las necesidades británicas estimuladas por la Guerra de Crimen habían mostrado a Canadá Oeste que ya sus límites estaban agotados y que si quería crecer sólo podía hacerlo en el oeste. Pero antes que Canadá estuviera en posición de lograr ese objetivo, tenía que poner su casa política en orden.

El gobierno responsable había confrontado su primera prueba seria cuando la Legislatura y el Gobernador General aprobaron una ley para reembolsar las pérdidas del Bajo Canadá, sufridas durante la rebelión de 1837. Que parte de esos fondos fuera a parar a manos de los primitivos rebeldes disgustaba a los conservadores, muchos de los cuales habían pertenecido a la Familia Compacta y al Chateau Clique y quienes miraban su lealtad a la Corona como inmaculada, y ellos habían fomentado una revuelta, atacando a Lord Elgin e incendiando la Legislatura. Habiendo fracasado, algunos de estos súbditos "leales" expresaron su disgusto en el Manifiesto de Anexión. ¡Qué clase de lealtad!

La nueva era política procedió también a tomar dos de los legados del pasado: las Reservas del Clero y el sistema señorial. En esta última materia, el ya anciano Louis-Joseph Papineau, recién venido del exilio, mostró cuan profundos sentimientos radicaban en ese sistema: "Yo soy un gran reformista en cuanto a los necesarios cambios políticos, pero soy un gran conservador en cuanto a la preservación del sagrado derecho de la propiedad". Ambos asuntos concluyeron en realidad con una coalición entre los reformistas *Canadiens* y los conservadores ingleses, celebrada en 1854. Pero estos asuntos habían contribuido al retiro de Baldwin y de Lafontaine en 1851 y al surgimiento de nuevos líderes políticos.

George Brown, nacido en 1818, era un escocés formado en el medio intelectual de los Whigs de Edimburgo. Había venido a los Estados Unidos en 1838, cuando su padre trataba de "hacer la América". Se mudaron a Toronto en 1843 y George Brown estableció *The Globe* el año siguiente. *The Globe* se convertiría en el principal vocero político de Canadá Oeste y del futuro Dominio, pues presentaba a menudo puntos de vista apasionados: se oponía a las Reservas del Clero; apoyaba el movimiento "Rep by Pop" (Representación por Población), la posición que Canadá Oeste pidió cuando su población excedió a la de Canadá Este; y propugnaba la adquisición por Canadá del territorio de la Compañía de la Bahía

del Hudson. Brown se convirtió en un activo dirigente político del ala izquierda en la Legislatura.

Otro escocés, John A. Macdonald, se convirtió en el principal antagonista de Brown. Este descartaba a Macdonald como un "hombre inofensivo" en las primeras etapas de su rivalidad, pero después lamentaría grandemente esta evaluación. Macdonald tenía cinco años de edad cuando su familia se estableció en Kingston, Alto Canadá, en 1820. Abogado de profesión, ganó su primera elección en 1844 con el partido Tory. Al cabo de dos años era Ministro de la Corona. Diez años más tarde dirigía la masa pragmática de los conservadores de Canadá Oeste. La adición de Macdonald al whisky lo obligó a retirarse varias veces, pero estos retiros ocasionales no le impidieron convertirse en la figura política más relevante de Canadá y del Condominio hasta su muerte, ocurrida en 1891. Su sentido político y su respeto por el *Canadien*, quizás característico de los escoceses formados en la tradición de la "vieja alianza" entre Francia y Escocia, tuvo un equivalente canadiense en su alianza con George Etienne Cartier.

Cartier, hijo de padres ricos, nació en 1814 y a la edad de veinticuatro años se graduó de abogado. Eso fue dos años antes de la rebelión de 1837, pero Cartier, apasionado miembro del *Parti Patriote*, fue atrapado por su causa. Notable por su *joie de vivre* y por sus bailes y cantos, escribió los versos del himno de la causa: "Avant tous je

suis Canadien", que él y otros cantaban para mantener la moral durante la rebelión. Después de un exilio de corta duración, Cartier regresó al Bajo Canadá, evitó la política y dedicó sus energías a la práctica de las leyes. Tuvo mucho éxito.

Cartier retornó a la vida política y se incorporó a la Asamblea de la Unión en 1848. Cartier y Macdonald juntaron sus fuerzas y se convirtieron en las figuras dominantes en los intentos de formar una especie de gobierno de coalición juntos en la década de 1857-67, cuando era esencial tener una "doble mayoría" en la Legislatura. Ningún gobierno podía sobrevivir durante ese período sin tener una mayoría entre los representantes tanto de Canadá Este como de Canadá Oeste.

Las dificultades políticas de la Unión y el hecho de que los *Canadiens* comenzaron a preocuparse por su *survivance*, significaba que los políticos tenían que buscar alternativas. El Censo de 1861 mostró que Canadá Oeste tenía unos 300.000 habitantes más que Canadá Este, y esto hizo difícil descartar su demanda de "rep by pop". Pero acceder a tal demanda sumergiría a los *Canadiens* en una Legislatura dominada por los ingleses. Además, tanto Brown como Cartier tenían el propósito de incorporar al lejano Oeste, y tal paso sólo contribuiría a incrementar el dominio inglés. De ahí que los políticos comenzaran a mencionar el concepto de federación como medio de satisfacer las diversas pretensiones.

El gobierno británico fue atraído a la idea de Federación pero en las Marítimas, donde parecía tener sentido administrativo, económico y defensivo colócar estas pequeñas comunidades separadas bajo un mismo paraguas. Las Marítimas mostraron su sano amor a la *patria chica*, oponiéndose al concepto.

Canadá, por otra parte, estaba casi desesperada por lograr la federación y gracias a la Guerra Civil que embargaba a su vecino Estados Unidos (1861-65), los políticos canadienses comenzaron a atraer partidarios en Gran Bretaña y en las Marítimas. Los norteamericanos británicos no habían sido partidarios de la esclavitud como institución, aunque habían existido esclavos tanto en Nueva Francia como en los primeros años de la colonización realista. En años más recientes, había sido el terminal del "ferrocarril subterráneo" que llevaba esclavos del sur de los Estados Unidos a la libertad en Canadá. Por consiguiente, los norteamericanos británicos tendían a simpatizar con la causa de Washington. Pero cuando los barcos de guerra de los Estados Unidos detuvieron el vapor británico *Trent* en alta mar para quitar a dos representantes de la recién declarada Confederación de Estados de América, este acto de guerra enfureció a los británicos y a los norteamericanos británicos. Estos últimos, por supuesto, estaban particularmente preocupados porque una guerra entre Gran Bretaña y los Estados Uni-

dos tendría su mayor impacto sobre Norte América Británica.

Gran Bretaña, reacia a gastar en la defensa imperial, reconoció no obstante la validez de la crisis y envió tropas adicionales a las colonias. La Confederación de Estados envió agentes a Canadá para establecer bases para incursiones, lo que aumentó las tensiones y permitió que portavoces imperialistas de los Estados Unidos, como William Seward, Secretario de Estado, consideraran la conveniencia de usar el gran ejército de la Unión para someter a Norte América Británica al dominio de los Estados Unidos. Para 1864, hasta las Marítimas estaban suficientemente atemorizadas como para contemplar una federación que las incluyera tanto a ellas como a Canadá. Como lo señaló Charles Stacey en su *Military Problems of Canada*: "Fue el miedo al ataque americano, quizás más que cualquiera otro factor considerado individualmente en la situación, lo que hizo posible la federación de las provincias continentales occidentales dentro del Dominio del Canadá...". Y aun cuando los Estados Unidos desmovilizaron su inmenso ejército después de la paz de 1865, muchos de los veteranos irlandeses-americanos se enrolaron en la Hermandad Feniana, organización dedicada a liberar a Irlanda del control británico. Los fenianos planeaban apoderarse de Norte América Británica y retenerla como rehén. En 1866 realizaron varias tentativas para lograrlo y sus acciones mostraron la vul-

normas escritas en la Ley de Norte América Británica. En Canadá, la Cámara de los Comunes es elegida popularmente y determina quién gobierna; el Senado es nombrado y representa los intereses regionales. Los Primeros Ministros han usado los puestos del Senado para recompensar la fidelidad partidista:

La Ley “definía el poder ejecutivo del Dominio y de las provincias; disponía sobre la división de los poderes legislativos entre los gobiernos federal y provincial; la salvaguarda de la independencia de los jueces y confiaba la ley penal a la jurisdicción federal...”. El artículo 91 enumeraba dieciséis “Facultades Exclusivas” concedidas a las provincias. El artículo 93 se refería al control provincial de la educación. Estos artículos constituían la médula de la nueva Constitución.

El Virrey de la Reina Victoria, el Gobernador General, Lord Monck, invitó a Sir John A. Macdonald, recién elevado a la categoría de caballero (Knight), a formar el primer gobierno del Dominio. Al hacerlo, Macdonald estableció el principio de la representación regional, étnica y religiosa en el Gabinete. Este ha sido un principio que ha privado al Canadá de los servicios de algunos políticos de talento, quienes han tenido que laborar en las bancas del fondo del Parlamento, mientras las mediocridades se sentaban en el Ejecutivo, pero el principio ha sido probablemente justificado por el carácter de Confedera-



Primer Ministro Sir John A. Macdonald (1867-73 - 1878-91)

(Crédito: Archivos Públicos de Canadá)

ción, cuyo "tema dominante, fundamental a todo nuestro desarrollo político, constitucional, económico y aún cultural, ha sido la interacción o lucha entre la idea regional y la nacional, entre la unidad y la diversidad".

La etapa de esta lucha se tornó enormemente larga, porque el gobierno del Dominio insistió en la adquisición del territorio de la Compañía de la Bahía del Hudson y por la incorporación de Columbia Británica en la Confederación. Pudo comprar los derechos de la Compañía por \$ 300.000 y algunas concesiones territoriales en 1869, pero el Dominio tuvo dificultades cuando trató de imponerse sobre los habitantes. La gente *métis* del asentamiento del Río Rojo no estaba contenta con la perspectiva de tener que someterse a "un gobierno 'extranjero' ". Temían perder su forma de vida y encontraron en Lois Riel, de veinticuatro años, su líder. Riel, un *métis*, había sido enviado a estudiar en Montreal y como resultado regresó al asentamiento con más amplia visión y mayor experiencia que la mayoría de los miembros de la comunidad. Además, tenía condiciones personales que hacían de él un líder natural. Riel y los *métis* establecieron un gobierno provisional, rehusaron reunirse con los representantes del Dominio y se apoderaron de la guarnición local, Fort Garry, el 2 de noviembre de 1869. Fort Garry sirvió como su base para negociar términos favorables para su entrada en la Confederación.

Canadá y los *métis* emplearon cinco meses en las negociaciones. Durante ese lapso, Riel ejecutó a un canadiense, Thomas Scott, por intentar derribar el gobierno provisional de los *métis*. Scott era a la vez protestante y orangista y su muerte levantó las pasiones políticas, porque la Orden de Orange, una organización protestante irlandesa, había desarrollado en Canadá un antagonismo vociferante contra los *Canadiens* y su religión. Macdonald sintió la presión de la Orden en Ottawa, cuando trató de resolver la crisis del Río Rojo.

Una delegación *métis* fue a Ottawa en marzo de 1870. Llevaban consigo los términos que aspiraban alcanzar: "status provincial, amnistía general, la protección de las costumbres locales, la igualdad de las lenguas francesa e inglesa, tratados con las tribus indias nativas y concesiones financieras federales. . .". También solicitaban escuelas separadas. La mayor parte de estas aspiraciones se convirtió en la Ley Manitoabas que dictó el Parlamento a principios de mayo.

Macdonald había apaciguado a los *métis*, pero ahora tenía que hacer lo mismo con los orangistas de Ontario. Ordenó a Sir Garnet Wolseley, conducir una fuerza expedicionaria de casacas rojas británicas y de milicias canadienses a Fort Garry. La expedición llegó al cabo de noventa y seis días de marcha a través del Escudo Laureniano. La presencia de las fuerzas estableció que

Manitoba, una nueva provincia, era en realidad una parte del Dominio. Louis Riel optó por el exilio en los Estados Unidos.

Manitoba formaba sólo una pequeña porción de los Territorios del noroeste y el gobierno de Macdonald tuvo que mostrar la presencia del Dominio a los traficantes, tramperos y comunidades indias dispersas. En 1873 estableció la Policía Montada del Noroeste. Su obligación era patricular el vasto territorio y "Mantener la Ley". Los "Mounties" se hicieron tan bien conocidos dentro y fuera del Canadá, que se tiene reconocido al policía como símbolo positivo de la nación. Canadá es única a ese respecto.

Sin embargo, el Dominio no se extendió de mar a mar. Columbia Británica se halla separada del resto de Norte América Británica por cadenas de montañas. Sus nexos comerciales más estrechos eran con San Francisco, California. Y muchos de sus residentes pensaban que "el intercambio comercial sería más fácil con Australia que con Canadá; y la administración de los departamentos oficiales podría ser conducida prácticamente con la misma facilidad desde Londres que desde Ottawa".

El gobierno canadiense reconoció que la opinión estaba dividida en Columbia Británica, entre quienes querían la anexión a los Estados Unidos, los que defendían la continuación de la situación

colonial y los que adherían a la Confederación. Por consiguiente, su ofrecimiento a la colonia fue muy atractivo. Ofrecía no sólo construir un camino carretero a través de las montañas, sino que prometió construir un ferrocarril desde la costa del Pacífico hasta el Canadá oriental para 1883. Aunque la población de la colonia era sólo de treinta mil habitantes, Ottawa garantizó un subsidio por el doble de esa cifra. Los términos fueron "tan magnánimos", escribió un residente de la pradera, "que un neoescoces o un manitobano sólo podían contemplarlos con admiración...". Columbia Británica acogió los términos y se unió a la Confederación en enero de 1871.

Entretanto, la Isla del Príncipe Eduardo había dado un segundo vistazo a su rechazo. Los isleños habían observado mientras las fuerzas anti-Confederación de Nueva Escocia continuaban ejerciendo su influencia durante el período post-Confederación. Esa provincia y su gran fuerza política, Joseph Howe, veterano de las luchas en pro del gobierno responsable y de la Confederación, estaban descontentos con las condiciones financieras concedidas a la provincia y habían persuadido a Ottawa de aumentar su subsidio en 1869. Los isleños necesitaban ese subsidio en 1873. Habían emprendido la construcción de ferrocarriles en la provincia a un costo muy elevado y con una deuda per cápita rápidamente creciente. La Confederación parecía la única solución

viable, de modo que en febrero de 1873, una delegación de la Isla partió para Ottawa, donde encontró a Macdonald y a sus colegas generosos en sus propuestas, las cuales incluían la asunción de la deuda, avanzar fondos para pagar a los terratenientes absentistas y mantener un servicio de ferry hacia el continente. La Legislatura de la Isla aceptó los términos y se convirtió en parte del Dominio. Terranova no actuaría tan rápidamente. No se incorporó al Canadá hasta 1949.

Canadá se extendió desde el Atlántico hasta el Pacífico, pero su situación en Norte América requería un importante sello de aprobación. Los Estados Unidos se habían opuesto a la idea del nuevo status de Canadá, y podría perdonárseles el no estar absolutamente seguros de lo que esa situación significaba. El "Dominio" no tenía precedentes y parecía ser una entidad colonial, sólo más grandes y con un gobierno central con el cual los Estados Unidos sólo podían hacer contacto a través de Londres, Inglaterra. Y las relaciones de los Estados Unidos con Londres, en los años que siguieron a la Confederación, eran tensas, para decir lo menos. Washington estaba haciendo excesivas reclamaciones por daños y perjuicios causados a la marina de los Estados Unidos por merodeadores de la Confederación en aguas europeas. Estos asaltantes habían partido de puertos británicos, y un barco, el *Alabama*, había sido particularmente exitoso. Los Estados Unidos es-

taban dispuestos, y así lo declaraban, a tomar a Norte América Británica como pago.

La tensión en las relaciones anglo-estadounidenses aumentó debido a las amenazas del Presidente Grant de tomar represalias por los maltratos infligidos a pescadores norteamericanos por los canadienses y los británicos. En consecuencia, Gran Bretaña decidió resolver estos asuntos y las dos naciones establecieron una comisión conjunta, a la cual fue nombrado como representante británico Sir John A. Macdonald. Macdonald abrigaba la esperanza de obtener reparación por las incursiones fenianas y de revivir la reciprocidad. Los británicos y los estadounidenses ignoraron en gran parte los puntos de vista de Macdonald al concertar el tratado, aunque éste logró hacer bastante ruido para hacer que los británicos se inclinaran a proporcionar fondos para las reclamaciones fenianas, ignoradas por los Estados Unidos, simplemente para impedir que Macdonald interfiriera en asuntos más importantes para Gran Bretaña.

Los Estados Unidos y Gran Bretaña arreglaron el Tratado de Washington, de 1871, a su entera satisfacción. Por ese tratado se restableció la armonía entre las dos potencias y Macdonald reconoció que las buenas relaciones anglo-americanas eran vitales para el Canadá, aun si el tratado ignoraba las reclamaciones del Dominio y concedía a los pescadores de los Estados Unidos acceso a

las aguas canadienses. De todos modos, el Tratado de Washington tuvo un impacto significativo para la Confederación. El proceso de ratificación, tanto en Washington como en Ottawa, tuvo como resultado el reconocimiento por los Estados Unidos de que el Dominio existía por derecho propio.

VI

EN CASA Y EN EL EXTERIOR EN LA EPOCA DEL IMPERIALISMO, 1873 - 1919

El Dominio se había empeñado en forjar una nación de mar a mar por ferrocarril, pero ese esfuerzo no sería fácil. Columbia Británica era insistente, y tan pronto como estuvo en la Confederación, mostró signos del separatismo que ella y otras provincias han usado a menudo para inquietar al gobierno central. Macdonald se apresuró a buscar a los capitalistas que quisieran emprender el gigantesco proyecto.

Aparecieron dos grupos dispuestos. Uno estaba encabezado por Sir Hugh Allan, el magnate naviero de Montreal; incluía tres poderosos financieros estadounidenses. El otro fue un grupo de Toronto encabezado por un amigo de Macdonald, David Macpherson; Macpherson había ayudado a Macdonald en sus dificultades financieras.

Macdonald quería mantener fuera a los norteamericanos y evitar una identificación muy íntima con el proyecto, por lo cual trató de hacer que Allan y Macpherson trabajaran conjuntamente. Allan insistió en ocupar la presidencia y tener intereses que le permitieran el control de la empresa, lo que Macpherson rehusó. Allan usó luego sus conexiones en Quebec para presionar a Cartier, y en la elección de 1872 Allan proporcionó considerables fondos a los líderes conservadores. Estas contribuciones privadas se hicieron del conocimiento público y permitieron al nuevo Partido Liberal, formado por las diversas alas radicales y liberales de los partidos provinciales, forzar la renuncia de Macdonald en noviembre de 1873. Los liberales formaron un gobierno que fue confirmado por el electorado a comienzos del año siguiente.

El nuevo Primer Ministro, Alexander Mackenzie, era un escocés mucho más cauteloso que Macdonald. Había hecho su aprendizaje como albañil en su tierra nativa y cuando llegó a Canadá Oeste, en 1842, tenía veinte años de edad. Se convirtió en un exitoso contratista de la construcción y se interesó en las reformas políticas. Tuvo la mala suerte de que le correspondiera conducir el Dominio precisamente cuando éste confrontaba las severas condiciones económicas que afectaban a Norte América.

El gobierno liberal duró sólo cinco años, pero durante ese período hizo algunas contribuciones

modestas. Modificó el papel del Gobernador General, de modo que actuó con el consejo de su gobierno canadiense en vez de servir como agente de los intereses imperiales de Londres. Estableció también la Corte Suprema de Canadá, que redujo el número de apelaciones judiciales canadienses al Consejo Privado imperial, pero la Corte no asumiría el control completo de las apelaciones canadienses hasta 1949.

Sin embargo, el gobierno de Mackenzie se las ingenió para ofender a alguien. Ofendió a la Orden de Orange, concediéndoles el perdón a los hombres de Riel; ofendió a los intereses licoreros y a los bebedores, presionando por la prohibición, la cual fue decretada en 1878; ofendió a sus propios partidarios, negándoles sus políticas de comercio libre e introduciendo tarifas para obtener los ingresos requeridos; y ofendió a Columbia Británica, construyendo sólo unos centenares de millas de vías férreas, cuando había que construir miles (aunque se concluyó la conexión oriental entre Quebec y Halifax).

Macdonald se aprovechó de las debilidades liberales en las elecciones de 1878. Los conservadores hicieron campaña por una "Política Nacional" de protección a la manufacturas orientales; la colonización del occidente; y la terminación del ferrocarril transcontinental. El ferrocarril sería su primera prioridad, porque sin él, como escribió Macdonald, "nuestro Dominio es poco más que una 'expresión geográfica' ". Sin él habrá poco

para atraer a los inmigrantes a las praderas y sin inmigrantes que creen un gran mercado para los artículos manufacturados canadienses, las políticas proteccionistas conservadoras se vendrían al suelo por falta de un mercado interno.

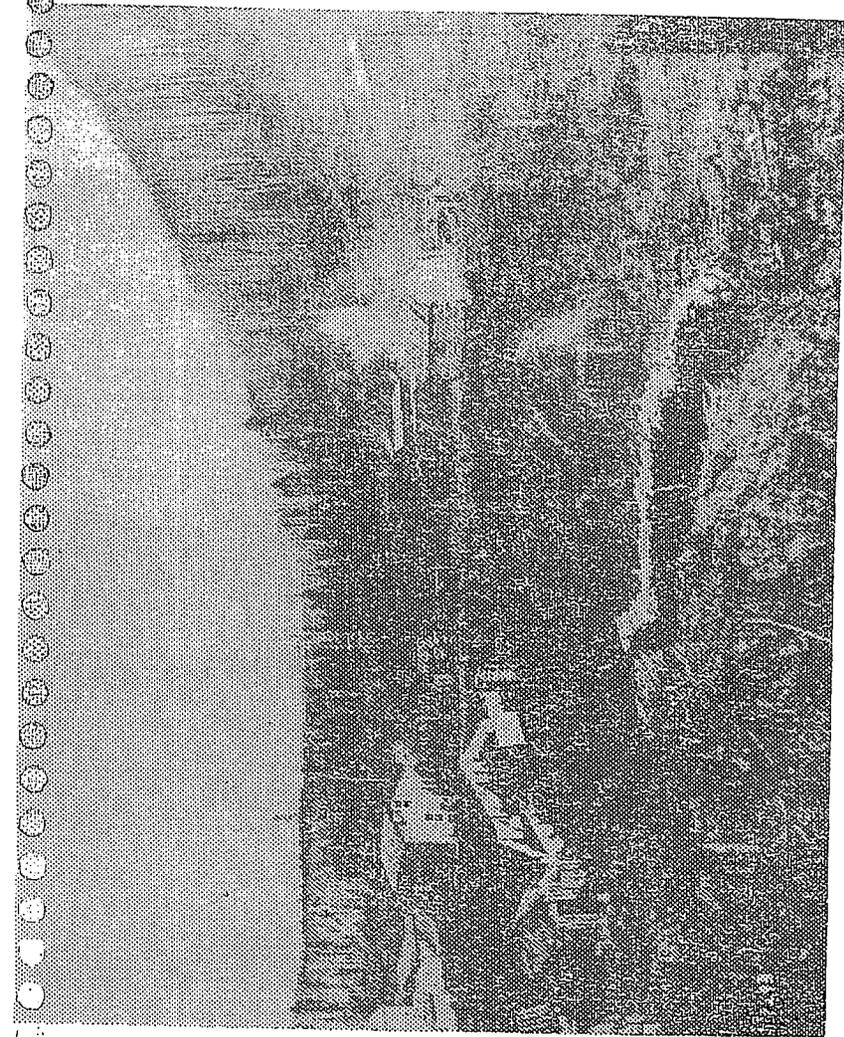
Los conservadores ganaron la elección y ofrecieron condiciones muy favorables para terminar el ferrocarril. Un nuevo sindicato, encabezado por George Stephen, presidente del Banco de Montreal, formó la Compañía Canadiense del Ferrocarril del Pacífico (CPR) y aceptó los términos de concesión del gobierno: Un subsidio de \$ 25.000.000; 25.000.000 de acres a lo largo de la vía férrea; el tramo ya terminado; exención de impuestos sobre sus propiedades; y veinticinco años libres de toda competencia a lo largo de la frontera de los Estados Unidos.

El gobierno del Dominio tendrá que buscar aún más fondos y se enredará más profundamente en la empresa antes de lograr el éxito, pero la compañía fue afortunada en su personal. William Van Horne, un ferrocarrilero de Illinois, tenía tremenda energía y empuje que aplicó a impulsar la obra del ferrocarril a través del Escudo Laurentiano, los pastizales de las praderas y, finalmente, la Cordillera. El dejó que Stephen y Donald A. Smith, un ex-factor de la Compañía de la Bahía del Hudson, se ocuparon de promover ante los inversionistas y el gobierno el financiamiento.

La confianza en la terminación del CPR confrontó una seria prueba en 1885, cuando la Compañía requirió una vez más de fondos. Afortunadamente para la Compañía y para los sueños de los conservadores, un levantamiento de los *métis* y de los indios de los Territorios del Noroeste, demostró cuán importante para la nación era un sistema rápido de transporte.

La rebelión del Noroeste puede ser considerada como una repetición del levantamiento del Río Rojo en 1870. Muchos de los *métis* se habían mudado al noroeste, a las costas de Saskatchewan Norte, donde se asentaron con la esperanza de preservar su modo de vida. La llegada de los agricultores del gobierno, la aproximación del ferrocarril y la amenaza de su cultura, obligaron a los *métis* a aliarse con las inquietas comunidades indígenas, igualmente amenazadas por la invasión en perspectiva.

Louis Riel había estado desempeñándose como maestro de escuela en el Estado de Montana y al enterarse de la inquietud de los *métis*, retornó a dirigirlos en la lucha. La pequeña fuerza de Riel se levantó en marzo de 1885 y tuvo considerable éxito contra los pequeños destacamentos de la Policía Montada, pero no pudo hacerle frente a la fuerza expedicionaria que el Dominio pudo enviar rápidamente por tren a la escena de la rebelión. Ese éxito le ganó al ferrocarril el apoyo que necesitaba para financiar su terminación. El 7 de noviembre de 1885, Donald Smith levantó



Una mina en Ontario, Canadá. 1886

(Gráfico: Archivo: Públicas de Canadá)

un martillo y clavó el último espigón en Graigellachie, Columbia Británica. Fue desde ese aislado lugar montañoso desde donde Smith cablegrafió a Macdonald: “Gracias a su política visionaria y a su constante apoyo, el Ferrocarril Canadiense del Pacífico ha sido terminado. El último riel ha sido colocado esta mañana a las 9:22”.

El impacto del CPR fue profundo, no sólo en Canadá sino también en el extranjero. Para la nación, el ferrocarril abrió las praderas a la colonización y a la producción agrícola, e hizo posteriormente de Canadá un granero del mundo; para los inversionistas que participaron significó tal acumulación de capital, que pudieron usar de los capitales y de la experiencia adquiridos en la construcción del ferrocarril, para extender sus actividades al ramo hidroeléctrico y construir tranvías urbanos y ferrocarriles en Canadá, Brasil, México, Cuba, Guatemala y España (p. ej., la International Power Co., que tuvo tanta actividad en Bolivia, el Salvador y Venezuela, tuvo sus raíces en el éxito de la CPR).

El impacto de la Rebelión del Noroeste fue profundo por el efecto que causó en el Partido Conservador y en las relaciones entre las comunidades inglesa y francesa. La causa fue Louis Riel, quien había sido capturado y sometido a juicio. Los fanáticos religiosos de Ontarios querían su muerte, no sólo por haber provocado dos rebeliones, sino por su papel en la ejecución de Thomas Scott; mientras los *Canadiens*, quienes

simpatizaban con el papel de Riel en defensa de los *métis*, solicitaban clemencia. Macdonald esperaba que Riel alegaría trastornos mentales, porque él había estado dos veces en asilos, pero el acusado no quiso acogerse a esa excusa y un jurado de habla inglesa lo encontró culpable de traición. Macdonald esperaba el informe de un equipo de especialistas médicos enviados a determinar si Riel estaba en su sano juicio. Lo encontraron en sus cabales. En esas circunstancias, Macdonald, confiando "en la lealtad de sus colegas franco-canadienses . . . y en el apoyo de la jerarquía católica, ofendida por la apostasía de Riel", al tratar de conducir a los *métis* fuera de la Iglesia, creyó mejor ordenar la muerte de Riel que enfrentar la ira política de Ontario. Como resultado de ello, su Partido Conservador, cuya sección de Quebec contaba con el apoyo de la élite comercial y clerical, perdió irremisiblemente su influencia en Quebec, porque la consigna provincial *Je me souviens* (Yo recuerdo), se convirtió en una consigna colectiva, *nous nous souvenons* (nosotros recordamos) sobre el papel de los conservadores en la muerte de Riel. Quebec apoyaba cada vez más al Partido Liberal federal, en tanto que internamente, la muerte de Riel ayudó a los políticos a soplar las llamas del *nacionalismo* étnico. Este *nacionalismo* se convirtió en la variante de Quebec de una fuerte oleada de provincialismo que desafió al gobierno federal en la década de 1880.

La mayoría de los canadienses permaneció atada a la *Patria chica* provincial, después de la Confederación. Tenían muy poco contacto con el Dominio, salvo mediante el uso del servicio postal y de la moneda (aunque la mayor parte del circulante mayor de \$ 2 era un monopolio de los bancos autorizados). Por consiguiente, fue bastante fácil para los políticos provinciales apelar a la lealtad local en cualquiera lucha que tenían con Ottawa.

El individuo que tuvo un papel relevante en dar a la Constitución su "último carácter como un (verdadero) compacto nacional", fue Oliver Mowat, Premier Liberal de Ontario, 1872-1896. Mowat desafió con éxito la censura de Ottawa a la legislación de Ontario, ante el Comité Judicial del Consejo Privado. El Consejo Privado lo apoyó, aunque inadvertidamente, por su propia inexperiencia a tratar los asuntos entre centralistas y federalistas y por concentrarse en el Art. 92, que estaba dirigido a las facultades de las provincias en vez de enfocar las del Dominio. Así, para 1896, el Consejo Privado había dictado una serie de decisiones judiciales que alteraban completamente la intención centralista de los Padres de la Confederación.

Sin embargo, Mowat no estaba solo en esta lucha. La Edad de Oro había terminado en las Marítimas y la Confederación no había servido como el baluarte que se esperaba, contra la depresión económica que las había azotado en 1873.

La terminación de la conexión ferroviaria con el centro de Canadá tampoco había mejorado las cosas, de modo que en 1886, el Premier Liberal de Nueva Escocia, W. S. Fielding, sometió una ley para separar a esta provincia, la cual fue aprobada. Fielding ganó también una elección sobre esta materia. Sin embargo, Macdonald reconoció la estrategia a que estaba destinada: era una tentativa para arrancar más dinero al gobierno federal. Nueva Escocia recibió un subsidio mayor y demostró que el "chantaje" daba resultado.

Los Premiers descontentos, no perdieron tiempo para tratar de capitalizar las frustraciones de Ottawa. En 1887, Honoré Mercier, un político de Quebec, quien había usado la muerte de Riel para promover su candidatura como Premier, a la cabeza del *parti national*, invitó a sus colegas Premiers a una Conferencia Interprovincial. Como todos los Premiers, con excepción de uno solo, eran liberales, Macdonald descalificó la conferencia como una reunión parcializada. La conferencia demostró que las provincias tenían poco en común, aparte de querer más poder individual y más dinero, pero sí estableció un precedente que usarían los futuros Premiers para contrarrestar las tentativas del Dominio de dividir para reinar.

Macdonald logró sobrevivir a la elección de ese mismo año, pero el "Old Tomorrow", como lo llamaban cariñosamente por su tendencia a esperar que los problemas fueran desapareciendo,

se estaba haciendo viejo. Su partido no parecía contar en sus filas con otro candidato de igual talento. Por contraste, el Partido Liberal eligió a Wilfrid Laurier, un atractivo y elocuente abogado de 46 años de edad, de Quebec, para encabezarlo después de la derrota de 1887. Las raíces de Laurier en Canadá se remontaban a la fundación de Montreal; después de tres años en la Legislatura de Quebec, donde había representado el *parti rouge*, una de las alas que formaban el nuevo Partido Liberal del Dominio, pasó a formar parte del Parlamento en 1874. Laurier había ganado renombre por su *Discourse sur le libéralisme politique* de 1877, en el cual demostró hábilmente a un clero conturbado que había una clara diferencia entre el Liberalismo europeo, que tendía a ser doctrinario y anticlerical (como se evidenciaba en Francia y en América Latina), y la tradición liberal británica.

Poco después de asumir la jefatura del partido, Laurier resucitó la idea de la reciprocidad con los Estados Unidos y su partido continuó apelando a los partidarios de los derechos provinciales. Agitó estos temas en la última campaña electoral de Macdonald en 1891.

Canadá, como lo escribió J. M. S. Careless, comenzó la década de 1890 en "un punto muy bajo de su carrera. Su población estaba casi estancada, porque el número de personas que emigraban a los Estados Unidos casi igualaba a la tasa de nacimientos más la escasa inmigración que

llegaba al país”, pues los trabajadores se encaminaban hacia el sur en busca del empleo que las industrias promovidas por la Política Nacional no lograban crear. Macdonald carecía de programa; tenía setenta y seis años, estaba cansado y su salud debilitada. Su campaña hizo énfasis en el tema de la fidelidad —a él, a la bandera, a la política Nacional (“The Old Man, The Old Flag, The Old Policy”) —y atacó el plan de reciprocidad liberal por considerar que conducía a la absorción dentro de los Estados Unidos. Macdonald ganó, pero no disfrutó por largo tiempo de su victoria. Murió en Junio y dejó a su partido durante casi cinco años fuera del poder, el cual no tuvo el talento de prolongar. Con Macdonald murió también la capacidad del Partido Conservador para trabajar en exitosa sociedad con Canadá francés. Ninguno de sus sucesores tuvo su *sympathie*, y como consecuencia, los conservadores fueron identificados como un baluarte del “Anglosajonismo” que determinó a los *Canadiens* a confiar casi enteramente en el Partido Liberal para defender sus intereses a nivel nacional, mientras abrían ampliamente la puerta a los extremistas culturales en busca de la *survance* al nivel provincial. Todo lo que hacía falta era un motivo y Manitoba lo proporcionó.

Manitoba había ingresado en la Confederación con el derecho de la minoría franco-manitobana de recibir educación en su propia lengua y la religión garantizada a expensas del Estado. En

1890, una Legislatura dominada por los ingleses eliminó estos derechos y creó un sistema escolar único. Se le dio la facultad al Dominio de proteger los derechos de las minorías, pero golpeado como estaba por los vociferantes partidarios de ambos puntos de vista, el Dominio vaciló. El asunto fue a los tribunales y en 1895, el Consejo Privado de Londres sostuvo los derechos del Dominio para intervenir. Para el momento cuando el gobierno estuvo listo para actuar, su tiempo había expirado y la “Cuestión Escolar de Manitoba”, con todos sus elevados tonos étnicos, religiosos y políticos —franceses contra ingleses; católicos contra protestantes; liberales contra conservadores; Dominio contra provincias— se convirtió en un tema electoral. Laurier volteó el asunto en su favor, separando lo eclesiástico de lo político: la cuestión mayor fue la de los “derechos provinciales” y la protección de esos derechos contra la interferencia federal. Su posición ayudó a superar la campaña de los obispos de Quebec en apoyo de la acción del Dominio, y combinada con una general insatisfacción respecto a los conservadores, aseguró la victoria liberal.

Laurier y los liberales llegaron al poder precisamente cuando el dominio comenzaba su recuperación económica de la depresión de principios de la década de 1890. El Partido Liberal había renunciado a la reciprocidad en 1893 y promovido una versión modificada de la Política Nacional que facilitaría un comercio más libre, pero

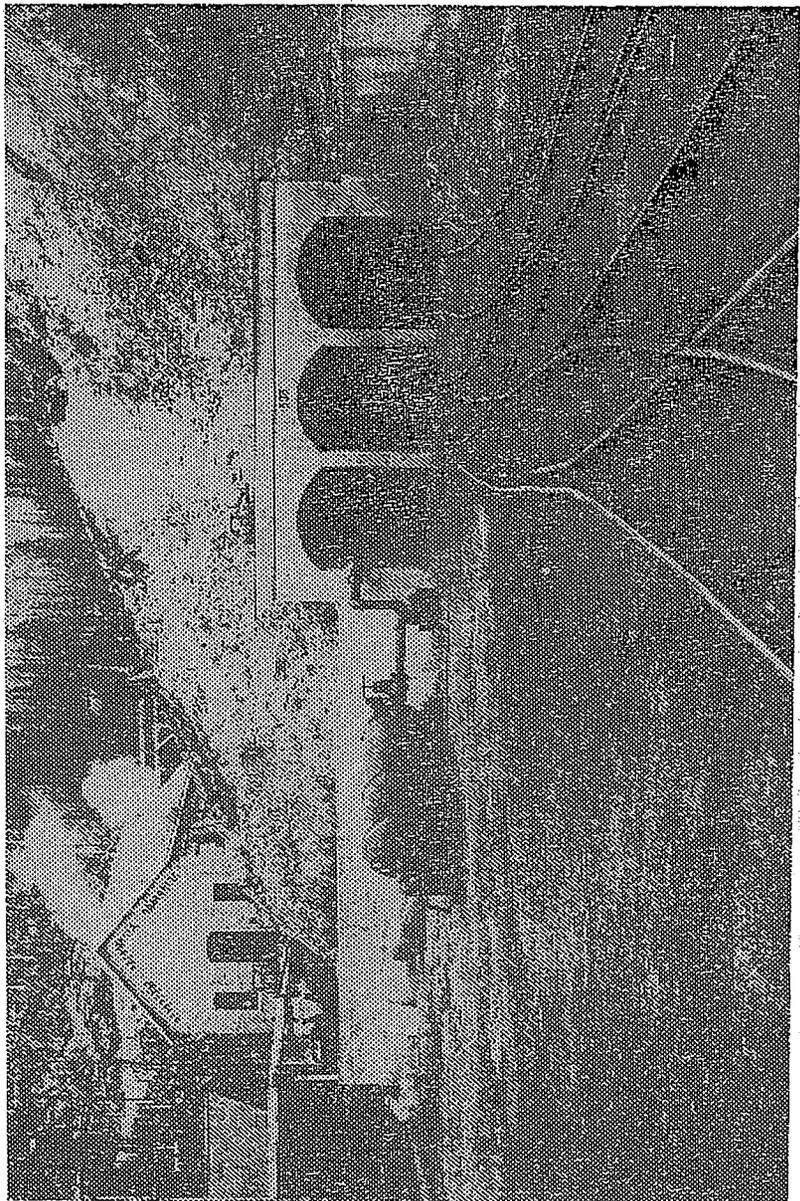
no a expensas de las industrias nacionales o de la conexión británica. Las fábricas y el comercio que se beneficiarían de esta política estaban a punto de recuperarse.

Los trabajadores de estas fábricas, sin embargo, no fueron tan afortunados. La Política Nacional había estimulado el desarrollo industrial, particularmente en Canadá Central, pero esa Política no se preocupaba de las condiciones del trabajo ni de los salarios, y los obreros de ambos sexos se encontraban explotados y sin capacidad para organizarse efectivamente. Vivían en condiciones miserables, en los pueblos y ciudades que crecían rápidamente, pues Canadá había casi doblado su población urbana durante las últimas tres décadas del siglo. El brillo de las luces urbanas atraía a la población rural de Canadá, del mismo modo que se aceleraba el éxodo rural en multitud de otras comunidades de América. El resultado era el mismo en todas partes —muchos sueños rotos—, pero las condiciones institucionales de Canadá, proporcionaron los medios de luchar para alcanzar esos sueños sin acudir a la revolución violenta.

Los canadienses tuvieron la fortuna también de que Europa y los Estados Unidos estaban igualmente experimentando una expansión urbana e industrial. Europa demandaba cereales canadienses, mientras que el capital de Estados Unidos alimentaba la capacidad de Canadá para explotar sus recursos naturales y construir su base

industrial. También las praderas se convirtieron en un atractivo para los colonizadores, al ofrecer tierras gratuitas para quien las cultivara. La frontera interior de los Estados Unidos había terminado en 1890, y por ello miles de pioneros se dirigían hacia el norte, en busca de la frontera canadiense. El Ministro del Interior de Laurier, Clifford Sifton, promovió la inmigración en gran escala de Europa y de Rusia. El “bravo campesino envuelto en un abrigo de piel de oveja” de Sifton, llegó desorientado a Winnipeg, pero supo qué hacer en la pradera. El, su familia y sus compañeros, construyeron sus casas de paja y aplicaron el arado a la tierra, de modo que al cabo de algún tiempo los mennonitas, los ucranianos y otras comunidades étnicas y religiosas se hallaron firmemente establecidos en su nueva tierra. El producto de sus esfuerzos partió a bajo costo hacia los puertos orientales canadienses, gracias al convenio denominado Cross Nest Pass Agreement (Acuerdo del Nido del Cuervo), celebrado en 1897, que proporcionaba fondos al CPR para construir una línea rápida a las minas de Columbia Británica, a cambio de bajas tarifas de transporte.

El auge de la pradera, que vio el nacimiento de las provincias de Alberta y Saskatchewan en 1905, tuvo también su equivalente minero en las montañas y en el Escudo Laurenciano. El famoso “rush” de Klondike hacia el Territorio del Yukón en 1898, fue romántico, pero de corta



Mina en British Columbia, Canadá. 1910

(Crédito: Archivos Públicos de Canadá)

duración comparado con la explotación del norte de Ontario a comienzos del siglo. La minería estimulaba también la inmigración, y mientras más gentes se establecían a distancia de las vías férreas, crecía la demanda por más ferrocarriles. Como consecuencia, los empresarios, frecuentemente con apoyo provincial y del Dominio, construyeron líneas al norte del CPR, que enlazaban el Pacífico en Prince Rupert, Columbia Británica, con el Este, y los pueblos mineros del Escudo con los centros industriales.

El gobierno liberal se benefició con el auge económico, pero Laurier encontró desalentadores sus esfuerzos para reconciliar las diferencias anglo-francesas. El había negociado poner fin a la crisis de Manitoba, conforme a cuyo arreglo la lengua francesa y la instrucción religiosa continuarían en la medida en que el número de personas lo justificara. Este compromiso disgustó a los círculos de la Iglesia de Quebec y añadió descontento provincial a las relaciones de Canadá con el Imperio Británico.

La década de 1890 había presenciado un resurgimiento del imperialismo. Los misioneros protestantes británicos (y canadienses) habían ido a China, India, Sur América y Africa, empeñados en llevar la religión protestante, sus ideas sobre educación y su experiencia médica a aquellos mortales que ellos consideraban menos favorecidos. Los capitalistas británicos (y canadienses) trataron también de aprovechar las oportu-

tunidades que se presentaban en estas regiones. Había algo inquietante respecto a estas misiones y los canadienses fueron subsidiariamente encadenados al drama de Africa, donde los británicos combatían en el Sudán y amenazaban la república Boer (agricultores) en Sur Africa.

Laurier había tenido la oportunidad de expresar la devoción del Dominio al Imperio en la Conferencia Colonial de 1897, celebrada conjuntamente con el Cincuentenario de Diamantes de la Reina Victoria. Al cabo de dos años, los británicos pidieron una expresión concreta de esa devoción, como resultado de la declaración de la Guerra de los Boers, en octubre de 1899. El hecho de que la república Boer había sido presionada a la declaración de la guerra, era una cuestión académica para los canadienses, muchos de quienes solicitaba que Canadá enviara un contingente de auxilio a los británicos.

Los canadienses han sido generalmente reacios a pagar el costo del mantenimiento de las fuerzas armadas. En 1899, ellos carecían de marina, pero tenían una Fuerza Permanente de unos 5.000 soldados apoyados por una milicia voluntaria, más notables por sus actividades sociales que por las militares. Los canadienses habían confiado siempre en los británicos para su protección, pero ahora Gran Bretaña estaba esperando que su Imperio la apoyara en su defensa, en una época cuando sus rivales europeos y los Estados Unidos

estaban empeñados en una "rebatña", para formar sus propios imperios.

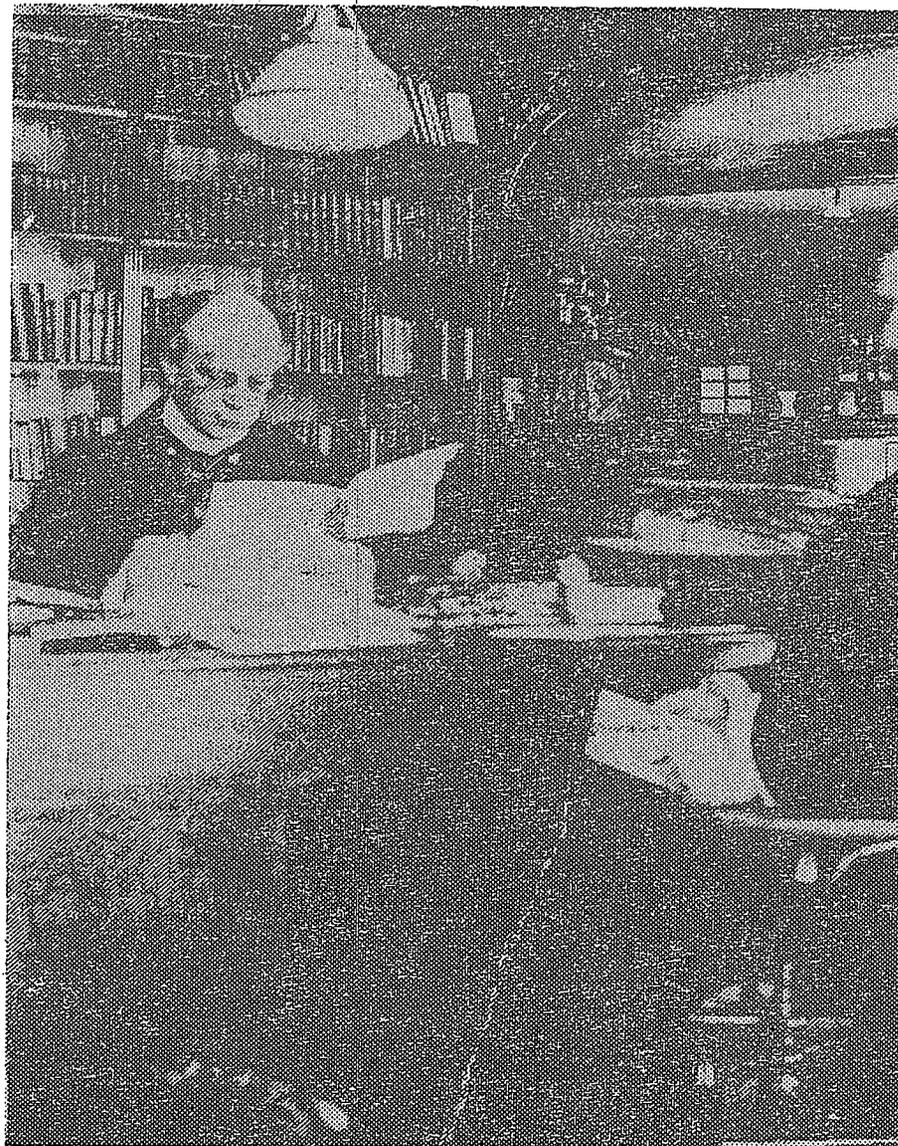
Los canadienses habían servido pocas veces en el exterior. Voluntarios *Canadiens*, escogidos más por su piedad que por sus habilidades marciales, se habían unido a los Zuavos Papales para defender el Vaticano de los Camisas Rojas de Garibaldi en 1868; y Macdonald había permitido a los británicos reclutar barqueros para su campaña del Nilo de 1885. Laurier, presionado por los imperialistas canadienses que pedían un contingente, y por los *Canadiens*, quienes no veían la razón para la participación canadiense, tomó el camino intermedio — permitió el reclutamiento de una fuerza voluntaria, pero insistió en que Gran Bretaña cargara con el costo del mantenimiento durante su permanencia en Sur Africa. Unos 7.500 canadienses, la mayoría de ellos de origen británico, sirvieron en la guerra que terminó en 1902. Fue una experiencia emocional en la nación, porque cada victoria británica desataba febriles manifestaciones de júbilo.

Laurier trató de atemperar la decisión del gobierno de participar en la guerra, declarando: "Yo reclamo que en el futuro, Canadá quede en libertad de actuar o de no actuar, de intervenir o no intervenir, de hacer como le plazca". Esta no fue una declaración realista, porque Gran Bretaña podía inspirar presiones emocionales, tal como ocurrió respecto a la Guerra Boer, y uno de los más prominentes contendores en relación

con el caso, el nieto de Papineau, Henri Bourassa, reconoció el hecho, invitando a los canadienses a ser menos británicos y más canadienses. Pero la "lealtad" y britanidad de Ontario frustraron su causa y su visión canadiense se tornó cada vez más *Canadien*.

Paradójicamente, el gobierno británico estaba haciendo lo posible para convalidar la posición de Bourassa, sacrificando los intereses de Canadá en favor de las buenas relaciones anglo-estadounidenses. El gobierno de los Estados Unidos insistía en el establecimiento de la frontera de Alaska, que se había vuelto una materia controversial entre Canadá y los Estados Unidos durante la fiebre del oro en Klondike. El presidente Teodoro Roosevelt hizo ruidos belicosos respecto al asunto en 1902 y los británicos prefirieron negociar. Las dos potencias convinieron en designar una comisión de "juristas imparciales de reputación" y Roosevelt no pretendió ser imparcial cuando anunció el nombramiento de los tres comisionados norteamericanos. Gran Bretaña nombró dos distinguidos juristas canadienses y a su propio Lord Presidente de la Corte.

La sentencia sobre los linderos de Alaska fue pronunciada a favor de los Estados Unidos, cuando el Lord Presidente de la Corte se juntó a los comisionados estadounidenses en una decisión por mayoría. Los canadienses se sintieron indignados y tomó años para que reconocieran que sus dos representantes estuvieron lejos de ser "im-



Sir Wilfred Laurier en su escritorio. 1897

(Crédito: Archivos Públicos de Canadá)

parciales". El periódico *Province*, de Vancouver, encabezó su edición del 21 de octubre de 1903 así: "Llevados como corderos al matadero. Cómo fue sacrificada Canadá"; Laurier veía a Canadá "viviendo al lado de un gran vecino... quienes son (sic) muy codiciosos en sus actos nacionales y quienes están (sic) decididos... a obtener lo mejor en cualquier arreglo que hagan". Tal como él lo veía, la lección era que "mientras Canadá continuara bajo la dependencia de la Corona Británica, las facultades que actualmente poseemos no son suficientes para defender nuestros derechos". Canadá, por supuesto, no estaba en condiciones de defender esos derechos, por lo cual era ventajoso para ella que Gran Bretaña y los Estados Unidos continuaran edificando su amistad, aunque haciéndolo disgustaran a los canadienses tanto con la Gran Bretaña como con los Estados Unidos.

Laurier llevó consigo posiciones firmes cuando participó en la Conferencia Colonial de 1907. Esa conferencia acordó que las futuras conferencias serían entre jefes de gobierno. Nunca más aceptarían ser jefaturados por el Secretario de Colonias, sino por el Primer Ministro Británico. Laurier puso en claro también que Canadá era reacia a contribuir a la defensa imperial, en una época cuando las tensiones en Europa estaban tirantes.

La carrera naval entre Gran Bretaña y Alemania alcanzó su cúspide en 1909, y Canadá y los otros Dominios confrontaron de nuevo las pre-

siones británicas para tomar una acción decisiva. Laurier resolvió que Canadá construiría su propia fuerza naval y presentó una ley con tal fin en enero de 1910. Laurier admitió que esta modesta marina podría ser puesta "a la disposición de Su Majestad", para que prestara servicios en una guerra británica, con la aprobación del Parlamento. Henri Bourassa, haciendo uso de su recién fundado periódico, *Le Devoir*, atacó al gobierno por un paso que seguramente conduciría a la participación canadiense en futuras guerras. La oposición conservadora no estimaba que la ley iba suficientemente lejos y pidió contribuciones financieras para la Marina Real.

Laurier logró su marina, pero al costo de un incremento en la oposición *Canadien* a su gobierno. La decisión de su gobierno de aceptar las instancias de los Estados Unidos para restablecer la reciprocidad, debilitó aún más la posición liberal en Canadá. En las elecciones de 1911, los conservadores, apoyados por los grandes empresarios (especialmente los vinculados con la CPR), no querían tener "ni cambio ni comercio con los yanquis" ("No truck, not trade with the yankees"), y levantaron el espectro de la anexión. Los políticos de los Estados Unidos los ayudaron haciendo declaraciones indiscretas y con el propio presidente Taft sugiriendo que finalmente Canadá entraría en la Unión. Los nacionalistas *Canadiens* dividieron a Quebec, porque Bourassa y otros se opusieron a la Ley Naval y los imperialistas vo-

taron contra los liberales. Esta curiosa alianza de imperialistas y anti-imperialistas puso fin a los quince años de control de Laurier sobre los asuntos canadienses. Los conservadores, conducidos por Robert Borden, su líder desde 1901, asumieron el poder.

Borden tenía cincuenta y siete años de edad en 1911. Abogado de éxito de Nueva Escocia, había entrado en el Parlamento en 1896. Borden creía en la conexión británica, pero creía también que Canadá debía tener mayor participación en la determinación de los destinos del imperio británico.

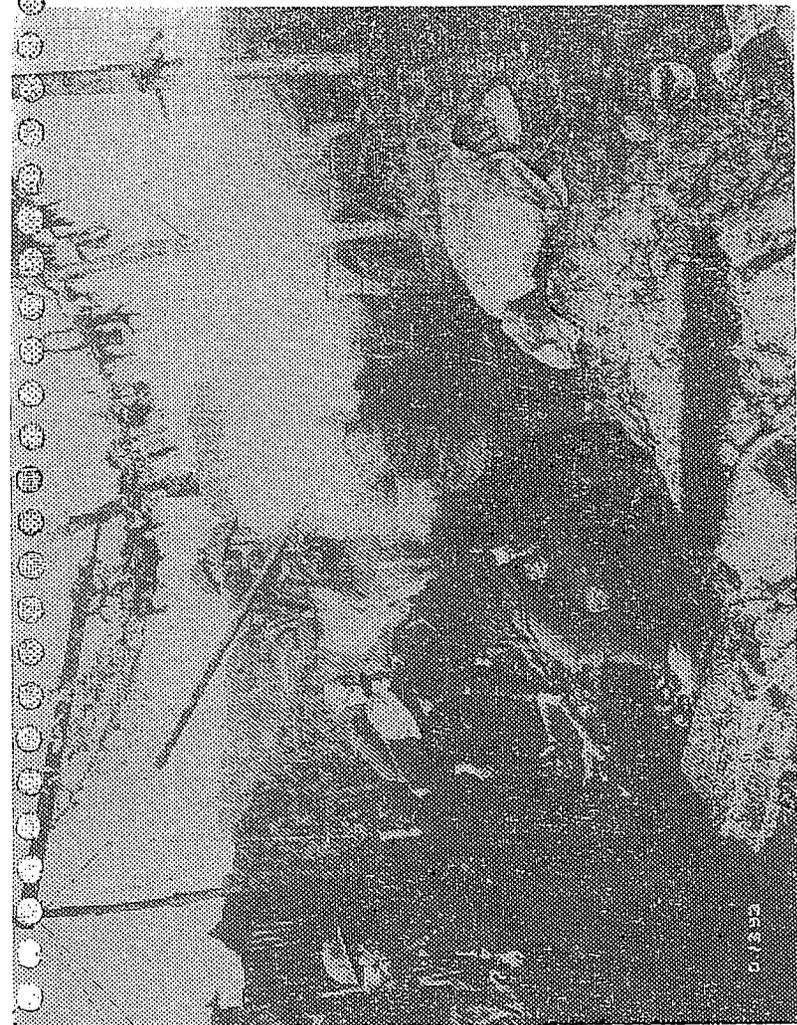
Borden decidió forcejear sobre el asunto y en discusión con el Primer Ministro Británico aceptó contribuir con fondos para la Marina Real, a cambio del derecho de los Dominios de ser consultados sobre la formación de la política imperial. Borden impulsó su Ley en los Comunes, pero el Senado, dominado por los liberales, rehusó aprobarla. Antes que acceder al evidente deseo de los liberales de lanzar una elección sobre la materia, Borden desistió en su empeño. Al final, Canadá contribuyó más que con una Marina al imperio: en el verano de 1914 Europa ardió en llamas y el Imperio Británico fue a la guerra contra Alemania y Austro-Hungría.

En tanto que Canadá estaba legalmente en guerra, la extensión de su participación estaba a la discreción del Parlamento. La guerra contaba

en un principio con la aprobación de los dos grupos lingüísticos, y los voluntarios, particularmente los británicos de nacimiento, acudieron a enrolarse en la Fuerza Expedicionaria Canadiense. Al cabo de seis semanas se embarcó para Europa un primer contingente de unos 25.000 hombres. Casi todos suponían que la guerra duraría poco.

La primera Guerra Mundial tuvo un profundo impacto en Canadá. La corta guerra se convirtió en una guerra muy larga que demandaba un enorme esfuerzo del Dominio. Que la guerra estimuló el desarrollo industrial, se evidencia por el hecho de que más de 630 fábricas producían materiales de guerra —incluyendo sesenta y dos millones de bombas—; y la producción de Canadá de granos, carne, papel y recursos minerales se fue arriba. Por otra parte, la idea de una guerra corta significó que se prestara poco cuidado para paliar el impacto de las medidas.

El Ministro de Milicias de Borden, Sam Hughes, virtualmente no simpatizaba con las sensibilidades de los *Canadiens*. Algunas de las acciones opacaron su entusiasmo por la guerra cuando él les negó el derecho de formar sus propios batallones; forzó a los *Canadiens* a integrarse en unidades de habla inglesa; y discriminó en contra de oficiales *Canadiens*. Bourassa se sintió encolerizado con este tratamiento y le dio publicidad; estaba especialmente disgustado porque la contribución de Canadá era mayor que la de Gran Bretaña en proporción a la población.



Artillería canadiense en el frente, Primera Guerra Mundial
(Crédito: Archivos Públicos de Canadá)

La guerra de desgaste del Frente Occidental avanzaba lentamente y Canadá se veía obligada a mantener sus unidades en plan de combate (su victoria en Vimy Ridge en 1917 le costó a los canadienses 10.000 bajas). Como resultado, Borden convino en hacer frente al decadente entusiasmo hacia el enrolamiento voluntario, instituyendo el servicio militar obligatorio. Quebec se opuso a esta idea.

Borden trató de persuadir a Laurier de que formaran una coalición para confrontar la crisis nacional. Laurier rehusó aceptar la proposición de Borden, porque él creía en el uso de la fuerza voluntaria y porque sabía que perdería su apoyo en Quebec si iba a la coalición. Además, estaba convencido de que los liberales podían ganar la elección.

La decisión de Laurier le costó algunos de sus más influyentes partidarios ingleses en Manitoba y en Ontario. Estos liberales aceptaron los puntos de vista de Borden sobre la conscripción obligatoria y se sumaron a su gabinete antes de la elección. El gobierno de la "Unión" ganó la elección, pero en el proceso quitó el brillo a su victoria, concediendo franquicia a los partidarios seguros y arrebatándola a los grupos dudosos. Fue un punto bajo para la tradición relativamente democrática de Canadá.

Lamentablemente para el futuro de Canadá, la crisis de la conscripción introdujo una cuña en-

tre las comunidades inglesa y francesa que no se disipó con el tiempo. La ironía fue que la conscripción resultó en gran parte un fracaso en ambas comunidades étnicas, aunque los dos lados han perpetuado su particular interpretación hasta el presente. El "leal" Ontario, por ejemplo, siempre orgulloso de su contribución, no prestó atención al hecho de que el 96% de los elegibles para la conscripción buscó la exención. Lo que representa sólo dos por ciento menos del 98% de los súbditos de Quebec que lo hicieron.

Más de 500.000 hombres sirvieron en las fuerzas de Canadá durante la guerra (casi la mitad de ellos eran nativos británicos). Eso era importante para una nación de cerca de ocho millones de habitantes y Borden hizo valer lo más que pudo el hecho en Londres y en la Conferencia de Paz de París. Durante la Conferencia Imperial de 1917, Borden y los líderes de los otros Dominios se incorporaron en un Gabinete Imperial de Guerra, por invitación de Lloyd George. El Primer Ministro quería su apoyo en la lucha con los generales que conducían la carnicería en el frente. El gabinete estuvo conforme con la opinión imperial de Borden, de consulta y colaboración para la formación de las políticas del Imperio. El y J. C. Smuts, representante de Sur Africa, fueron instrumentales en la obtención del apoyo del Gabinete y de la Conferencia para la resolución (Resolución IX) que declaró a los Dominios como naciones autónomas. Borden, Smuts y Hug-

hes de Australia, impulsaron este concepto en el Gabinete Imperial de Guerra y forzaron a Gran Bretaña, inicialmente reacia, a luchar por la representación de los Dominios como naciones separadas en la Conferencia de Paz de París. El argumento concerniente a la contribución y sacrificios de los Dominios en la guerra era inobjetable. Hablando sólo de Canadá, sesenta mil de sus hijos habían muerto por la causa Aliada. Ellos y sus sobrevivientes habían "dejado tras sí . . . una leyenda nacional, la materia de la cual se hacen las naciones". Los Dominios ganaron su tesis y participaron en la Conferencia de Paz, donde Canadá se juntó a los otros para establecer la Liga de las Naciones. Canadá entró a una nueva era en su vida doméstica e internacional.

VII

UNA NACION NORTEAMERICANA, 1919 - 1945

La Primera Guerra Mundial había introducido a los canadienses a una escena internacional que la mayoría de ellos prefería dejar con sus propios planes. Una fuerte corriente aislacionista fluía a través del Dominio, y, como muchos de sus vecinos estadounidenses, los canadienses no querían ser arrastrados de nuevo a la gallería europea. Así, los representantes canadienses en el establecimiento de la Liga de las Naciones, expresaron su firme rechazo al Artículo 10 del Covenant de la Liga, concerniente a la acción conjunta en caso de agresión externa. Conforme declaró un funcionario canadiense, era inverosímil que los Estados Unidos atacaran a Canadá y los Estados Unidos “la protegerían de agresiones territoriales por parte de otros”.

El reconocimiento del papel de protector de los Estados Unidos señaló un cambio en el pensamiento canadiense, puesto de manifiesto por el impacto de la guerra respecto al papel de la Gran Bretaña en el mundo. La guerra había desangrado a la Gran Bretaña y aunque ella era todavía dueña de un gran imperio donde nunca se ponía el sol, los asuntos europeos dominaban cada vez más su perspectiva.

La guerra había dado también a los Estados Unidos la oportunidad de ejercitar sus músculos en el esfuerzo masivo que culminó el envío de 1.75 millones de hombres a ultramar, y en seis meses de combate inclinó la balanza en favor de los Aliados. Los Estados Unidos se habían convertido en una verdadera potencia mundial, pero preferían no ser capturados por el idealismo de su Presidente y por ello negaron a la Liga de las Naciones y se recluyeron en el aislacionismo. Canadá se mantuvo entre las dos posiciones. Aceptó la Liga de las Naciones como un medio para "anunciar ante el mundo internacional la condición del Dominio"; pero como lo señaló su representante ante la Asamblea de la Liga en 1924, "en esta asociación de Seguro Mutuo contra el fuego, los riesgos asumidos por los diferentes estados no son iguales. Nosotros vivimos en una casa a prueba de fuego, alejados de los materiales inflamables".

Canadá estaba contenta de abrigarse en el capullo norteamericano, pero todavía era un miem-

bro del Imperio Británico y la conexión británica continuaba teniendo influencia en los asuntos canadienses. Canadá había establecido un Departamento de Asuntos Exteriores en 1909, pero era pequeño y dependiente del Foreign Office británico y de sus representantes. Borden había negociado para tener un Ministro canadiense agregado a la Embajada británica en Washington, pero la oposición encontró inaceptable su proposición de tener un Ministro canadiense que vistiera el manto del Embajador cuando éste se encontrara ausente: "Por qué no dejar que los diplomáticos británicos manejen los asuntos británicos y que nosotros manejamos nuestros propios asuntos?" preguntó el nuevo líder liberal, William Lyon Mackenzie King, quien no aprobaba la disposición de Borden de trabajar estrechamente con los británicos en la formulación de la política imperial. El prefería que Canadá formulara su propia política en su propio interés, aunque se inclinaba hacia los Estados Unidos al hacerlo.

King dominó la vida política canadiense prácticamente desde el momento en que sucedió a su admirado líder, el recién fallecido Sir Wilfrid Laurier. Desde 1919 hasta su retiro en 1948, este excéntrico soltero mantuvo el control de la base del partido en Quebec a través de eficaces lugartenientes *Canadiens* y mediante su habilidad para moverse con cautela. Era norteamericano en su aislacionismo, en su educación (Toronto y Harvard) y en su experiencia. Nieto de William

Lyon Mackenzie, quien estropeó la Rebelión de 1837, nació en 1874. Organizó el Departamento del Trabajo como su primer Vice-Ministro en 1900 y ocho años más tarde ingresó en el Parlamento, donde Laurier lo nombró Ministro de su gobierno. Después de la derrota liberal de 1911, King se dedicó a las actividades del partido hasta que en 1914 se incorporó a la Fundación Rockefeller como analista de relaciones industriales. Esta actividad lo mantuvo fuera del calor generado por la crisis de la conscripción y capitalizó este hecho y su fidelidad a Laurier para ganar la jefatura del partido. King no tuvo que actuar durante mucho tiempo como líder de la oposición, enfermo y cansado por los esfuerzos de la guerra y el retorno a la paz, tuvo que ceder las riendas del gobierno a Arthur Meighen, un luchador brillante pero notable por su frialdad.

Meighen se había identificado con los aspectos más controversiales de los últimos años de Borden. Había dirigido la lucha por la conscripción e introducido la legislación que aseguró su victoria y la victoria de la Unión en 1917. Había promovido la formación de la empresa Ferrocarriles Nacionales de Canadá, propiedad del Dominio, cuando la Corona tomó posesión de los dos ferrocarriles en ruinas (los sistemas Canadian Northern y Grand Trunk), que transfirieron algunos poderosos capitalistas de Montreal, y participó en la supresión de la Huelga General de Winnipeg de 1919, el más largo y más notable

ejemplo de respuesto laboral a la depresión de post-guerra.

El sector laboral no estaba solo en su descontento. La Política Nacional había hecho énfasis en la colonización occidental, a fin de proporcionar un mercado para las manufacturas del Este; la colonización había sido lograda y el Oeste estaba convencido de que el Parlamento, dominado por el Este, no tenía ulteriores planes para el Oeste, excepto su explotación por intereses orientales. Los occidentales eran en gran parte agricultores y pronto se dieron cuenta de que los agricultores del Este estaban tan descontentos como ellos del alto costo de sus implementos y deseaban un mejor trato para el sector agrario. Los agricultores mostraron su descontento organizando Partidos Unidos de Agricultores, que ganaron el poder en Alberta y Ontario. Los agricultores formaron un Partido Progresista para competir en escala nacional. Los progresistas no estaban interesados en el poder; querían influencia y tuvieron su oportunidad cuando terminaron de segundos de los liberales en las elecciones de 1921. Los conservadores llegaron en un distante tercer lugar, pero formaron la Oposición Fiel a Su Majestad, debido a la renuencia de los progresistas a someterse a las prácticas parlamentarias.

La elección de 1921 fue un escollo en la historia política de Canadá. Los liberales no lograron obtener la mayoría y la mayor parte de sus fuerzas procedía de Quebec y las Marítimas. Los pro-

gresistas tenían fuerte representación del Oeste, mientras los conservadores se centraban en Ontario. Incluso el sector laboral estaba dividido en dos sectores. Los dos partidos nacionales ya no representaban a la nación en el Parlamento y "la elección confirmó la división regional, económica y étnica que socavaba a Canadá".

Los progresistas eran un grupo frustrado. Los liberales no estaban preparados para dismantelar el sistema de tarifas y no bajaron las tasas en 1922; por otra parte, los progresistas estuvieron en capacidad de restaurar las tasas del Paso Nido de Cuervos (Crows Nest Pass), eliminadas como medida de guerra, pero fueron incapaces de restablecer una medida de guerra, la Junta del Trigo, que garantizara un precio fijo. Sin embargo, los progresistas rehusaron derrotar al gobierno, porque temían que los conservadores impusieran sus altas tarifas.

Los conservadores perdieron el apoyo, debido a su legado de la Guerra Mundial y a su posición imperial. Meighen, como Primer Ministro (julio 1920 - Dic. 1921), había persuadido a Gran Bretaña de que terminara su alianza bilateral con Japón, en favor de una que abarcara las principales potencias marítimas. Había actuado así para evitar que Canadá fuese pillada en medio del desacuerdo norteamericano-japonés, que podría arrojar a los británicos en el conflicto al lado de los japoneses. Como líder de la Oposición, sin embargo, estaba preparado para colocarse del lado

británico, cuando el gobierno británico solicitó públicamente el apoyo imperial con relación a una situación en Asia Menor. King percibió que contaba con el apoyo de la mayor parte de los canadienses cuando rehusó obrar por común impulso. Informó a los británicos que el Parlamento Canadiense tendría que decidir sobre el asunto; y el Parlamento no estaba aún reunido. Lo que reiteró la crisis de 1922 en el Medio Oriente, fue que los británicos no estaban dispuestos a consultar sobre iniciativas de política exterior sino después de los hechos. Los canadienses encontraban frustrante esta posición, pero como lo ilustra su experiencia posterior a 1945 con los Estados Unidos, las grandes potencias no quieren embarazarse en consultas a sus aliados.

King puso en claro ante la Conferencia Imperial de 1923 que Canadá insistía en decidir su política exterior; esto no excluía que la existencia de asuntos en los cuales el Imperio-Commonwealth tenía opiniones comunes, pero en la medida en que las políticas se refirieran sólo a un Dominio específico, el Imperio no debería inmiscuirse. Canadá había demostrado precisamente una acción semejante antes de la Conferencia, negociando un tratado de pesca con los Estados Unidos sin la presencia británica.

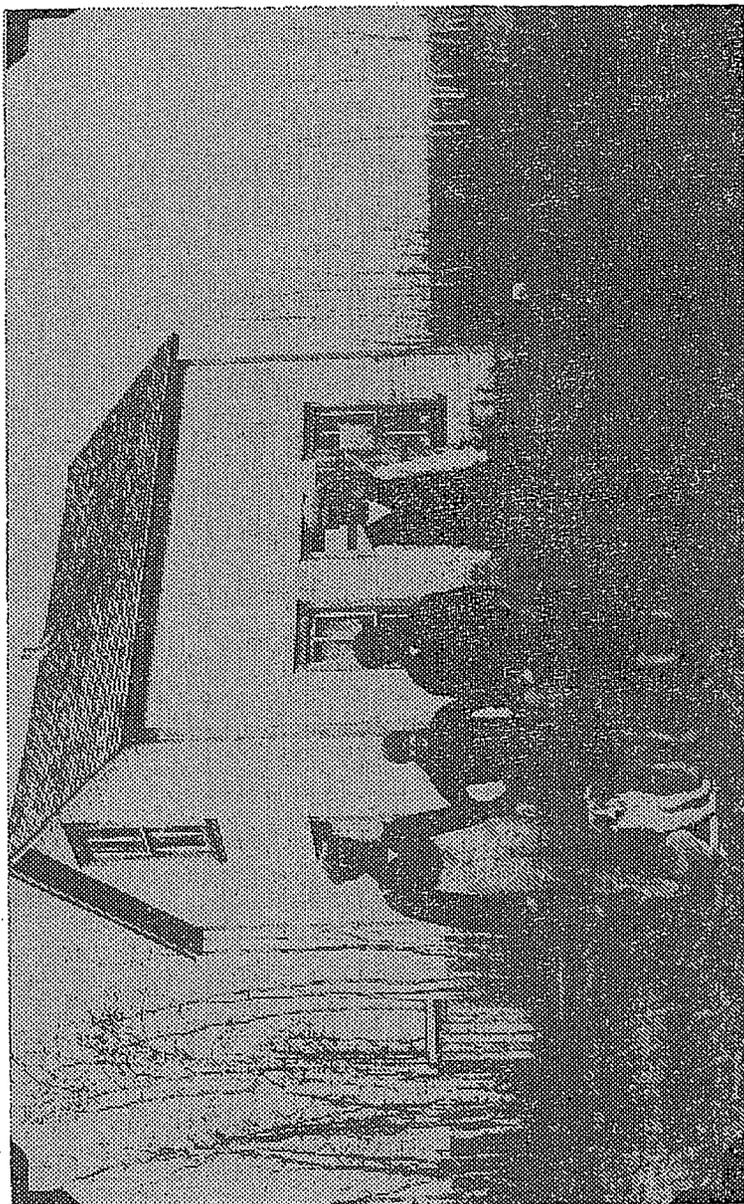
Los liberales tenían la esperanza de terminar su papel de minoría con un sólido triunfo en las elecciones de 1925, pero los resultados fueron humillantes. King y varios ministros del gabinete

perdieron sus asientos en el Parlamento y los conservadores aumentaron el número de sus representantes a 116 contra 101 de los liberales. Los progresistas descendieron de 65 a 24 y habían dos socialistas. King pensó que podía gobernar con apoyo progresista y trató de hacerlo, sólo para tener un escándalo en el Departamento de Aduanas que obligó a renunciar a los honestos progresistas. King intentó entonces persuadir al Gobernador General, Lord Byng, de disolver el Parlamento antes de que su gobierno tuviera que enfrentar una moción de desconfianza. Byng no aceptó el consejo de su Primer Ministro, y estuvo justificado de no hacerlo en tan sombría situación, porque la Oposición tenía el derecho de decidir si King podía gobernar, antes de forzar a la nación a pagar el precio de una nueva elección. Meighen pudo haber rehusado la invitación de Byng, pero prefirió tratar de gobernar y encontró la derrota en los Comunes. Byng aceptó entonces el consejo de Meighen de convocar la elección.

King hizo su campaña contra la decisión del Gobernador General, argumentando que Meighen y Byng habían violado la autonomía de Canadá. El llevaba a cuestras el escándalo aduanal, pero pudo confiar en la ignorancia constitucional del promedio de los canadienses y en el deseo de no ser dirigidos por los británicos, para derrotar a los conservadores.

King llevó su preocupación acerca del papel constitucional de los Gobernadores Generales a

la Conferencia Imperial de 1926. Le era difícil atraer simpatías sobre su tesis electoral y no tocó ese punto, pero estaba interesado en eliminar al Gobernador General como lazo entre los gobiernos. La Conferencia convino en que en el futuro el Gobernador General serviría de enlace estrictamente entre el Dominio y el soberano. La Conferencia hizo también una contribución constitucional más significativa para la evolución del Commonwealth, estableciendo que los Dominios y la Gran Bretaña eran "Comunidades Autónomas dentro del Imperio Británico, iguales en status y en forma alguna subordinadas unas a otros en ningún aspecto de sus asuntos internos o externos, aunque unidas por una obediencia común a la Corona y libremente asociadas como miembros de la Comunidad Británica de Naciones". El Acuerdo detallado podía ser juzgado como la "Declaración de Independencia" de los Dominios (King alegó con éxito en favor de la eliminación del término "independiente" de la declaración, porque tenía mucho sabor a 1776). El Parlamento Británico la convirtió en Ley bajo la denominación de Estatuto de Westminster del 11 de diciembre de 1931. En la preparación de ese Estatuto, Canadá se había visto obligada, por desconfianza provincial, a conservar el derecho de Gran Bretaña a introducir modificaciones en la Ley de Norte América Británica, hasta la fecha en que las provincias pudieran acordarse respecto al procedimiento de enmiendas. Transcurrirían antes cincuenta años.



Familia de labriegos del Este de Europa en Saskatchewan, Canadá. 1931
(Crédito: Archivos Públicos de Canadá)

La segunda mitad de la década de 1920 había sido de auge económico, lo que había hecho de Canadá una nación más urbana. Gran parte del auge que había sido impulsado por las inversiones de los Estados Unidos, las cuales habían crecido espectacularmente durante la guerra, al punto que para 1923 los norteamericanos habían triplicado el valor de lo que poseían en 1914, alcanzando el monto de \$ 2.500 millones, y tenían el control de las principales industrias. *The Financial Post* (Toronto) reconoció que los Estados Unidos habían reemplazado a Gran Bretaña como la mayor fuente de inversiones para 1925, pero mantenía que Gran Bretaña no debía dudar hacia donde se inclinaba la fidelidad política de Canadá. Ella mantenía la conexión británica.

El auge industrial tuvo su equivalente en el sector agrario. Casi el cuarenta por ciento de las exportaciones mundiales de trigo procedían de Canadá, y los agricultores, buscando reemplazar la difunta Comisión del Trigo, habían optado por medidas cooperativas para estabilizar los precios.

Durante este tiempo de expansión, Canadá se embarcó en su primer paso hacia un sistema de seguridad social. El gobierno liberal aprobó una Ley de Pensiones de Ancianidad en 1927, pero no sólo los ancianos iban a necesitar protección financiera. El auge estaba cercano al colapso. El 24 de octubre de 1929 ocurrió la debacle.

La imagen de la Gran Depresión en Canadá es la de barcos pesqueros ociosos en ambas cos-

tas; en las selvas rara vez sonaba el coro de las hachas; las fábricas en silencio, reemplazadas por largas filas de obreros desempleados arrastrándose lentamente hacia las cocinas donde daban sopas de caridad; y el polvo remolineándose en grandes nubes sobre las praderas antaño cubiertas de grano.

Hay cierta verdad en la imagen, porque el mercado para la pesca, la pulpa y el papel y el trigo se derrumbó y hubo una caída en la demanda de artículos manufacturados. El gobierno liberal carecía de respuesta y rehusó ir en auxilio de las provincias, que tenían que enfrentar las necesidades directas de los miserables. Perdió la elección de 1930 en favor de los conservadores, conducidos por Richard B. Bennett, un abogado millonario de Calgary, Alberta, nativo de Nueva Brunswick, quien había sucedido a Meighen después de la derrota electoral de 1926.

Bennett era un hombre mucho más vigoroso que King y parecía estallar de energías. Había hecho una campaña en favor de tomar medidas respecto a la situación económica y en su manera ampulosa explicó a los canadienses que se proponía usar el sistema de tarifas para "barrenar un camino en los mercados del mundo". Durante cinco años, Bennett escenificó el espectáculo de un solo hombre que trataba de hacer algo, pero encontró que la depresión era más fuerte que cualquier hombre o gobierno. Elevó las tarifas; su gobierno proveyó fondos para actividades de ayu-

da y construcción de obras públicas. Auspició una Conferencia Económica Imperial en 1932, para averiguar si el Imperio podía encontrar remedios. Todo fue en vano. Como consecuencia, los canadienses comenzaron a buscar otras soluciones.

En el Oeste, los progresistas se juntaron con los laboristas y con intelectuales simpatizantes, para fundar la Federación Cooperativa del Commonwealth. Lanzaron el Manifiesto Regina en 1933, que era de orientación abiertamente socialista. Los occidentales que no deseaban una solución socialista, fueron atraídos a la posición presentada por un evangelista de Alberta, quien llegaba hasta miles de canadienses por radio. William Aberhart abogaba por el Crédito Social, un sistema de pago de dividendos mensuales. Asumió el poder en Alberta en 1935 y lo retuvo durante casi cuarenta años, llevando a cabo un gobierno conservador, después de fracasar en una tentativa modesta de introducir aspectos de su teoría del Crédito Social, que el gobierno federal desaprobó.

Quebec había iniciado un resurgimiento intelectual que cuestionaba incluso la posición de los *Canadiens* en la Confederación. El clero estaba en el centro de este resurgimiento. Mientras *l'abbé* Lionel Groulx se convirtió en el principal promotor de una conciencia étnica, otros trabajaban en el desarrollo de una conciencia social. En 1933, un grupo de jesuitas y laicos presentó un

programme de restauration sociale que proclamaba una distribución más equitativa de la riqueza. Algunos de este grupo se juntaron a varios liberales desilusionados para fundar la *Action liberal nationale* (ALN) y usaron el *Programme* como su guía para emprenderla con las corporaciones, introducir reformas laborales, combatir la corrupción y fortalecer la tradicional granja familiar. Pero al ALN le faltaban recursos para derrotar a la sólida maquinaria provincial de los liberales, y se aliaron con el pequeño partido conservador encabezado por Maurice Duplessis. Esta alianza se convirtió en la *Union Nationale*, que ganó la elección de 1936. Bajo Duplessis, Quebec se encontró con un gobierno conservador, personalista, que tenía pocas simpatías por el trabajador urbano y que se alió con la jerarquía eclesiástica en una cruzada contra los subversivos de izquierda. Muchos de los miembros de la ALN se abrieron para luchar por sus propias metas.

Los canadienses habían estado durante largo tiempo en capacidad de comprar las publicaciones británicas y norteamericanas y habían sido influenciados por ellas. En la década de 1930, la radio y el cine contribuyeron a fortalecer la penetración cultural. Para contrarrestar esta penetración, el Dominio estableció la Corporación Radiodifusora Canadiense en 1932, pero la proximidad de los Estados Unidos significaba que los canadienses podían escuchar a Franklin Delano Roosevelt hacer la propaganda de su Nuevo Tra-

to (New Deal) en los Estados Unidos. El gobierno del dominio confrontó presiones para introducir su propio New Deal. Bennett, por propia iniciativa, comprometió a su gobierno en un programa semejante durante una serie de charlas por radio, en enero de 1935. El gobierno federal fue más allá de las pensiones de vejez y reguló los salarios y el horario de trabajo; programas de seguros que cubrían el desempleo, la salud y los accidentes; el mercadeo de los productos naturales; y proveyó ayuda crediticia a los agricultores. Con estas medidas violó la jurisdicción provincial establecida en la Ley de Norte América Británica y proporcionó armas a los liberales para las próximas elecciones.

Para mediados de 1935, la depresión había golpeado profundamente al país y los desempleados en el Oeste habían iniciado una "Marcha Sobre Ottawa". Sus filas se engrosaban a medida que avanzaban hacia el Este en trenes de carga. En esta atmósfera estaba llegando a su fin el mandato de Bennett y tuvo que convocar a elecciones. Los conservadores fueron derrotados y King formó el gobierno. En lo que se ha convertido en modo típico canadiense de enfrentar los asuntos difíciles, King estableció una Comisión Real para examinar en su totalidad la cuestión de las relaciones entre el poder federal y el provincial en Canadá. El *Rowell-Sirois Report*, llamado así por el nombre del co-presidente de la Comisión y publicado en 1940, es un documento admirable por

su investigación exploratoria de las raíces históricas y provinciales del Canadá contemporáneo. Era demasiado avanzado para los líderes políticos provinciales, quienes objetaron su recomendación de que Ottawa controlara una distribución más equitativa de la riqueza nacional, para responder a las necesidades sociales de los canadienses. Para el momento en que el Dominio vino a considerar el informe, la nación se enfrentaba a cuestiones externas que lo ensombrecían. Canadá había entrado en la guerra en septiembre de 1939.

Canadá, a pesar de todas sus inclinaciones aislacionistas, difícilmente podía evitar ser expuesta a las crisis de los años 30. Las escenas de las acciones japonesas en China; la invasión de Etiopía por Mussolini; el surgimiento de Adolfo Hitler; y la Guerra Civil Española, preocupaban a los canadienses informados. Cuando el representante de Canadá en la Liga de las Naciones tomó la iniciativa proponiendo sanciones petroleras contra Italia por su agresión a Etiopía, el recién electo King lo reprendió y deseó que ello no hubiera ocurrido.

A medida que Alemania se tornaba más y más agresiva, King se entrevistó con Adolfo Hitler, Canciller Alemán, y le advirtió en su forma circunlocutoria que Canadá acompañaría a Gran Bretaña contra un agresor europeo. Sostuvo públicamente que si estallaba la guerra, el Parlamento decidiría respecto a la posición de Canadá. Esto era pro forma. King sabía que si bien Ca-

nadá era legalmente independiente de Gran Bretaña, los lazos emocionales eran aún muy fuertes y que su gobierno tendría que ir a la guerra. Con ese fin comenzó a gastar más en defensa y el Rey Jorge VI y la Reina Isabel vinieron a visitar el Canadá. Era la primera vez que un soberano reinante lo hacía y la visita hizo mucho para fortalecer la determinación canadiense.

Alemania marchó sobre Polonia el 1º de septiembre de 1939. Gran Bretaña acudió en auxilio de Polonia el día 3. King, fiel a la tradición liberal y como muestra simbólica de independencia, convocó al Parlamento y éste decidió ir a la guerra. Hitler probablemente no se preocupaba por estas sutilezas constitucionales, pero Canadá no estuvo en guerra con él hasta el 10.

Esta vez los canadienses estaban más avisados respecto a la guerra. La imagen de la última guerra estaba muy vívida aún "y los hombres que acudían a los centros de reclutamiento, iban en busca de un empleo, no de una cruzada". El gobierno, a su vez, quería evitar los peligros de 1914-18 y por ello prometió no imponer la conscripción y hacer más énfasis en las contribuciones económicas que en las humanas.

Pocos canadienses participaron en la lucha que condujo a la derrota de Francia y a la retirada británica de Europa continental en 1940. El éxito alemán ejerció un impacto sobre Norte América, porque provocó que los Estados Unidos recono-

cieran la necesidad de tomar a cargo su defensa. Roosevelt había dicho ya a los canadienses en 1938, que “el pueblo de los Estados Unidos no permanecerá indiferente si es amenazada la dominación del suelo canadiense...”, pero los Estados Unidos no estaban preparados para tal compromiso. Luego, en agosto de 1940, Roosevelt supo por su Embajador en Ottawa que los canadienses parecían dispuestos a unirse a los Estados Unidos en la defensa de Norte América y Roosevelt tomó inmediatamente la idea y en una reunión en Ogdensburg, Nueva York, propuso la cooperación a un King receptivo. Así nació el Consejo Conjunto *Permanente* de Defensa (subrayado del autor), que junto con la Declaración de Hyde Park sobre la coordinación de la producción de defensa, avanzó mucho en el proceso de cambiar a Canadá de la órbita británica a la estadounidense. La ansiedad de King es un tanto irónica, dada la larga lucha de los liberales para no implicarse demasiado en la defensa imperial.

Canadá comienza también por primera vez a considerar el estrechamiento de relaciones con América Latina. En los días sombríos de 1940 y 1941, Canadá superó su renuencia a gastar dinero en misiones diplomáticas (entre 1927 y 1939, sólo abrió misiones en Estados Unidos, Francia, Japón y los Países Bajos), y con la esperanza de encontrar mercados alternativos para reemplazar los de Europa, estableció relaciones con las potencias del ABC y flirteó con su adhesión a la

Unión Panamericana hasta que Roosevelt indicó su desaprobación.

De los doce millones de personas de Canadá, más de un millón de hombres y mujeres sirvieron en las filas, que en esta oportunidad encontraron a la Fuerza Real Canadiense y a la Marina Real Canadiense involucradas en la guerra desde el comienzo. Pilotos canadienses combatieron en la “Batalla de Gran Bretaña” y realizaron incursiones de bombardeo en el continente. La Marina tenía la responsabilidad de proteger los convoyes que llevaban los muy necesitados materiales de guerra y alimentos a Gran Bretaña. En sus pequeñas corbetas, la Marina llevó los *U-boats* que participaron en la “Batalla del Atlántico”. El ejército se incorporó a la defensas de las Islas Británicas, envió unidades dentro de la cortina de fuego alemana en la fatal incursión contra Dieppe, Francia, en 1942, y después que King sucumbió ante la intensa presión pública y militar para enviar “the boys” a la acción, elementos del Ejército participaron en las campañas de Sicilia e Italia en 1943-45. El grueso del Ejército desembarcó en playas de Normandía en junio de 1944 y combatió en el flanco izquierdo de las fuerzas aliadas que liberaron a Francia, Bélgica y Holanda.

Toda esta actividad requería hombres y King se preocupó particularmente de evitar el problema de repetir la conscripción que en 1917 ocasionó la división de su partido y de la nación. El

gobierno no tenía dificultades en el reclutamiento de hombres para servir en Canadá, y así lo hizo a través de la Ley de Mobilización de Recursos Nacionales de 1941. Pero el gobierno había prometido no imponer la conscripción para el servicio en ultramar. El 27 de abril de 1942, el 71.2 por ciento de los votantes de Quebec, se pronunció por no liberar al gobierno de su compromiso, mientras cerca del 80 por ciento fuera de Quebec votó a favor.

El gobierno se eximió de actuar hasta que las exigencias de la campaña europea de fines del otoño de 1944 no pudieron ser satisfechas con voluntarios. La situación deparó a King una crisis al enviar 13.000 conscriptos al exterior, lo cual estimuló manifestaciones en Quebec y en varios campos militares, disgustando a los miembros de su partido y reactivando las divisiones étnicas del país. Para la fecha en que llegaron los conscriptos, la guerra estaba prácticamente terminada. Sólo sumaron 69 de los 42.000 muertos que sufrió Canadá durante los seis años de guerra, y, afortunadamente para la nación, la crisis no fue profunda, pues los canadienses estaban ansiosos de alcanzar la paz.

VIII

UNA NACION INTERNACIONALISTA. UNIDOS EN EL EXTERIOR, DIVIDIDOS EN CASA, 1945 - 1982

Canadá luchó en la Segunda Guerra Mundial como un socio menor. La ciudad de Quebec había servido de sede para dos importantes reuniones de Churchill y Roosevelt en 1943 y 1944, pero el Primer Ministro canadiense y su plana mayor, esperaban en los corredores para las fotografías de las sesiones. Cuando la guerra terminó, Canadá, en virtud de su expansión durante el tiempo de la guerra y de hallarse libre de destrucción, se convirtió en un socio mayor en la reconstrucción. También estuvo activa en las recién fundadas Naciones Unidas, que fue lo contrario de su papel en la difunta Liga de las Naciones. La guerra sacó a Canadá de su condición de una nación de Norte América, concentrada en sí misma y aislacionista, a la de una nación comprometida en el plano internacional, pues el Dominio entró en un

período, 1945-1957, que ha sido llamado "el apogeo de la política exterior canadiense".

El Primer Ministro King preparó el escenario para la actividad canadiense de post-guerra, cuando pronunció un discurso en la Cámara de los Comunes en julio de 1943. El Comité de Problemas de la Post-Guerra del Departamento de Asuntos Exteriores, se había dado cuenta de que en la post-guerra se establecería un sinnúmero de organizaciones internacionales que serían dominadas por las principales potencias, especialmente por la U.R.S.S. y los Estados Unidos. Los canadienses tienden a ser pragmáticos, no dados a los excesos de la retórica sino preocupados por lograr resultados positivos. Canadá no era suficientemente grande para dominar, pero era bastante rica para poder ser efectiva si se lo permitían. Así, King señaló que la condición de miembro de los organismos internacionales debía "ser decidida sobre una base funcional que calificaría como miembros plenos a aquellos países, grandes o pequeños, que tengan la mayor contribución que hacer al objeto particular en cuestión".

Aplicando este "principio funcional" a sus acciones, Canadá operó dentro de sus capacidades y como resultado participó eficazmente en la asistencia a los refugiados y en la rehabilitación de Europa, especialmente en la asistencia financiera a Gran Bretaña. Como lo señaló el distinguido comentarista norteamericano Walter Lippmann: "La verdad es que hombre por hombre, familia

por familia, contribuyente por contribuyente, los canadienses han llevado una parte más pesada que la nuestra, de la carga de la reconstrucción europea".

Canadá estuvo en capacidad de ser generosa porque no sufrió la dislocación económica que ocurrió después de la Primera Guerra Mundial. Con anterioridad a la terminación de la guerra, el gobierno tomó medidas para amortiguar la desmovilización y la desaceleración económica. Estaba en posición de hacerlo, porque la guerra le había permitido un control mucho mayor sobre las finanzas de la nación. Una de las primeras medidas del gobierno fue la Ley de Subsidio Familiar, que proporcionaba a las madres, una suma fija mensual por cada niño. Esto resultó una bendición para los pobres, pero a las madres más ricas les gustaba también recibir las pensiones, porque ellas les proporcionaban una sensación de independencia respecto a sus esposos. El gobierno introdujo también una legislación para ayudar a la industria de la vivienda y proporcionó subvenciones a los veteranos para establecerse en la tierra y para educación. Las universidades incrementaron enormemente su matrícula durante los años inmediatos de post-guerra y muchos profesores nunca más volvieron a tener enteramente el ambiente estimulante que aportaron a sus charlas los veteranos. Al graduarse, estos veteranos encontraron empleos donde su educación los benefició a la nación.

La guerra proporcionó a los canadienses una confianza en sí mismos y una identidad que en el pasado habían sido opacadas por la Gran Bretaña y por los Estados Unidos. El gobierno lo capitalizó dictando la Ley de Ciudadanía Canadiense de 1946, la cual no niega a los canadienses sus derechos como súbditos británicos, pero establece el hecho legal de la nacionalidad por nacimiento y por naturalización. En 1952, la Corona nombró al primer canadiense para el cargo de Gobernador General, continuando tal práctica. Y en 1965, después de mucha ansiedad entre los veteranos que habían combatido bajo la Bandera de la Unión (Unión Jack) y la Insignia Roja (Red Ensign, bandera comercial británica con un escudo canadiense en la parte inferior derecha), Canadá adoptó su bandera con la hoja de arce. Como un compromiso típicamente canadiense, para apaciguar a los veteranos y a su generación, la Unión Jack continúa ondeando como un símbolo de la asociación de Canadá con el Commonwealth y de su "fidelidad a la Corona".

El autor de la bandera y de ese compromiso, fue Lester B. Pearson, cuya carrera como diplomático comenzó en 1928. El dejó el servicio civil para convertirse en miembro del gabinete liberal del Primer Ministro Louis St. Laurent, quien sucedió a King a su retiro en la jefatura liberal en 1948. St. Laurent era un abogado de corporaciones de la Ciudad de Quebec, quien había atendido al llamado de King para reemplazar a su anti-

guo lugarteniente en Quebec, recién fallecido, Ernest Lapointe. La madre de St. Laurent era de ascendencia irlandesa y él se manejaba cómodamente en medio de las dos culturas. Ingresó al Parlamento en 1942, a la edad de sesenta años, y para la época cuando se convirtió en Primer Ministro, se comportaba como el viejo tío de todo mundo —lo llamaban "Uncle Louie" ("Tío Luis")— y los liberales aprovecharon su prestigio para triunfar en las elecciones de 1949 y 1953.

St. Laurent persuadió a Pearson de aceptar la Secretaría de Estado para Asuntos Exteriores, y Pearson se incorporó a un gabinete de hombres de talento, equipados con su experiencia del tiempo de la guerra y preparados para salir adelante, pasando por sobre cualquier obstáculo. Este era un mal presagio para las provincias celosas de sus derechos. El régimen de Quebec de Maurice Duplessis era particularmente cauto respecto a Ottawa, pero decidió reflejar la individualidad de la provincia, izando una bandera oficial en enero de 1948 en la Asamblea, la cual tenía la cruz blanca y la flor de lis en un campo azul. Esto satisfizo a *l'abbé Groulx* y a los *nacionalistas*, pero probablemente tuvo poco impacto en Ottawa.

En realidad, mientras Duplessis jugaba a la autonomía, la atracción de los subsidios federales de Canadá indujo a Terranova a ver de otra manera a la Confederación. Después de rehusar adherirse en 1867, Terranova había seguido su propio camino bajo un gobierno responsable, hasta que

el colapso económico de los años 30, forzó a los británicos a gobernar. La guerra había traído una modesta prosperidad, pero la isla permanecía siendo una colección de puertos poblados por gente pobre pero tenaz. En 1948, inspirada por la oratoria de J. R. (Joey) Smallwood, un político de aspiraciones, Terranova votó por un pequeño margen en favor de la adhesión a Canadá; se convirtió en la décima provincia, el 31 de marzo de 1949. El atractivo fue el acceso a los fondos y servicios federales. Smallwood, quien se llamaba a sí mismo "el único Padre viviente de la Confederación", se convirtió en el gobernante personalista de Terranova durante más de dos décadas.

Canadá había estado deseosa de responder a Terranova, en gran parte a causa de su estratégica localización, confirmada durante la reciente guerra, pero el mundo de post-guerra había levantado otras consideraciones estratégicas respecto a las relaciones de Europa, Estados Unidos y la U.R.S.S. Canadá se hallaba entre estas dos últimas potencias; y Europa, incluyendo a Gran Bretaña, era también vital para ella como contrapeso a la arrolladora influencia de los Estados Unidos.

Gran Bretaña y Canadá exploraron a comienzos de 1948 la posibilidad de formar una Alianza del Atlántico Norte, en la cual deseaban incluir a los Estados Unidos. La toma del poder por los comunistas en Checoslovaquia, ayudó a enfocar la atención sobre la amenaza a Europa y así nació la Organización del Tratado del Atlántico Norte

(OTAN), el 4 de abril de 1949, mediante la cual los Estados Unidos y Canadá se comprometieron a la defensa de los signatarios de Europa Occidental. Se hallaban a una gran distancia de la posición aislacionista de los Estados Unidos después de 1919.

Como consecuencia de las crecientes tensiones que trajo consigo la "guerra fría", Canadá tuvo que reformular sus políticas de defensa; decidió mantener sus fuerzas en cerca de 50.000 soldados y cumplir su compromiso de la OTAN, enviando *matériel* a los países europeos en proceso de recuperación. Esto cambió con la invasión de Corea del Norte a Corea del Sur en junio de 1950. Canadá se encontró envuelta ante una amenaza a Europa y el Pacífico; en consecuencia, se preparó para aumentar sus fuerzas para el servicio en ambas áreas.

El compromiso de Canadá de mantener la paz había comenzado en 1948, cuando despachó una pequeña unidad a Cachemira. Corea solicitó una respuesta mayor y los Estados Unidos asumieron el comando de las Naciones Unidas, organizando una fuerza de la ONU para ir en apoyo de Corea del Sur. Canadá convino en apoyar el esfuerzo; envió barcos de guerra a Corea; proporcionó transporte aéreo; y reclutó una brigada de infantería. Los canadienses combatieron y 312 murieron en la prolongada lucha que terminó en julio de 1953.

Los temores respecto a la expansión rusa en Europa o a través del Artico, obligaron al gobierno canadiense a incrementar su compromiso militar con la OTAN. Ordenó el envío a Europa de unidades navales, aéreas y terrestres y procedió conjuntamente con los Estados Unidos al establecimiento de líneas de radar para la defensa del norte de Canadá. De buen o mal grado, la amenaza soviética empujaba a Canadá a estrechar relaciones económicas y de defensa más estrechas con los Estados Unidos.

También los Estados Unidos sirvieron de amenaza, particularmente en el área cultural. Los Estados Unidos atraían a las mentes y talentos más brillantes de Canadá, o al menos así lo indicaba una Comisión Real de 1951 respecto a la condición de las artes, las letras y las ciencias, y aconsejaba al gobierno, fomentar el desarrollo en estas áreas para impedir no sólo la evasión de talentos hacia el sur, sino también para desarrollar la fuerza interna para oponerse al proceso de americanización que se observaba tan fácilmente en la amplia disponibilidad de periódicos, programas de radio y televisión, libros-del-mes y películas. Canadá, como Uruguay frente al dominio cultural de la Argentina, logró sobrevivir, pero ello no fue fácil y el gobierno reconoció la validez de las recomendaciones, estableciendo el Consejo de Canadá (Consejo de las Artes) en 1957. Ese Consejo ha ayudado a financiar un admirable crecimiento en una perspectiva canadiense que ya ha



Hugh MacLennan, distinguido novelista, cuya novela titulada "Two Solitudes" trata sobre el estado de separación del Canadá inglés del Canadá francés, entre las dos guerras mundiales

(Crédito: *Archivos Públicos de Canadá*)

dejado de ser derivada. Escritores y poetas como Margaret Atwood, Marie-Claire Blais, Leonard Cohen, Mordecai Richler, Anne Hébert, Gabrielle Roy; pintores naturalistas organizados en el "Grupo de los Siete"; teatros, como el Festival Stratford y el Theatre du Nouveau Monde; y otras actividades culturales, han logrado reconocimiento internacional, que, como ha sido expresado con verdad, condujo al reconocimiento en casa!

Al mismo tiempo que los canadienses estaban tomando el comando de su superación cultural, estaban también abriendo las puertas a los inmigrantes. Predominaron los europeos orientales y los italianos, y a diferencia de la primera oleada de inmigrantes no británicos, los que vinieron en la post-guerra eligieron quedarse en las ciudades, especialmente en Toronto y Montreal. Toronto, que carecía del sabor cosmopolita de su rival Montreal, como resultado, se modificó completamente. De ser una ciudad triste, tranquila, ordenada, lentamente comenzó a tener interesantes restaurantes y los domingos se convirtieron en días de jolgorio más que en celebraciones de alto tono moral. La inmigración significó también que Canadá iba tornándose cada vez menos británica y menos francesa, con consecuencia todavía en proceso, a medida que los procedentes del Caribe, de Latino América y de Asia, agrandaban el mosaico.

La expansión humana e industrial del oriente de Canadá requería creciente energía. Canadá tuvo la fortuna de que la menguante producción de petróleo de Alberta, recibió en 1947 un enorme empuje con los descubrimientos realizados en los campos vecinos de Edmonton. La nueva producción petrolera alimentó el este y el oeste mediante oleoductos; el terminal oriental estaba en Sarnia, Ontario, debido a que el gobierno federal determinó que era más barato comprar petróleo de Venezuela que bombearlo hasta Quebec y las Marítimas, en el este. La decisión era probablemente válida desde un punto de vista económico, porque nadie podía, por supuesto, prever las alzas de la OPEP, pero significó que Canadá, auto-suficiente en petróleo, vendía sus excedentes occidentales a los Estados Unidos, en tanto importaba petróleo extranjero para satisfacer sus necesidades en el este.

Concomitante con la demanda de petróleo, era la necesidad del este de gas natural de occidente. El gobierno de St. Laurent quería un gasoducto que cruzara a Canadá, en vez de trasladar el gas a través de los Estados Unidos, pero para lograrlo, tenía que convenir en ayudar a financiar el proyecto. Ni los conservadores ni la oposición estaban inclinados a apresurarse, porque objetaban el hecho de que la compañía en cuestión era controlada parcialmente por intereses de los Estados Unidos. En un caldeado debate, la oposición decidió emplear un procedimiento parlamentario

poco usado —su clausura para cortar el debate y seguir adelante con el proyecto—. La clausura había sido poco usada en el Parlamento Canadiense, porque ella expone al gobierno a ser atacado por su conducta "anti-democrática". Y eso fue exactamente lo que ocurrió a los liberales, debido a que la oposición y la prensa no les permitieron olvidar su arrogancia en el debate del gasoducto y ventilaron el asunto en la campaña electoral de 1957. Ni siquiera el éxito del gobierno en la crisis del Canal de Suez, de 1956, lo salvó de la derrota.

Cuando los británicos y los franceses enviaron fuerzas a tomar posesión del Canal de Suez en 1956, Canadá consideró que esta acción amenazaba con la división del Commonwealth, pues se veía que los británicos volvían con sus antiguas tretas imperialistas. Además, la acción dañaba las relaciones anglo-americanas, porque los Estados Unidos estaban furiosos por la escandalosa confabulación anglo-francesa-israelí para privar a Egipto de su recién logrado control del canal. Los Estados Unidos condenaron fuertemente la acción, pero el gobierno de Canadá encontró al Dominio dividido al respecto, debido a la aún firme adhesión a Gran Bretaña. Esto no impidió a Lester Pearson, quien tenía fuertes nexos en las Naciones Unidas y en Gran Bretaña, fomentar el establecimiento de una fuerza de paz de las Naciones Unidas que tomara a su cargo la zona del canal. Canadá y algunos otros países contribuyeron a esa fuerza, que fue comandada por el

General E. L. M. Burns, veterano canadiense de ambas Guerras Mundiales, quien había servido durante varios años como pacificador de las Naciones Unidas en la frontera árabe-israelí. Debido a sus actividades, Pearson recibió el Premio Nobel de la Paz, en 1957.

La oposición conservadora se aprovechó del hecho de que muchos canadienses pensaban que los liberales habían sido a la vez complacientes y arrogantes. El líder era un abogado de Saskatchewan, John George Diefenbaker. Este había ganado en 1956 el liderazgo de lo que era ahora el "Partido Progresista Conservador", después de dieciséis años en la Cámara de los Comunes. Era un notable defensor de los derechos civiles, un litigante admirablemente efectivo y un orador público que tenía la habilidad de aparentar que estaba dirigiendo sus pálidos ojos azules a un individuo, cuando en realidad estaba pronunciando un ataque evangélico contra los liberales ante un auditorio. Su campaña contra las ofensas de los liberales al Parlamento, su afán de forjar estrechos lazos con los Estados Unidos y su aparente abandono de Gran Bretaña, fueron suficientemente efectivos para dar a los conservadores más representantes que a los liberales, pero no bastantes para formar una mayoría gubernamental. No obstante, los conservadores gozaban de la confianza de los Comunes y dieron pasos decisivos para ayudar al desarrollo de las Marítimas y proporcionar a los sembradores de trigo, adelantos

por sus excedentes del grano. Sin embargo, su tentativa de aumentar los nexos económicos con la Gran Bretaña, para contrarrestar la excesiva dependencia de los Estados Unidos, no resultó realista, dada la fuerza de la presencia norteamericana en el sector industrial y la necesidad de proteger el empleo de los canadienses. Y poco después de la elección, Diefenbaker aprobó las anteriores negociaciones gubernamentales con los Estados Unidos, adhiriéndose a NORAD (Comando de Defensa Aérea de Norte América), sin consultar con asesores más experimentados en materias exteriores y de defensa. Era como si el líder conservador quisiera cumplir el deseo de fin de siglo de su partido, de integrar la defensa imperial. Los norteamericanos resultarían muy exigentes y la situación de la defensa contribuiría a poner término al gobierno.

Los liberales habían escogido a Lester Pearson para reemplazar a St. Laurent, quien se había retirado después de la derrota en las elecciones. Aun no se habían recuperado y Diefenbaker percibió que su gobierno mantenía todavía el apoyo nacional. En consecuencia, decidió tratar de formar una mayoría y en la elección de 1958 sus esperanzas fueron más que satisfechas: los conservadores lograron la más grande mayoría en la historia de Canadá. Además, había ganado dos tercios de las bancas en Quebec, gracias al apoyo de la maquinaria electoral de la *Union Nationale* de Duplessis. Pero, a diferencia de Sir John A.

Macdonald, el hombre a quien Diefenbaker profesaba mayor admiración— y él tenía ciertamente un enorme acopio de anécdotas de Macdonald—, Diefenbaker nunca trató de aliarse con los *Canadiens*. Como consecuencia, los conservadores no estuvieron en condiciones de capitalizar la victoria de 1958 para restablecerse como un partido nacional. En realidad, el énfasis de Diefenbaker en buscar mercados para los productores del oeste, fortaleció la posición conservadora en las Praderas, no creó empleos ni mejoró las condiciones comerciales en el este, frente a la creciente competencia de una Europa en recuperación y de un emprendedor Japón.

La preocupación de Diefenbaker por los derechos civiles se hacía presente en el país y en el exterior. Se sentía muy orgulloso de haber promulgado una Declaración Canadiense de Derechos, que sólo pertenecía a la esfera federal y estaba sujeta a modificaciones o rechazo, pero que suscitó la conciencia de la necesidad de preocuparse por esos derechos. En el exterior, Diefenbaker trató de persuadir a Sur Africa de mitigar su política racial, pero cuando Sur Africa declaró la república y esperaba reingresar en el Commonwealth, bajo la forma establecida para la India en 1949, mediante la cual una nación que ya no estaba bajo la obediencia de la Corona, podía ser miembro, si reconocía a la Corona como símbolo del grupo, Diefenbaker sostuvo firmemente una

posición de igualdad de la Comunidad, que Sur Africa no pudo aceptar.

Los triunfos de Diefenbaker no pudieron balancearse con sus fracasos. El tendió, como su predecesor conservador R. B. Bennett, a ser un hombre-orquesta, pero fue un hombre indeciso. Esto resultó desastroso para las relaciones con los Estados Unidos. Mientras estaba decidido a no seguir a los Estados Unidos en la idea de romper relaciones con Cuba y aceptar la invitación pública del Presidente Kennedy de afiliarse a la OEA, había convenido, en 1958, en armar a Canadá con los cohetes Bomarc, diseñados para emplear cabezas nucleares para destruir aviones enemigos, y aún no lo había hecho en 1962. Pocos canadienses parecían atraídos por la idea de usar estas armas nucleares, y el mismo Gabinete se dividió sobre la materia, tornándola más delicada porque Canadá se había demorado en poner alerta su Fuerza Aérea, con motivo de la crisis de los cohetes de Cuba en 1962. Por otra parte, ya el gobierno no tenía la mayoría en el Parlamento, debido a las elecciones de 1962. Confrontaba una intensa presión de los Estados Unidos, que hacían esfuerzos para crearle problemas, y cuando la oposición presentó una moción de no-confianza, el gobierno de la minoría cayó el 5 de febrero de 1963.

Los conservadores estaban divididos cuando fueron a la elección sobre el asunto de las armas nucleares, y habían manejado tan desacertada-

mente la economía, que el dólar canadiense se desvalorizó, aumentó la inflación y el capital abandonó el país. Los liberales, quienes hicieron una media vuelta frente al asunto nuclear y decidieron aceptar el compromiso de armar los cohetes, hicieron promesas de aliviar el desempleo, de fortalecer la economía y de mirar con más simpatías el lugar de los *Canadiens* en el Dominio. Sin embargo, la elección produjo un gobierno liberal de minoría.

De nuevo los canadienses habían mostrado su insatisfacción votando en contra de los partidos tradicionales y apoyando a los regionales o ideológicos. En este caso, Crédito Social del Oeste y su ala de Quebec, los *creditistes*, estaban en los Comunes junto con el recién fundado Nuevo Partido Democrático, formado en 1960 mediante una alianza entre el CCF y el laborismo organizado, para influir sobre la legislación del gobierno, dándole o retirándole su apoyo.

El gobierno liberal, como de costumbre, tenía su base en Quebec. pero el Quebec de los años 1960 era una comunidad muy diferente. Maurice Duplessis, quien había dominado la provincia a través de su alianza con la iglesia y con las corporaciones, había muerto en 1959. Su gobierno había sido capaz para conservar contenta a una sociedad altamente urbanizada, mientras promovía la imagen de Quebec como esencialmente rural. La verdad era que Quebec tenía un gran sector laboral y una creciente clase media y ambos

estaban cuestionando la tradición paternalista que gobernaba sus vidas. La chispa para el cambio había comenzado en una vasta mina de asbesto en el este de Quebec, donde los trabajadores fueron a la huelga en 1949, por motivo de salarios, condiciones de trabajo y derechos sindicales. Un joven profesor de leyes, Pierre Elliot Trudeau, fue uno de los muchos profesionales que desafiaron la respuesta de Duplessis a la huelga, que era cruel, hasta que la Iglesia intervino para arbitrar el regreso al trabajo.

Duplessis contaba con un sistema efectivo de patronato para contener el desafío de los trabajadores, pero en los años 50 su gobierno anti-sindical confrontó nuevas huelgas, incluyendo en 1957 una en Murdochville, iniciada por la recién formada *Fédération du Travail du Quebec*. Los sindicatos católicos presionaron también por una renovación secular, que condujo a la formación de la Confederación de Sindicatos Nacionales en 1860. Esta organización se tornó cada vez más politizada y contribuyó a la agitación que envolvía a Quebec, como resultado de la victoria provincial liberal de 1960.

Los liberales provinciales hicieron campaña con el slogan: "C'est le temp que ça change" (Es tiempo de cambiar); y este partido, de orientación esencialmente urbana, dominado por profesionales y por empleados de cuello blanco, estaba decidido a modificar la sociedad de Quebec y

a fortalecer la cultura *Canadien* dentro de Canadá; usaría el poder de la provincia para hacerlo.

El Partido Liberal, guiado por Jean Lesage, antiguo miembro del Gabinete de St. Laurent, introdujo el seguro gratuito de hospitalización, nacionalizó las corporaciones hidroeléctricas (una meta de ALN de antes de la guerra) y secularizó los sistemas de educación. Encontró aliados en los liberales federales, porque Pearson respondió 'a la *revolution tranquille*', presionando por un mayor uso del francés al nivel federal y estableciendo una Comisión Real sobre el Bilingüismo y el Biculturalismo. Como ocurre con todas las comisiones reales, ésta estaba destinada a difundir una amenaza potencial a "la paz, el orden y el buengobierno". Evidencias de que había una crisis ocurrieron ocasionalmente, cuando una bomba estalló en Montreal.

Los liberales federales, apoyados por el NDP, promulgaron un amplio plan de pensiones del Dominio y aprovecharon el éxito del gobierno de Saskatchewan, el cual había introducido un programa público de cuidados médicos, introdujeron un plan nacional de salud. Para adaptarse al creciente sentimiento de Quebec, de ser "maître chez-nous" (amos en nuestra propia casa), Ottawa permitió a los gobiernos provinciales rehusar unirse al programa nacional y en cambio tomar los fondos asignados a la provincia para su propio uso. Sólo Quebec estaba ansioso de hacer esto.

A medida que Canadá se aproximaba al Centenario de la Confederación, surgía un sentimiento de que la nación, de hecho, se iba a fracturar. Los movimientos separatistas de Québec estaban obteniendo considerable publicidad y competían en las páginas de los periódicos con la injerencia de los Estados Unidos en Vietnam. Pero en algunos aspectos la guerra de Vietnam servía como contrapeso a la atmósfera de crisis creada por Québec, porque esto permitió a los canadienses dar un buen vistazo a la sociedad de los Estados Unidos y llegar a la comprobación de que Canadá era un excelente lugar para vivir. Ello puso freno a la fuga tradicional de talentos canadienses hacia el sur.

Las crisis del mundo permitieron al Primer Ministro Pearson, ejercer su entrenamiento diplomático y sus compromisos como pacificador, enviando fuerzas canadienses a Chipre en 1964 (aún están allá) y trató públicamente de invitar a los Estados Unidos a enfriar su intervención en Vietnam. Canadá tenía considerable experiencia en Indochina, habiendo servido en la Comisión Internacional de Control desde 1954, pero el discurso de Pearson en una Universidad norteamericana, disgustó al Presidente Lyndon Johnson de tal modo, que se abrió una brecha entre los dos hombres. Paradójicamente, la guerra benefició a la industria canadiense, y aunque Canadá no envió un contingente a lo que podía ser visto como la "Guerra de los Boers" de los Estados

Unidos, varios miles de canadienses se juntaron a las fuerzas norteamericanas, mientras otros miles demostraban contra la guerra en el país.

Los gobiernos de los Estados Unidos y de Canadá negociaron un Pacto sobre Automóviles en 1964. Este Pacto volvía al asunto de los flirteos liberales con el libre comercio y con el "continentalismo", pero confinaba el "comercio libre" a una sola industria. Protegía el empleo en ambos países, porque los carros y los repuestos cruzaban la frontera en ambas direcciones libres de impuestos, pero los trabajadores canadienses continuaban pagando altos precios por los automóviles.

Los estrechos lazos con los Estados Unidos podían ser vistos en las propias fuerzas de defensa de Canadá. A medida que el equipo tendía a ser más norteamericano que británico, así mismo ocurría con el pensamiento entre los líderes militares. El Ministro de Defensa de Pearson decidió unificar las fuerzas armadas y ponerles un mismo uniforme. Al hacerlo, el gobierno abolía los tradicionales uniformes y rangos de estilo británico. Algunos altos oficiales que defendían los servicios contra los cambios, renunciaron. Los que se quedaron, vistieron el nuevo uniforme estilo norteamericano y siguieron adelante.

Los intelectuales comenzaron a combatir toda la evidente "americanización". Un grupo de académicos de Ontario produjo un libro: *Close the*

49 *Parallel*, y hubo continuos debates por radio, en la TV y en diversas publicaciones acerca del proceso. Sin embargo, es posible ver que los anglo-canadienses nacidos durante el período de la post-guerra, a pesar de todas sus características "americanas" y de su exposición a la influencia norteamericana, eran y son mucho más seguros de ser canadienses de lo que fueron sus padres, con toda su anglofilia. Es quizás irónico que a medida que el Dominio entraba en su Centenario, en 1967, el objetivo de que los ingleses se convirtieran en canadienses, propugnado por Henri Bourassa, había sido finalmente logrado, en momentos en que los *Canadiens* estaban siendo presionados a retirarse a la "Fortaleza Quebec".

En 1966, los votantes de Quebec llevaron de nuevo al poder a la *Union Nationale*, como reacción ante los abruptos cambios impuestos a la provincia por la *revolution tranquille* y a causa de las tensiones dentro del partido liberal de la provincia. Uno de los ministros liberales, René Levésque, había apremiado por la independencia. Como consecuencia, abandonó el partido en 1967 y formó su *Mouvement Souveraineté-Association*; fue en una época cuando la atmósfera canadiense se había tornado eléctrica porque el Presidente de Francia, De Gaulle, había excitado las emociones durante su visita centenaria de Estado.

El gobierno de De Gaulle había estado practicando una "política de grandeza" con Quebec y Canadá; era una política por la cual, a los ojos

de los franceses, la soberanía del Estado se subordinaba a la de la provincia. La acción de De Gaulle recordaba la aventura mexicana de Napoleón III de reconstruir el imperio americano.

De Gaulle especificó perfectamente su visita: el 23 de julio, miles de curiosos miraban río abajo desde los arrecifes de la Ciudad de Quebec, el barco de guerra *Colbert*, que giraba en torno a la Isla de Orleans —el mismo nombre de Colbert recordaba el establecimiento del gobierno real en Francia. El vapor de guerra se acercaba majestuosamente al muelle, abajo de la gran ciudadela, y después de un saludo formal al Jefe del Estado canadiense, De Gaulle emergió con Daniel Johnson, Premier de la provincia. Esa noche llegó con cuarenta minutos de retardo al banquete oficial de Estado, lo que desconcertó al Premier y al Ministro del Exterior de Francia. El día siguiente, De Gaulle marchó hacia Montreal en una limousine abierta; estaba trajeado de uniforme militar y cuando vio a un grupo de expectadores, se detuvo en actitud marcial y los saludó. El viaje fue una reminiscencia de la liberación de Francia en 1944.

En Montreal, el Presidente francés pronunció un discurso desde el balcón del Ayuntamiento. Conmovió a la nación. Porque De Gaulle terminó su perorata con estas palabras: "Vive Montreal! Vive Quebec! Vive le Quebec libre!". La multitud estaba delirante (quizás estaban demasiado jubilosos para recordar un espectáculo similar de



Pierre E. Trudeau gana el liderazgo del Partido Liberal en 1968
(Crédito: Archivos Públicos de Canadá)

De Gaulle nueve años antes en Argelia, donde, después de declarar: “Vive Algeria française”, abandonó a su auditorio). El Primer Ministro canadiense le pidió que abandonara el país. De Gaulle partió, pero ya había estimulado el movimiento separatista de Quebec.

No todos los *Canadiens* se sintieron atraídos por el separatismo. Un trío influyente había aceptado la invitación del Primer Ministro Pearson de concurrir a la elección de 1965 como liberales, y Jean Marchand, líder sindical; Gerard Pelletier, distinguido periodista; y Pierre Trudeau, profesor de derecho y editor de la revista política *Cité Libre*, se convirtieron en los principales portavoces de la posición federal. Y después de la renuncia de Pearson, a fines de 1967, correspondió a Trudeau, con su habilidad para *hacer gran papel* (en español en el original), asumir la jefatura liberal en abril de 1968.

Trudeau, como décimo cuarto Primer Ministro de Canadá, decidió cambiar la situación interna y externa del país. Con tal propósito, capitalizó durante su campaña por el liderazgo su prestigio público y propuso la convocatoria a elecciones, con la esperanza de lograr un gobierno mayoritario. Estuvo en contra del otorgamiento a Quebec de un estatuto especial; los conservadores y el NDP, ambos predominantemente ingleses, estaban inclinados a renunciar al poder federal. En la noche anterior a la elección, Trudeau se mantuvo firme frente a los ataques de los *nacionalistes*

durante una demostración en Montreal, y esto, sin duda, ayudó a su partido al día siguiente. Los canadienses votaron por la firmeza y proporcionaron a Trudeau una mayoría en los Comunes.

El gobierno de Trudeau tomó inmediatamente medidas para formar en los *Canadiens* una conciencia de identidad nacional. La Ley de la Lengua Oficial de 1969, fortaleció a la lengua francesa en el sector federal en todo el Dominio, término que el gobierno eliminó del vocabulario contemporáneo, como parte del programa lingüístico y para cortar los lazos con el pasado imperial.

El gobierno gastó millones en la siguiente década, tratando de hacer bilingüe el servicio civil establecido y de ampliar el servicio civil de tal modo que mayor número de *Canadiens* tuvieran oportunidad de trabajar en francés al nivel federal. Haciéndolo así, el gobierno incrementó el número de *Canadiens* que participan en el sistema federal.

Después del Centenario, las tensiones entre las dos comunidades lingüísticas de Canadá, se intensificaron. El gobierno de la *Unión Nationale* de Quebec abogó por el derecho de participar en asuntos exteriores dentro de la comunidad francesa internacional, pero perdió la elección en 1970 frente a los liberales provinciales, para alivio del gobierno federal. Sin embargo, el *Parti Québécois*, separatista confeso, dominado por sus partidarios urbanos, ganó la segunda posición,

aunque no pudo convertirse en la oposición oficial de la provincia, porque la distribución de asientos en la Cámara favoreció a las áreas rurales.

La tensión posterior a las elecciones alcanzó su cúspide, cuando un pequeño grupo de terroristas afiliados al *Front de libération du Québec* (FLQ), secuestró al Comisionado de Comercio británico en Montreal. El gobierno federal, encargado de proteger a los diplomáticos, intervino inmediatamente y junto con el gobierno provincial, trató de negociar la liberación. Sin embargo, en lo que aparentemente resultó un movimiento mal coordinado, algunos terroristas del FLQ, secuestraron al Ministro del Trabajo de Quebec, Pierre Laporte, un político popular.

El gobierno provincial parecía perder el control del asunto y Trudeau decidió actuar. El gobierno federal decretó el estado de sitio el día 16, la primera vez que la nación acudía a esta legislación desde la Segunda Guerra Mundial, y el ejército se movilizó para prestar asistencia a la policía federal, provincial y municipal. Muchas figuras dirigentes de Quebec, conocidas por sus simpatías separatistas, fueron arrestadas.

Las fuertes medidas desanimaron a los partidarios del FLQ. No obstante, no pudieron salvar a Pierre Laporte, cuyo cadáver fue encontrado en la maleta de un carro, el día después de la proclamación de la Ley de Medidas de Guerra. Durarían dos meses más para encontrar vivo al diplomático británico, y la "Crisis de Octubre"

terminó cuando los terroristas volaron a Cuba a cambio de la vida del diplomático. Los exilados pasaron más de una década en el exterior, antes de regresar, un poco arrepentidos a Canadá, donde pasaron algunos años en prisión por su acto. Los asesinos de Laporte fueron capturados y sentenciados a largas penas de prisión, no existiendo en Canadá la pena de muerte para tales delitos.

Los liberales de Quebec recuperaron su equilibrio y rehusaron subordinarse al gobierno federal. Después de la Conferencia Constitucional celebrada en Victoria, Columbia Británica, en 1971, Quebec era la única provincia que no se había adherido a sus compromisos. Quebec presionó fuertemente por el "estatuto especial" que otros partidos federales parecían inclinados a ceder.

Dada la firme jefatura de Trudeau en materias de Quebec y su imagen en el país, el gobierno decidió en las elecciones de 1972, ignorar el partido y hacer campaña casi como si Trudeau fuera un monarca y no un líder político. Por supuesto, la nación ya tenía un monarca, y Trudeau, quien no se distinguía por su entusiasmo hacia la Corona, había descubierto su importancia cuando los Estados Unidos comenzaron a cuestionar la soberanía de Canadá sobre el alto Artico y su potencial petrolero. Enviando a la Reina al alto Artico, el gobierno canadiense ocupó los titulares que deseaba en el *New York Times* y en el *Washington Post*, y el viaje de ella hizo valer la sobe-

ranía en una forma que la modesta presencia del Gobernador General no habría llegado a alcanzar.

El intento de Trudeau de emular al monarca, situándose por encima de la política, tuvo su contrapartida. Todo lo que produjo fue otro gobierno de minoría, que dependía completamente del NDP para sobrevivir. Durante casi dos años, el gobierno se inclinó hacia la izquierda, anunciando programas caros al corazón de los nacionalistas económicos —una Junta de Revisión de las Inversiones Extranjeras; una compañía nacional de petróleos; y la compra de dos firmas aeronáuticas—, una norteamericana y la otra británica— que han sido costosas para lo contribuyentes canadienses. El gobierno inyectó también más fondos al programa de seguro contra el desempleo, programa que confrontó las severas pruebas del período posterior a 1974, cuando más de un millón de canadienses perdieron su empleo. Los agricultores estuvieron también reconocidos al gobierno de la minoría, debido al apoyo al sistema de precios que les proporcionó.

Los liberales decidieron combatir la inflación en su Presupuesto de mayo de 1974, en tanto que los Nuevos Demócratas rehusaron apoyarlos. Como resultado, el gobierno cayó el 10 de mayo. El hecho de que había pocos espectadores en el Parlamento en esta seria ocasión, sorprendió enormemente a algunos refugiados chilenos, quienes habían llegado recientemente a Canadá; ellos esperaban más ruidos y clamores.

Los conservadores hicieron campaña en torno al control de salarios y precios, perdiendo la elección, debido a su posición. Hay que imaginar su pesar cuando los nuevos liberales impusieron esos mismos controles el año siguiente. Mientras el sector sindical protestaba, los controles recibieron una aceptación general, aunque la batalla contra la inflación seguía perdiendo terreno. No era la única batalla que confrontaba el gobierno central durante ese tiempo, pues el precio del petróleo, que estaba bastante por debajo del precio mundial, debido a la insistencia del gobierno federal, disgustaba a Alberta, el principal proveedor interno. Las amenazas separatistas ya no eran sólo el monopolio de Quebec, sino que comenzaron a surgir también en el Oeste.

Los separatistas de Quebec experimentaron un significativo auge en su moral el 15 de noviembre de 1976, cuando René Lévesque triunfó con su *Parti Québécois* en la elección provincial, no tanto porque era un partido separatista, sino porque los liberales de la provincia sufrían a causa de la inflación, de su manejo del asunto lingüístico y por el descontento general de los *Canadiens*, excitado por la insistencia federal en el control aéreo bilingüe en los aeropuertos de Quebec. Esa insistencia había disgustado a los ingleses respecto a cuestiones de seguridad y mostrado a Quebec que las diferencias étnicas continuaban siendo profundas. Esto condujo a muchos *Canadiens* a votar "Péquiste" (PQ).

La victoria de Lévesque tuvo repercusiones nacionales e internacionales. Canadá inglesa comenzó en verdad a imaginar la destrucción del Dominio, mientras los Estados Unidos estaban preocupados acerca del gobierno provincial reconocidamente socialista que podía establecer una nueva nación que no simpatizaba con los procedimientos de defensa y con la orientación ideológica que prevalecía en Norte América (The New York Times informó que cuando los Estados Unidos, propusieron el traslado de 2ª División de Infantería de Corea, un campamento a lo largo de la frontera Nueva York-Quebec, era un posible sitio alternativo).

El nuevo gobierno de Quebec trató de calmar los temores y de consagrarse a realizar un buen gobierno, porque sabía que la mayoría de Quebec no quería separarse. Esto fue muy evidente cuando el *Parti Québécois* convocó a un referendum para el 20 de mayo de 1980. La cuestión planteada no buscaba la separación, sino sólo el apoyo "para negociar un nuevo acuerdo con el resto de Canadá, basado en la igualdad de las naciones...". Casi el sesenta por ciento de los votantes se opuso. El gobierno federal estaba contento con el resultado y Trudeau pudo dedicar su atención a otras materias que casi no había tenido oportunidad de considerar, porque los conservadores lo habían reemplazado el año anterior.

Cómo lograron los conservadores derrotar a Trudeau y sin embargo perder ante él en el año

siguiente, es una prueba más de la confusión política reinante. Los conservadores habían depuesto a Diefenbaker en 1976 y su reemplazante era un apacible, pero inarticulado patricio de Nueva Escocia, Robert Stanfield. Este no era contendor para el también patricio, pero lingüísticamente articulado Trudeau. Stanfield se retiró en 1976 y los conservadores seleccionaron a un político profesional de Alberta, Joe Clark, de treinta y siete años de edad. Clark era una elección de compromiso y poco conocido nacionalmente. Hablaba bien, aunque un tanto pomposamente, y a diferencia de Trudeau, estaba dispuesto a trabajar con rivales potenciales.

Los conservadores se beneficiaron de la incapacidad del gobierno para manejar la economía —desempleo e inflación— y de las maneras arrogantes de Trudeau. Clark quería calmar la escena de Quebec y hacer cesar la presión del gobierno federal. También quería sacar al gobierno de la condición de propietario de empresas, especialmente de Petrocanadá, la compañía petrolera nacional, que había sido establecida en 1973 a iniciativa de Venezuela.

El error de Trudeau de no explotar la ventaja tradicional del Primer Ministro, de escoger una fecha favorable para la elección dentro de los cinco años de límite establecidos por la Constitución, obligó al gobierno a tener que "ir al campo" al final de su mandato, en 1979. Una desilu-

sión general respecto a los liberales, proporcionó a los conservadores una victoria de minoría.

Los conservadores sólo pudieron saborear durante nueve meses la experiencia de formar gobierno. Mientras estuvieron en el poder, trataron de cooperar con todas las provincias y rehusaron ser arrastrados a una confrontación con Quebec. Trudeau, por su parte, renunció a la jefatura de los liberales. Sin embargo, la oposición derrotó el Presupuesto de los conservadores y obligó a Clark a solicitar la disolución del Parlamento. Los liberales no tenían a nadie más a quien acudir sino a Trudeau. El convino en quedarse y luchar en la venidera elección.

Los liberales ganaron la elección con la mayoría; esto dio a Trudeau nueva vida y se mostró poco inclinado a viajar al exterior en la que se suponía habría de ser su última jugada antes de retirarse. Cuando asumió el poder en 1968, había hablado de modificar la política exterior de Canadá, pero la realidad de los estrechos nexos con los Estados Unidos; las necesidades de Canadá como pacificador; y las amenazas a Europa Occidental, militaron en contra de cambios drásticos. Sin embargo, estimuló las relaciones bilaterales con América Latina y Canadá se afilió en 1972 al Banco de Desarrollo Interamericano.

El Commonwealth no había sido atractivo para Trudeau hasta que descubrió que podía desempeñar un papel dirigente en la Comunidad y que

el intercambio de opiniones con sus líderes era fructífero. Además, la mayor parte de Commonwealth era "Tercer Mundo" y él encontró una plataforma para sus talentos, impulsando el desarrollo de la ayuda. Así, desde 1976 en adelante, muchos canadienses pensaban que Trudeau podía estar eludiendo los problemas domésticos al pasar tanto tiempo en el extranjero. Sin embargo, en 1980, se presentaron dos problemas en la arena interior que lo excitaron; no sólo se enfrentó con éxito al referendun *péguiste*, sino que decidió establecer su pretensión a la historia de Canadá, "trayendo a casa" la Constitución.

Durante casi dos años, las provincias y el gobierno federal discutieron la Constitución. Incluso los parlamentarios británicos entraron en el cuadro, porque al fin ellos tendrían que votar respecto a la solicitud canadiense de transferir Canadá el derecho de modificar la Ley de Norte América Británica. Y las naciones indias que habían renunciado a sus derechos en favor de la Corona Británica, lucharon también en voz alta en Canadá y en Gran Bretaña, para proteger sus intereses. Al final, el gobierno federal y las nueve provincias predominantemente inglesas, llegaron a un acuerdo, en tanto que Quebec no logró imponer el veto que buscaba.

La Reina de Canadá firmó la Legislación Constitucional en el patio frontal del Parlamento de Canadá, el 17 de abril de 1982, mientras caía un torrencial aguacero. La lluvia fue quizás sim-

bólica, porque a pesar de todo no logró mojar las actas. Los canadienses se han preocupado desde hace mucho, del tiempo para permitir que una tormenta los moleste. Y aunque el gobierno federal realizó una dispendiosa celebración de su triunfo, se evidencia de lo que se ha indicado en esta breve historia, que el hecho de tener la Constitución en Canadá, no va a disminuir las luchas regionales y provinciales con Ottawa. De acuerdo con el concepto de Unamuno, de que en la lucha entre la tradición y la renovación, produce los más grandes beneficios a la humanidad, Canadá continuará guerreando dentro de sí misma, para beneficiar a su pueblo y proporcionarle una interminable discusión fructífera.

INDICE GENERAL

PREFACIO	11
INTRODUCCIÓN	13
I. - <i>El régimen francés</i>	21
II. - <i>Una fiel América Británica, 1763-1791</i> ...	41
III. - <i>La Norte América Británica de mar a mar, 1783-1849</i>	53
IV. - <i>La realización de la Confederación, 1841-1867</i>	73
V. - <i>La Confederación, 1867-1873</i>	93
VI. - <i>En casa y en el exterior en la época del imperialismo, 1873-1919</i>	103
VII. - <i>Una Nación norteamericana, 1919-1945</i>	133
VIII. - <i>Una Nación internacionalista. Unidos en el exterior, divididos en casa, 1945-1982</i>	153

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Serie EL LIBRO MENOR

Distribución: Avda. Libertador. Edif. Las Vegas.
Esquina Avda. Las Acacias,
Primer piso - Oficina 1-F.
Telf. 781.43.43 - 782.69.56

De venta en la Academia Nacional de la Historia. Dirección de Publicaciones, Palacio de las Academias, Bolsa a San Francisco, Teléfono 483 39 02, y en las librerías.

- Vol. 1: *El Municipio, raíz de la República*. Joaquín Gabaldón Márquez. Bs. 14 - \$ 3
- Vol. 2: *Kebeliones, motines y movimientos de masas en el Siglo XVIII venezolano (1730-1781)*. Carlos Felice Cardot. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 3: *El proceso de integración de Venezuela. (1776-1793)*. Guillermo Morón. Bs. 14 - \$ 3
- Vol. 4: *Modernismo y modernistas*. Luis Beltrán Guerrero. Bs. 14 - \$ 3
- Vol. 5: *Historia de los estudios bibliográficos humanísticos latinoamericanos*. Lubio Cardozo. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 6: *Para la historia de la comunicación social (ensayo)*. Manuel Pérez Vila. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 7: *El Quijotismo de Bolívar*. Armando Rojas. Bs. 14 - \$ 3
- Vol. 8: *Memorias y fantasías de algunas casas de Caracas*. Manuel Rafael Rivero. Bs. 14 - \$ 3
- Vol. 9: *Bolivariana*. Arturo Uslar Pietri. Bs. 14 - \$ 3
- Vol. 10: *Familias, Cabildos y Vecinos de la antigua Barinas*. Virgilio Tosta. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 11: *El nombre de O'Higgins en la historia de Venezuela*. Nicolás Perazzo. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 12: *La respuesta de Gallegos (ensayos sobre nuestra situación cultural)*. Rafael Tomás Caldera. Bs. 14 - \$ 3

- Vol. 13: *La República del Ecuador y el General Juan José Flores*. Jorge Salvador Lara. Bs. 14 - \$ 3
- Vol. 14: *Estudio bibliográfico de la poesía larense*. Juandemaro Querales. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 15: *Breve historia de Bulgaria*. Vasil A. Vasilev. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 16: *Historia de la Universidad de San Marcos (1551-1980)*. Carlos Daniel Valcárcel. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 17: *Perfil de Bolívar*. Pedro Pablo Paredes. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 18: *De Caracas hispana y América insurgente*. Manuel Alfredo Rodríguez. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 19: *Simón Rodríguez. Pensador para América*. Juan David García Bacca. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 20: *La poética de Andrés Bello y sus seguidores*. Lubic Cardozo. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 21: *El magisterio americano de Bolívar*. Luis Beltrán Prieto Figueroa. Bs. 31,50 - \$ 7
- Vol. 22: *La historia fea de Caracas y otras historias criminológicas*. Elio Gómez Grillo. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 23: *Breve Historia de Rumania*, por Mihnea Gheorghiu, N. S. Tanasoca, Dan Berindei, Florin Constantiniu y Gheorghe Buzatu. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 24: *Ensayos a contrarreloj*, por René De Sola. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 25: *Andrés Bello Americano —y otras luces sobre la Independencia—*. J. L. Salcedo-Bastardo. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 26: *Viaje al interior de un cofre de cuentos (Julio Garmendia entre líneas)*, por Julio Barroeta Lara. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 27: *Julio Garmendia y José Rafael Pocaterra. Dos modalidades del cuento en Venezuela*, por Italo Tedesco. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 28: *Luchas e insurrecciones en la Venezuela colonial*, por Manuel Vicente Magallanes. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 29: *Panorámica de un periodo crucial en la Historia Venezolana - Estudio de los años 1840-1847*, por Antonio García Ponce. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 30: *El Jardín de las delicias y otras prosas*, por Jean Nouel. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 31: *Músicos y compositores del Estado Falcón*, por Luis Arturo Domínguez. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 32: *Breve historia de la cartografía en Venezuela*, por Iván Drenikoff. Bs. 18 - \$ 4

- Vol. 33: *La identidad por el idioma*, por Augusto Germán Orihuela. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 34: *Un pentágono de luz*, por Tomás Polanco Alcántara. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 35: *La Academia Errante y Tres Retratos*, por Mario Bri-ceño Perozo. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 36: *Tiempo de hablar*, por Miguel Otero Silva. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 37: *Transición (Política y realidad en Venezuela)*, por Ramón Díaz Sánchez. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 38: *Eponimia Larense*, por Francisco Cañizales Verde. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 39: *Reescrituras*, por Juan Carlos Santaella. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 40: *La memoria perdida*, por Raúl Agudo Freites. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 41: *Carriel Número cinco (Un homenaje al costumbrismo)*, por Elisa Lerner. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 42: *Espacio disperso*, por Rafael Fauquié Bescós. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 43: *Lo bello/Lo feo*, por Antonieta Madrid. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 44: *Cronicario*, por Oscar Guaramato. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 45: *Ensayos temporales. Poesía y Teoría Social*, por Ludovico Silva. Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 46: *Costumbre de leer*, por José Santos Urriola. Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 47: *Cecilio Acosta, un signo en el tiempo*, por Manuel Bermúdez. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 48: *Leoncio Martínez, crítico de arte (1912-1918)*, por Juan Carlos Palenzuela. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 49: *La maldición del fraile y otras evocaciones históricas*. Por Luis Oropeza Vásquez. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 50: *Explicación y elogio de la ciudad creadora*. Por Pedro Francisco Lizardo. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 51: *Crónicas sobre Guayana, 1946-1968*. Por Luz Machado. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 52: *"Rómulo Gallegos"*. Por Paul Alexandru Georgescu. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 53: *Diálogos con la página*. Por Gabriel Jiménez Emán. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 54: *El Poeta del Fuego y otras escrituras*. Por Mario Torrealba Lossi. Bs. 18 - \$ 4

- Vol. 55: *Invocaciones (Notas literarias)*. Por Antonio Crespo Meléndez. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 56: *Desierto para un "Oasis"*. Por Ana Cecilia Guerrero. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 57: *Borradores*. Por Enrique Castellanos. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 58: *Como a nuestro parecer*. Por Héctor Mujica. Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 59: *La lengua nuestra de cada día*. Por Iraset Páez Urdaneta. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 60: *Homenaje a Rómulo Gallegos*. Por Guillermo Morón. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 61: *Ramón Díaz Sánchez. Elipse de una ambición de saber*. Por Asdrúbal González. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 62: *La ciudad contigo*, por Pedro Pablo Paredes. Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 63: *Incidencia de la colonización en el subdesarrollo de América Latina*, por Raúl Grien. Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 64: *Lector de Poesía*, por José Antonio Escalona-Escalona. Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 65: *Ante el Bicentenario de Bolívar. El General José Antonio Páez y la memoria del Libertador*. Por Nicolás Perazzo. Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 66: *Diccionario General de la Bibliografía Caroreña*. Por Alfredo Herrera Alvarez. Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 67: *Breve Historia de Bolivia*, por Valentín Abecia Baldívieso. Bs. 31 - \$ 7
- Vol. 68: *Breve Historia de Canadá*. Por J. C. M. Ogelsby. Traductor, Roberto Gabaldón. Bs. 27 - \$ 6

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
EN LOS TALLERES DE ITALGRAFICA, S.R.L.
EN LA CIUDAD DE CARACAS, EN EL MES
DE MARZO DE 1985

